

Dispensa

Letteratura e cultura spagnola III 2022-23

Testi

3	Miguel de Unamuno	<i>Niebla</i> (1914)
5	Antonio Machado	“Un loco” (<i>Campos de Castilla</i> , 1912)
6	Ramón Gómez de la Serna	“Greguerías” (1919)
14	Federico García Lorca	“Romance de la Luna, Luna” (<i>Romancero gitano</i> , 1928)
15		“Romance sonámbulo” (<i>Romancero gitano</i> , 1928)
19		“Paisaje de la multitud que vomita” (<i>Poeta en Nueva York</i> , 1929)
21	Miguel Hernández	“Vientos del Pueblo me llevan” (<i>Viento del Pueblo</i> , 1937)
22	Vicente Aleixandre	“El miliciano desconocido. Frente de Madrid” (1937)
23	A.S. Barbudo, Ángel Gaos...	“Ponencia colectiva” (1937)
33	Antonio Machado	“A Lister, Jefe en los ejércitos del Ebro” (1938)
34	Rafael Alberti	“Galope” (1938)
35	Arturo Serrano Plaja	“Los campesinos” (<i>El hombre y el trabajo</i> , 1938)
39	Camilo José Cela	<i>La familia de Pascual Duarte</i> (1942)
46	Miguel Delibes	<i>El Camino</i> (1950)
50	Ramón J. Sender	<i>Réquiem por un campesino español</i> (1953)
54	Jesús Fernández Santos	<i>Los Bravos</i> (1954)
59	Rafael Sánchez Ferlosio	<i>El Jarama</i> (1955)
63	Jesús López Pacheco	<i>Central eléctrica</i> (1958)
69		<i>Pongo la mano sobre España</i> (1961)
75	Armando López Salinas	<i>La mina</i> (1960)
83	Luis Goytisolo	<i>Las afueras</i> (1958)

88	Ana María Matute	<i>Primera memoria</i> (1959)
95	Juan Goytisolo	<i>Campos de Níjar</i> (1960)
108	Antonio Ferres	<i>Los vencidos</i> (1961)
113	Luis Martín-Santos	<i>Tiempo de silencio</i> (1962)
116	Miguel Delibes	<i>Cinco horas con Mario</i> (1966)
125	Lueiro Rey	<i>Manso</i> (1967)
135	Juan Benet	<i>Volverás a Región</i> (1967)
139	Julio Llamazares	<i>Luna de lobos</i> (1985)

Miguel de Unamuno, *Niebla* (1914)

Cap. XVII

Y al fin se ha muerto el tercer marido de esta señora dejándola 2,15 pesetas diarias, y además le han dado 500 para lutos. Por supuesto, que no las ha empleado en tales lutos. A lo más le ha sacado un par de misas, por remordimiento y por gratitud a los trece duros de viudedad.

- Pero ¡qué cosas, Dios mío!

- Cosas que no se inventan, que no es posible inventar. Ahora estoy recogiendo más datos de esta tragicomedia, de esta farsa fúnebre. Pensé primero hacer de ello un sainete; pero considerándolo mejor he decidido meterlo de cualquier manera, como Cervantes metió en su Quijote aquellas novelas que en él figuran, en una novela que estoy escribiendo para desquitarme de los quebraderos de cabeza que me da el embarazo de mi mujer.

- Pero ¿te has metido a escribir una novela?

- ¿Y qué querías que hiciese?

- ¿Y cuál es su argumento, si se puede saber?

- Mi novela no tiene argumento, o mejor dicho, será el que vaya saliendo. El argumento se hace él solo.

- ¿Y cómo es eso?

- Pues mira, un día de estos que no sabía bien qué hacer, pero sentía ansia de hacer algo, una comezón muy íntima, un escarabajeo de la fantasía, me dije: voy a escribir una novela, pero voy a escribirla como se vive, sin saber lo que vendrá. Me senté, cogí unas cuartillas y empecé lo primero que se me ocurrió, sin saber lo que seguiría, sin plan alguno. Mis personajes se irán haciendo según obren y hablen, sobre todo según hablen; su carácter se irá formando poco a poco. Y a las veces su carácter será el de no tenerlo.

- Sí, como el mío.

- No sé. Ello irá saliendo. Yo me dejo llevar.

- ¿Y hay psicología?, ¿descripciones?

- Lo que hay es diálogo; sobre todo diálogo. La cosa es que los personajes hablen, que hablen mucho, aunque no digan nada.

- Eso te lo habrá insinuado Elena, ¿eh?

- ¿Por qué?

- Porque una vez que me pidió una novela para matar el tiempo, recuerdo que me dijo que tuviese mucho diálogo y muy cortado.

[...]

- Pues porque a la gente le gusta la conversación por la conversación misma, aunque no diga nada. Hay quien no resiste un discurso de media hora y se está tres horas charlando en un café. Es el encanto de la conversación, de hablar por hablar, del hablar roto a interrumpido.

[...]

Y sobre todo que parezca que el autor no dice las cosas por sí, no nos molesta con su personalidad, con su yo satánico. Aunque, por supuesto, todo lo que digan mis personajes lo digo yo ...

- Eso hasta cierto punto ...

- ¿Cómo hasta cierto punto?

- Sí, que empezarás creyendo que los llevas tú, de tu mano, y es fácil que acabes convenciéndote de que son ellos los que te llevan. Es muy frecuente que un autor acabe por ser juguete de sus ficciones ...

- Tal vez, pero el caso es que en esa novela pienso meter todo lo que se me ocurra, sea como fuere.

- Pues acabará no siendo novela.

- No, será... será... nivola.

- Y ¿qué es eso, qué es nivola?

- Pues le he oído contar a Manuel Machado, el poeta, el hermano de Antonio, que una vez le llevó a don Eduardo Benoit, para leérselo, un soneto que estaba en alejandrinos o en no sé qué otra forma heterodoxa. Se lo leyó y don Eduardo le dijo: Pero ¡eso no es soneto! ... No, señor -le contestó Machado-, no es soneto, es ... sonite. Pues así con mi novela, no va a ser novela, sino... ¿cómo dije?, navilo ... nebulo, no, no, nivola, eso es, ¡nivola! Así nadie tendrá derecho a decir que deroga las leyes de su género ... Invento el género, al inventar un género no es más que darle un nombre nuevo, y le doy las leyes que me place. ¡Y mucho diálogo!

- ¿Y cuando un personaje se queda solo?

- Entonces ... un monólogo. Y para que parezca algo así como un diálogo invento un perro a quien el personaje se dirige.

- ¿Sabes, Víctor, que se me antoja que me estás inventando?

- ¡Puede ser!

Al separarse uno de otro, Víctor y Augusto, iba diciéndose éste:

Y esta mi vida, ¿es novela, es nivola o qué es? Todo esto que me pasa y que les pasa a los que me rodean, ¿es realidad o es ficción? ¿No es acaso todo esto un sueño de Dios o de quien sea, que se desvanecerá en cuanto Él despierte, y por eso le rezamos y elevamos a Él cánticos a himnos, para adormecerle, para cunar su sueño? ¿No es acaso la liturgia de todas las religiones un modo de brezar el sueño de Dios y que no despierte y deje de soñarnos? ¡Ay, mi Eugenia!, ¡mi Eugenia! Y mi Rosarito ...

Antonio Machado “Un loco” (*Campos de Castilla*)

Es una tarde mustia y desabrida
de un otoño sin frutos, en la tierra
estéril y raída
donde la sombra de un centauro yerra.
Por un camino en la árida llanura,
entre álamos marchitos,
a solas con su sombra y su locura
va el loco, hablando a gritos.
Lejos se ven sombríos estepares,
colinas con malezas y cambrones,
y ruinas de viejos encinares,
coronando los agrios serrijones.
El loco vocífera
a solas con su sombra y su quimera.
Es horrible y grotesca su figura;
flaco, sucio, maltrecho y mal rapado,
ojos de calentura
iluminan su rostro demacrado.
Huye de la ciudad... Pobres maldades,
misérrimas virtudes y quehaceres
de chulos aburridos, y ruindades
de ociosos mercaderes.
Por los campos de Dios el loco avanza.
Tras la tierra esquelética y sequiza
¿rojo de herrumbre y pardo de ceniza?
hay un sueño de lirio en lontananza.
Huye de la ciudad. ¡El tedio urbano!
¿carne triste y espíritu villano!?.
No fue por una trágica amargura
esta alma errante desgajada y rota;
purga un pecado ajeno: la cordura,
la terrible cordura del idiota.

Greguerías

Letras Hispánicas

Edición de Rodolfo Cardona

OCTAVA EDICIÓN

OCTAVA EDICIÓN

CATEDRA

LETRAS HISPANICAS

Cuando la mujer pide ensalada de fruta para dos,
perfecciona el pecado original.



«Ídem», buen seudónimo para un plagio.



El que parte salchichón es un monedero falso.



Los conejos de Indias murmuran en los laboratorios:
«¡A que no se atreverían a hacer lo mismo con osos
blancos!»



El poeta se alimenta con galletas de luna.



A veces nos preguntamos cómo algún hombre malísimo
puede proceder de la santa familia que ocupó el Arca,
pero para comprenderlo pensamos que alguien se metió
de polizón.



El único fruto pasional que se entreabre ansioso de ver
la vida es la granada.



La ametralladora nació del loco deseo que tenía el
cazador de meter su cinturón-cartuchera entre gatillo y
cañón.

La unidad de fuerza de los motores de aviación no
debía ser el caballo, sino el hipogrifo o el clavileño.



La alcachofa es un alimento para ebanistas, carpinteros
y tallistas.



Los húsares van vestidos de radiografía.



El tren parece el buscapiés del paisaje.



No se sabrá nunca si la cresta del gallo quiere ser
corona o gorro frío.



Cuando al casorio se le llama himeneo, parece que va a
ser boda con rumba final.



La luna de los rascacielos no es la misma luna de los
horizontes.



La linterna del acomodador nos deja una mancha de
luz en el traje.



Eva nació de una costilla de Adán, pero en seguida
devolvió en sus hijos muchas más costillas que la que la
habían adelantado.

El fotógrafo nos coloca en la postura más difícil con la pretensión de que salgamos más naturales.

El par de huevos que nos tomamos parece que son gemelos, y no son ni primos terceros.

Los hongos y las setas vienen del mundo de los gnomos.

El Dante iba todos los sábados a la peluquería para que le recortasen la corona de laurel.

Las espigas hacen cosquillas al viento.

La gallina es la única cocinera que sabe hacer con un poco de maíz sin huevo, un huevo sin maíz.

El que se pone la mano en la oreja para oír mejor parece querer cazar la mosca de lo que se dice.

Miércoles: día largo por definición.

Al que se le cae la cerveza encima, es como si hubiese tenido en brazos al Benjamín de la casa.

Pinguino es una palabra atacada por las moscas.

Sólo el poeta tiene reloj de luna.

La luna es como un espejito con que la vecina impertinente y juguetona refleja el sol en los ojos del asomado al balcón.

La mujer es así: las medias no pueden ir arrugadas, pero los guantes largos sí.

El hielo suena en el vaso como el cencerro de cristal de la cabra del *whisky*.

La pala es la primera y la última amiga del hombre, primero en la arena de los juegos infantiles y por fin descansando sobre el último montículo en el cementerio.

Los perros nos enseñan la lengua como si nos hubiesen tomado por el doctor.

El tábano pasa cantándoles el responso a las flores.

Monólogo significa el mono que habla solo.

Sillas de tubo metálico; sillas para esqueletos.

El que pide un vaso de agua en las visitas es un conferenciante fracasado.

Los atriles están indignados por cómo los maltrata con la batuta el director de orquesta.

Todos los días del Limbo son domingo.

Un automóvil pintado de blanco no es un automóvil, es un cuarto de baño.

Los que matan a una mujer y después se suicidan debían variar el sistema: suicidarse antes y matarla después.

No hay nada que enfrie más las manos que el saber que nos hemos olvidado los guantes.

El camello es el animal más orgulloso de la creación, orgulloso hasta de su joroba.

Toda gota nace para estalacita, pero cae sólo como mortal gota.

Las conchas de las playas son los restos de los arroces que se come Neptuno.

El Creador guarda las llaves de todos los ombligos.

Hay los escritores de títulos largos y los de títulos cortos. Los que titulan una cosa *El*, y los que la titulan *El hombre que sacaba el reloj y después comía sentado*.



No conviene pintar ya a las brujas montadas en una de aquellas escobas ordinarias que, generalmente, eran escobas que habían barrido mucho. Las brujas modernas deben ser representadas sobre una escoba aviónica, con el volante de la dirección en el mango y la hélice al final.

La gasolina es el incienso de la civilización.

Tenía orejas ideales para sostener el lápiz, y por eso hubo que dedicarle al comercio.

El que lleva su taza para repetir es como un pobre que pide con platillo.

En los días de tormenta, y en los días grises y de tormenta son las galerías de fotógrafo lo más lamentable, con un blancuzco agrisado de nube industrial.

Pensemos con los pulmones, que tienen una transigencia y una intuición más capaz que nada.

Mirando a los faroles se explica todo el artificio grotesco de la ciudad.

En sus ojeras hay algo de cristal y en ellas sufre ella la transparencia, el traslucimiento de los amores demasados y de las muertes.

Las mujeres que tienen las piernas largas, desnudas quedan más llenas de melancolía y más *reas* de humanidad.

¡La hora, qué pasajera se hace en las fachadas!

Los focos nos hacen cadáveres y nos llenan de lascivias encarnizadas.

Greguerías 1913-1919

¡Qué triste, qué densamente triste debe ser no comer en ese silencio que se hace a las dos en la ciudad, todos sus moradores en el comedor blindado y remoto a la calle!... Los hambrientos se deben sentir anonadados, llenos de irresoluciones y de una congoja mortal... El hambre de noche tiene más recursos, es por lo menos más trágica, más fantástica, no es tan atónita, tan evidente, tan meridiana, tan insolublemente meridiana.

En Carnaval los tueritos tienen los dos ojos... Por eso es un gran día de fiesta para ellos.

¡Qué inútil y qué triste un *carroussel* sin gente!... ¡Qué vano y qué desgarrador! Se ve su soledad de todos lados, su soledad de colores chillones, de azules y de amarillos subidos... Su soledad es tan triste porque su única alegría está en conducir gente... No puede disimular su desaire... Está vestido para eso y por eso no tiene refugio su vergüenza.

Las bombillas amarillas que alumbran las calles de provincias les dan una flaqueza espiritual y una deslán-

guida pobreza que no les daría la luna ni la misma oscuridad... Pone en ellas ese sistema precario de alumbrado una pena, una agonía, un desamparo de luz que no es luz, de luz municipal, luz sin esencia, una luz como más antigua que ninguna luz.



El cetro les sirve a los reyes, cuando son pequeños y van a la escuela, para pedir permiso al maestro para *ir a cierto sitio*, pues en vez de levantar dos dedos de su mano, levantan el cetro de oro rematado por una mano, que precisamente hace un gesto como de pedir para *eso*... Y les sirve, cuando son mayores, para rascarse con él la espalda —allí donde pica siempre—, como si fuese una de esas largas manecillas de marfil que usan algunas personas cochinas y sibaritas.



A las pelotas con sus franjas de color amarillo y rojo y a veces azul se las podría llamar, en recuerdo de la estrella de los vientos, las pelotas de los vientos... Todas las pelotas de los niños están siempre deseando escapar, brincar, irse muy lejos, con un ligero rodar y saltar... Las pelotas pequeñas, sobre todo, logran su ideal cuando se suben a los tejados y se quedan en ellos como en la gloria... Las pelotas de colores, las de celuloide, espirituales y raudas, las pelotas que son una naranja de goma, todas las pelotas gráciles, son un objeto de optimismo que conviene tener presente muchas veces para curar el alma.



La corbata es graciosa y trivial como ella sola. Sólo se ha llegado a *ejecutar* con una elegancia rotunda gracias a la corbata de cáñamo.

Dejar de llevar corbata es enlobreverse un poco; es no aceptar lo más irónico del vestuario, la bagatela por excelencia. Eso lo saben hasta los campesinos, en los que es un intento de corbata ese nudo con dos puntas tirantes con que se atan al cuello un pañolón de flores. Necesitamos tanto la corbata que si se nos ha olvidado ponémosla, no nos encontraremos y sentiremos como si hubiéramos perdido nuestra mundanidad, nuestra categoría, nuestra distinción, nuestra superfluidad querida. La corbata es el atributo. ¿Qué clase de atributo? No se podrá aclarar esto: pero es el *atributo*, el atributo como atributo. El que más fijó en mí esta idea definitiva sobre la corbata fue aquel mendigo genial que, desastrado, sin camisa, cubierto sólo con una especie de chaleco con medias mangas, llevaba una corbata de lazo atada al cuello de carne. Aquella corbata en el hombre harapiento, rojo, renegrido, colgada sobre su cuello terroso y fuerte, fue como una exaltación del *atributo*. A aquel mendigo con aquella corbata enorgullecida no se le podían dar cinco céntimos; a lo menos había que darle diez. Era más maravillosa que la corbata de un dandy sobre la immaculada pechera de un hombre de frac aquella corbata solitaria y sorprendente.

Las solemnidades necesitan una corbata para su día, una corbata que sea como la que se coloca al cuello el sacerdote al oficiar. Una corbata reservada los demás días y que no nos podremos poner sino ese día impar.

Así yo, para los actos más solemnes de mi vida, tengo una corbata roja con listas violetas. Ornamentado con ella presidí el banquete a *Figaro* el día de su centenario, engalanado con ella voy a Pombo en las solemnes noches de los sábados y he subido a distintas tribunas, la más suprema entre todas aquella desde la que pronuncié el discurso inaugural de la Exposición de los Integros, acto único que sólo repitiéndose el mundo se podría quizá repetir.

La corbata que no se puede dejar de mirar es terrible. No se podrá oír lo que nos dice el hombre que la lleva. Caerán nuestras miradas en su corbata una y otra vez y

nos despediremos de él mirando su corbata. Las corbatas ajedrezadas o con pintas blancas sobre negro os dejarán en el sitio, os cazarán y os retendrán como los papeles para coger moscas. Hay corbatas —muchas corbatas— de lacito que parecen mariposas, mariposas de todas las especies, con esa inmensa variedad de las mariposas... Mariposas pomposas clavadas en el cuello, con las alas abiertas, sutiles, vibrátiles.

La chalina es demasiado rimbombante, aunque cae con la suficiente volubilidad y desigualdad para ser artística. La chalina revela abundancia de imaginación y de espíritu, pero ha sido desprestigiada por los pobres de espíritu que querían aparentar la abundancia y por los autores del género chico que la han sacado a escena haciéndola el tópico del poeta... ¡Oh, esos Quintero!

Hay corbatas pueriles de estrecho talle y amplias caderas, vestidas como aldeanas endomingadas, que tienen sobre el pecho el valor de una lugareña de traje ingenio, rígido y enguinalado. El cándido cateto y su corbata parecen el novio y la novia.

¿Quién pone de moda tales o cuales corbatas? Parece que el corbatero-director va a ver al príncipe que impone la moda de las corbatas en el gran mundo y le enseña los muestrarios. Ese príncipe que cada seis días tiene que elegir una corbata, a veces está de buen humor y elige una bella corbata; otra vez escoge con displicencia y elige cualquier cosa.

Las corbatas de plastrón son de una alcurnia grave. Sólo pueden ser usadas por un señor de rancia nobleza o por sus lacayos, sólo que las de los lacayos han de ser blancas, lisas y muy planchadas, en vez del cabujón monstruoso que centra la de los señores, un alfiler con corona, que se vende en las mismas tiendas que venden arneses, espuelas y serretas.

Hay corbatas de lazo muy estrechas, que forman un lazo muy fino y de alas muy largas, que parecen libélulas suspensas, dando al que las lleva —por lo general muy flaco y larguirucho— un aspecto de libélula.

La corbata del burgués es una burguesa vestida con

una moda antigua y una tela de colcha, una burguesa fatua y cargada de brillantes; una burguesa vueluda y oronda, satisfecha de las sortijas que lleva su marido en las manos y del dinero que lleva en los bolsillos.

Hay corbatitas pequeñas y de lunares que parecen una ficha de dominó.

La corbata blanca del frac es nítida y delicada como ninguna; es presuntuosa y virginal; es una señorita.

La corbata del loco es admirable y da gravedad a su rostro. Es una tira negra que cae suelta y enredada a lo largo de la pechera de su camisa de dormir. Es como una greña suelta de la tragedia de la locura. Esa clase de corbata y ese modo de estar desenlazada, da siempre un aspecto patético y extraviado al hombre que se la ha dejado así.

Hay falsas corbatas que no rodean el cuello del hombre con el amor femenino que guarda en sí la corbata. La corbatita de cordón con dos borlitas en los remates es una corbata paradisiaca, corbata de las camisas de dormir, pero que algunos hombres paradisiacos —quizá algún francés, quizá algún catalán— sacan a la calle bajo una barbita seráfica.

Las corbatas se destrozan atrozmente. Parece que van a ser eternas, pero se deshacen rápidamente. Siempre sin saber cómo nos las arreglamos para eso, nos encontramos que cuelga un montón de pingos tristes y flácidos de la cuerda tirante en que se sostienen ellas. ¿Cuál nos pondremos? No hay ninguna buena, ninguna entre tantas, y una corbata raída compromete más y es más lamentable que unas botas rotas; una corbata destrozada es el más triste guiñapo, enflaquecida, deshilada, mustia como nada... ¿Entonces? Entonces nos pondremos la corbata negra de los lutos, de los entierros, de los pésames, que está poco usada.

Ante todas esas corbatas y las otras (las camaleónicas, las que tienen preciosos dibujos y entonaciones de serpiente o de escarabajo, y las otras y las otras), ¿cuál elegiremos? No lo sabemos. Llegaremos a cometer un gran desacierto con respecto a la moda. Nos dejamos

engatusar siempre por el color vivo de una o por el dibujo audaz de otra, haciendo un matrimonio de amor en vez de un matrimonio de conveniencias. Sólo los diplomáticos saben escoger una corbata ideal y distinguida. Nosotros incurriremos siempre en graves errores cegados por la pasión. No sabremos tener el escepticismo y la impasibilidad del dandy. Tanto que a veces no nos atrevemos a usar alguna corbata comprada con el mayor entusiasmo. ¡Oh, cobardía!

En el almanaque de las gallinas todos los días conmemoran los innumerables mártires y los pobrecitos inocentes.

Un obrero con gafas es lamentable. Por sus gafas descubre más la injusticia de su suerte, la ve mejor, la ve como un caballero, como un hombre de ciencia, como un intelectual. Esos obreros de blusa azul que gastan gafas entristecen más la esclavitud de sus compañeros y parece que merecen otro trato, que entienden de otra cosa y se han tenido que dedicar al duro trabajo por fatalidad. Apiadan sus gafas, no les hacen compañeros y se teme su mirada.

Hay una nube temprana de la mañana que es como el bizcocho o ensaimada con que se desayuna el cielo. Desaparece en un abrir y cerrar de ojos, sin saber cómo, devorada por el azul hambriento.

Greguerías 1920-1927

El aparato más sabio del mundo es el de la cascada de agua para el retrete, con cuya cadena en la mano todos somos Moisés milagrosos.

En el almanaque de las gallinas todos los días conmemoran los innumerables mártires y los pobrecitos inocentes.

Un obrero con gafas es lamentable. Por sus gafas descubre más la injusticia de su suerte, la ve mejor, la ve como un caballero, como un hombre de ciencia, como un intelectual. Esos obreros de blusa azul que gastan gafas entristecen más la esclavitud de sus compañeros y parece que merecen otro trato, que entienden de otra cosa y se han tenido que dedicar al duro trabajo por fatalidad. Apiadan sus gafas, no les hacen compañeros y se teme su mirada.

Federico García Lorca *Romancero gitano*

Romance de la Luna, Luna

A Conchita García Lorca

La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira mira.
El niño la está mirando.

En el aire conmovido
mueve la luna sus brazos
y enseña, lúbrica y pura,
sus senos de duro estaño.

Huye luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.

Niño, déjame que baile.
Cuando vengan los gitanos,
te encontrarán sobre el yunque
con los ojillos cerrados.

Huye luna, luna, luna,
que ya siento sus caballos.
Niño, déjame, no pises
mi blancor almidonado.

El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano
Dentro de la fragua el niño,
tiene los ojos cerrados.

Por el olivar venían,
bronce y sueño, los gitanos.
Las cabezas levantadas
y los ojos entornados.

¡Cómo canta la zumaya,

ay cómo canta en el árbol!
Por el cielo va la luna
con un niño de la mano.

Dentro de la fragua lloran,
dando gritos, los gitanos.
El aire la vela, vela.
El aire la está velando.

Romance sonámbulo

A Gloria Giner y Fernando de los Ríos

Verde que te quiero verde.
Verde viento. Verdes ramas.
El barco sobre la mar
y el caballo en la montaña.
Con la sombra en la cintura
ella sueña en su baranda
verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.
Verde que te quiero verde.
Bajo la luna gitana,
las cosas la están mirando
y ella no puede mirarlas.

Verde que te quiero verde.
Grandes estrellas de escarcha,
vienen con el pez de sombra
que abre el camino del alba.

La higuera frota su viento
con la lija de sus ramas,
y el monte, gato garduño,
eriza sus pitas agrias.
¿Pero quién vendrá? ¿Y por dónde...?
Ella sigue en su baranda,
verde carne, pelo verde,
soñando en la mar amarga.
Compadre, quiero cambiar
mi caballo por su casa,
mi montura por su espejo,
mi cuchillo por su manta.
Compadre, vengo sangrando
desde los puertos de Cabra.
Si yo pudiera, mocito,
este trato se cerraba.
Pero yo ya no soy yo,
ni mi casa es ya mi casa.
Compadre, quiero morir
decentemente en mi cama.
De acero, si puede ser,
con las sábanas de holanda.
¿ No veis la herida que tengo
desde el pecho a la garganta?
Trescientas rosas morenas
lleva tu pechera blanca.
Tu sangre rezuma y huele
alrededor de tu faja.
Pero yo ya no soy yo.

Ni mi casa es ya mi casa.
Dejadme subir al menos
hasta las altas barandas,
¡Dejadme subir!, dejadme
hasta las altas barandas.
Barandales de la luna
por donde retumba el agua.

Ya suben los dos compadres
hacia las altas barandas.
Dejando un rastro de sangre.
Dejando un rastro de lágrimas.
Temblaban en los tejados
farolillos de hojalata.
Mil panderos de cristal,
herían la madrugada.

Verde que te quiero verde,
verde viento, verdes ramas.
Los dos compadres subieron.
El largo viento dejaba
en la boca un raro gusto
de hiel, de menta y de albahaca.
¡Compadre! ¿Dónde está, dime?
¿Dónde está tu niña amarga?
¡Cuántas veces te esperó!
¡Cuántas veces te esperara,
cara fresca, negro pelo,
en esta verde baranda!

Sobre el rostro del aljibe,
se mecía la gitana.

Verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.

Un carámbano de luna
la sostiene sobre el agua.

La noche se puso íntima
como una pequeña plaza.

Guardias civiles borrachos
en la puerta golpeaban.

Verde que te quiero verde.

Verde viento. Verdes ramas.

El barco sobre la mar.

Y el caballo en la montaña.

Federico García Lorca *Poeta en Nueva York*

Paisaje de la multitud que vomita (Anochecer en Coney Island)

La mujer gorda venía delante
arrancando las raíces y mojando el pergamino de los tambores;
la mujer gorda
que vuelve del revés los pulpos agonizantes.
La mujer gorda, enemiga de la luna,
corría por las calles y los pisos deshabitados
y dejaba por los rincones pequeñas calaveras de paloma
y levantaba la furia de los banquetes de los siglos últimos
y llamaba al demonio del pan por las colinas del cielo barrido
y filtraba un ansia de luz en las circulaciones subterráneas.
Son los cementerios, lo sé, son los cementerios
y el dolor de las cocinas enterradas bajo la arena;
son los muertos, los faisanes y las manzanas de otra hora
los que nos empujan en la garganta.

Llegaban los rumores de la selva del vómito
con las mujeres vacías, con niños de cera caliente,
con árboles fermentados y camareros incansables
que sirven platos de sal bajo las arpas de la saliva.
Sin remedio, hijo mío, ¡vomita! No hay remedio.
No es el vómito de los húsares sobre los pechos de la prostituta,
ni el vómito del gato que se tragó una rana por descuido.
Son los muertos que arañan con sus manos de tierra
las puertas de pedernal donde se pudren nublos y postres.

La mujer gorda venía delante
con las gentes de los barcos, de las tabernas y de los jardines.
El vómito agitaba delicadamente sus tambores
entre algunas niñas de sangre
que pedían protección a la luna.
¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!
Esta mirada mía fue mía, pero ya no es mía,
esta mirada que tiembla desnuda por el alcohol
y despide barcos increíbles
por las anémonas de los muelles.
Me defiando con esta mirada
que mana de las ondas por donde el alba no se atreve,
yo, poeta sin brazos, perdido
entre la multitud que vomita,
sin caballo efusivo que corte
los espesos musgos de mis sienes.
Pero la mujer gorda seguía delante
y la gente buscaba las farmacias
donde el amargo trópico se fija.
Sólo cuando izaron la bandera y llegaron los primeros canes
la ciudad entera se agolpó en las barandillas del embarcadero.

New York, 29 de diciembre de 1929

Viento del pueblo (1937)

Vientos del pueblo me llevan

Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta.

Los bueyes doblan la frente,
impotentemente mansa,
delante de los castigos:
los leones la levantan
y al mismo tiempo castigan
con su clamorosa zarpa.

No soy de un pueblo de bueyes,
que soy de un pueblo que embargan
yacimientos de leones,
desfiladeros de águilas
y cordilleras de toros
con el orgullo en el asta.
Nunca medraron los bueyes
en los páramos de España.
¿Quién habló de echar un yugo
sobre el cuello de esta raza?
¿Quién ha puesto al huracán
jamás ni yugos ni trabas,
ni quién al rayo detuvo
prisionero en una jaula?

Asturianos de braveza,
vascos de piedra blindada,
valencianos de alegría
y castellanos de alma,
labrados como la tierra
y airosos como las alas;
andaluces de relámpagos,
nacidos entre guitarras
y forjados en los yunques
torrenciales de las lágrimas;
extremeños de centeno,
gallegos de lluvia y calma,
catalanes de firmeza,
aragoneses de casta,
murcianos de dinamita
frutalmente propagada,
leoneses, navarros, dueños
del hambre, el sudor y el hacha,
reyes de la minería,
señores de la labranza,

hombres que entre las raíces,
como raíces gallardas,
vais de la vida a la muerte,
vais de la nada a la nada:
yugos os quieren poner
gentes de la hierba mala,
yugos que habéis de dejar
rotos sobre sus espaldas.
Crepúsculo de los bueyes
está despuntando el alba.

Los bueyes mueren vestidos
de humildad y olor de cuadra:
las águilas, los leones
y los toros de arrogancia,
y detrás de ellos, el cielo
ni se enturbia ni se acaba.
La agonía de los bueyes
tiene pequeña la cara,
la del animal varón
toda la creación agranda.

Si me muero, que me muera
con la cabeza muy alta.
Muerto y veinte veces muerto,
la boca contra la grama,
tendré apretados los dientes
y decidida la barba.

Cantando espero a la muerte,
que hay ruiseñores que cantan
encima de los fusiles
y en medio de las batallas.

El miliciano desconocido
Frente de Madrid

(1937)

32

No me preguntéis su nombre.
Le tenéis ahí en el frente,
por las orillas del río:
toda la ciudad lo tiene.
Cada mañana se alza,
cuando la aurora lo envuelve
con un resplandor de vida
y otro resplandor de muerte.
Cada mañana se alza,
como un acero se yergue,
y donde pone sus ojos
una luz mortal esplende.
No me preguntéis su nombre,
que no habrá quien lo recuerde.

Cada día se levanta
con la aurora o el poniente,
salta, empuña, avanza, arrolla,
mata, pasa, vuela, vence;
donde se planta allí queda;
como la roca, no cede;
aplasta como montaña
y como la flecha, hiere.
Madrid entero lo adivina;
Madrid late por sus sienes;
sus pulsos vibran hirviendo
de hermosa sangre caliente,
y en su corazón rugiendo
cantan millones de seres.
No sé quién fue, quién ha sido:
¡toda la ciudad lo tiene!
¡Madrid, a su espalda, le alienta,
Madrid entero lo sostiene!
¡Un cuerpo, un alma, una vida
como un gigante se yerguen
a las puertas del Madrid
del miliciano valiente!
¿Es alto, rubio, delgado?
¿Moreno, apretado, fuerte?
Es como todos. ¡Es todos!
¿Su nombre? Su nombre rueda
sobre el estrépito ronco,
rueda vivo entre la muerte;
rueda como una flor viva,
siempre viva para siempre.
Se llama Andrés o Francisco,
se llama Pedro Gutiérrez,
Luis o Juan, Manuel Ricardo,
José, Lorenzo, Vicente...
Pero no. ¡Se llama sólo
Pueblo Invicto para siempre!

A. Sánchez Barbudo, Angel Gaos, Antonio Aparicio, A. Serrano Plaja, Arturo Souto, Emilio Prados, Eduardo Vicente, Juan Gil-Albert, J. Herrera Petere, Lorenzo Varela, Miguel Hernández, Miguel Prieto, Ramón Gaya

Ponencia colectiva

Leida por Arturo Serrano Plaja

Tal vez resulte extraño o lo que es peor, artificial y forzado ante vosotros, que tanto significáis y tanto significa vuestra noble actitud al venir a España; tal vez resulte extraño o artificial, repetimos, el hecho de que queramos manifestarnos como lo hacemos, en grupo, en común. Por eso antes de seguir adelante queremos explicar con toda claridad el cómo y el por qué de esa serie de nombres que aparecen encabezando estas palabras.

Y resulta que, cuando hubimos de reunirnos para decidir o no nuestra participación activa en el Congreso, independientemente de que esta participación, luego de acordada por nosotros, fuese o no aceptada; cuando pensamos discutir quién de entre nosotros podría, llegado el caso, representarnos; cuando buscábamos, en fin, la forma más coherente y adecuada para sentirnos representados como era nuestro propósito y aspiración en este Congreso, que tanta importancia ha de tener para la cultura, en general, y, en particular, creemos, para la cultura española, surgió de un modo absoluto y literalmente espontáneo este criterio de hacerlo colectivamente, ya que colectivos y comunes eran nuestros puntos de vista en todas las cuestiones que nos parecieron más esenciales y objetivas.

Siendo así, como real y verdaderamente ha sido, nada se oponía a que en común fijásemos y discutiésemos nuestros puntos de vista, a que en común trazásemos las directrices que cada uno de nosotros, individualmente, había pensado como fundamentales en torno a los problemas de nuestra cultura, amenazada por el fascismo y a que, común y colectivamente, en fin, se manifestase nuestra voz en este Congreso.

Hecha esta aclaración, nadie puede pensar –si acaso había alguien que lo pensaba– que nuestro propósito ha sido inspirado en otro torpe, fácil y demagógico, de querer presentar externamente [84] unido, por originalidad, por falso colectivismo hábilmente preparado, lo que interiormente era disgregado y distinto.

Y esto que es así, este hecho de sentir verídicamente unido ante algo y para algo lo que pudo ser o ha sido tan distinto y disperso en otras ocasiones, saltando por encima de nuestro personalismo, es ya alguna de las muchas cosas que la revolución, la extraordinaria lucha que mantiene nuestro pueblo, del que nos sentimos inefablemente orgullosos, nos regala y nos afirma como un primer punto de exaltada preferencia. Porque lo que menos importa ya es el hecho en sí mismo de que este grupo, esté total, absolutamente integrado,

no sólo por distintos significados de sensibilidad, no sólo por distintas concepciones de nuestra profesión y decidida vocación de artistas, escritores y poetas, sino por individuos que, como procedencia social, puedan marcar distancias tales como las que hay entre el origen enteramente campesino de Miguel Hernández, por ejemplo, y el de la elevada burguesía refinada que pueda significar Gil-Albert; lo que importa verdaderamente, es la profundísima significación que muy por encima de nosotros tiene ese mismo hecho referido a la totalidad española y que es el siguiente: ante la guerra, ante la lucha de nuestro pueblo por mantener como enunciado primordial de su contenido su independencia nacional, todo cuanto no es contra-español, todo cuanto no sea traición malvendida al capitalismo sin patria, todo cuanto no sea bursátilmente contrahumano, diríamos se siente hoy, en España, uno y lo mismo, ante el hecho mismo de la Revolución.

Pero, además, aparte este hecho que hoy no sólo nos une para problemas estrictamente culturales, «si es que es posible entender por cultura una categoría definida, *estrictamente cultural* y al margen de los hechos vivos, reales y diarios», humanamente pretendemos que hay entre nosotros otros nexos de unión de tal índole, que son los que verdaderamente nos autorizan, por más que no sean por entero producto de nuestra propia voluntad para hablar hoy aquí. En su conjunto podríamos expresarlos al decir: somos distintos y aspiramos a serlo cada vez más, en función de nuestra condición de escritores y artistas, pero tenemos de antemano algo en común: la Revolución española que, por razones de coincidencia histórica, nace y se desarrolla simultáneamente con nuestra propia vida. O mejor: nacemos y nos desarrollamos simultáneamente con el nacimiento y desarrollo de esa Revolución. En las [85] trincheras se bate, de seguro, la gente que tiene nuestra misma edad, en mucha mayor proporción que otra cualquiera. Y si por el momento nosotros mismos no estamos allí, no quiere esto decir que no hallamos estado unos, que no vayamos a estar de modo inmediato otros, y que no hayamos vivido, todos, en plena, consciente, disciplinada e incondicional actividad, los dramáticos momentos de nuestra lucha. No queremos con esto hacer, ni hacemos, naturalmente, monopolio de la heroica voluntad de lucha *de todo* el pueblo español. Pero sí queremos decir, con todas esas razones, que tenemos, no ya un derecho, sino que nos consideramos con el deber ineludible de interpretar, con nuestro pensamiento y sentimiento, el pensar y el sentir de esa juventud que se bate en las trincheras y que ardientemente reclamamos, por *nuestra*, la misma medida, y con la misma pasión con que nosotros nos consideramos suyos: de esa juventud, y listos para estar con ella dónde, cómo y cuando sea, sin alardes inútiles, sin prematuro heroísmo, sino serenamente, como esa misma juventud a la que por destino pertenecemos.

De esa juventud que, en ese sentido, es la nuestra (y que podríamos determinar como la juventud de la República, la juventud que en más o menos presta su servicio militar en el histórico período en que se proclama por segunda vez la República española), tomamos alto ejemplo e inolvidable

lección, y sólo estimaremos nuestro fin conseguido en la medida en que sepamos devolver a esa juventud, cuando ya no lo sea, en nuestra obra futura, en forma de creación artística y literaria, los mismos valores humanos que con su acción enaltecadora, en su caliente sangre generosa nos afirma hoy en la actuación, ya que no podemos decir aún *obra* que nos defina.

Porque al decir antes que tenemos algo en común –la Revolución–, no aludimos solamente a la lucha actual del pueblo español, a la lucha armada que comienza el 18 de julio de 1936, sino a la totalidad histórica del fenómeno, que alcanza sus máximas dimensiones, su dramática plenitud, en la lucha actual del pueblo español contra el fascismo internacional. Pero esta lucha, naturalmente, no se produce, como nada en la historia, de un modo súbdito, casual e inesperado, sino que ha venido fraguándose lentamente.

La lucha actual tiene su pasado inmediato en todo un proceso que, si por fuerza tiene que haber influido en toda la vida [86] española –si acaso la *vida española* no es, en sí misma, por lo menos a partir del año 17, ese mismo proceso–, con mucho mayor motivo tiene que haber influido en lo que por definición era su resultado social: la juventud, entonces adolescencia, que paralela y simultáneamente *procedía a desarrollarse*. Aquella adolescencia era esta juventud ya reiteradamente aludida.

Y aquel proceso, que no intentaremos caracterizar totalmente, por entenderlo innecesario, sino en un solo aspecto, es el que precisa y rigurosamente nos define. Más angustiosamente que nunca ese proceso implicaba un problema que, en muy distintas formas, viene rodando por el suelo, con diversos nombres, desde hace, por lo menos, cuatro siglos: desde que Martín Lutero, razonablemente, plantea la necesidad de hacer el libre examen de los textos sagrados.

Si verdaderamente la colisión comienza fundamentalmente ahí, la fe y la razón, o la voluntad y la razón, como luego ha de enunciar Dostoiewski, se excluyen, se oponen violentamente; la razón *exige categóricamente*, y la voluntad *quiere apasionada, divinamente*. No hay manera de conciliarla. Y la tesis teológica de que la fe, de origen divino, puede y debe ser contenida en una razón que procede igualmente de la divinidad, no llega a ser sino una tesis.

El choque es cada vez más violento: la razón *no se explica la voluntad*, y, a su vez, la voluntad *no quiere la razón*. Y, volviendo a nuestros días, que ya, y cada vez más afortunadamente, son *aquellos días*, el problema sigue latente.

Intentaremos, para poder mantenernos dentro de las obligadas dimensiones de esta líneas, limitar el enunciado del problema al último período de España. Precisamente a ese que por cogernos en medio de dos, como bandos en lucha, ha determinado en todos nosotros, por instinto de conservación, angustiosamente, una necesidad de soluciones a las múltiples ecuaciones

dramáticas que por el hecho de nacer teníamos planteada. Y ese período es, por un lado, el de los comentaristas y los puros; por otro, el de un confuso revolucionarismo. No había soluciones comunes; las que satisfacían por entonces la cultura negaban la vitalidad, y a la inversa. En el pueblo veíamos el impulso, pero solamente el impulso y éste creíamos no bastaba.

Poéticamente, diríamos, los signos que se nos ofrecían desde ese lado no podían satisfacer todo un perfeccionamiento rápido; [87] por ejemplo, las últimas consecuencias de todo un mundo: el surrealismo.

Una serie de contradicciones nos atormentaban. Lo puro, por antihumano, no podía satisfacernos en el fondo; lo revolucionario, en la forma, nos ofrecía tan sólo débiles signos de una propaganda cuya necesidad social no comprendíamos y cuya simpleza de contenido no podía bastarnos. Con todo, y por instinto tal vez, más que por comprensión, cada vez estábamos más del lado del pueblo. Y hasta es posible que política, social y económicamente, comprendiésemos la Revolución. De todos modos, menos de un modo total y humano. La pintura, la poesía y la literatura que nos interesaba no era revolucionaria; no era una consecuencia ideológica y sentimental, o si lo era, lo era tan sólo en una tan pequeña parte, en la parte de una consigna política, que el problema quedaba en pie. De manera que, por un lado, habíamos abominado del escepticismo, mas por otro, no podíamos soportar la ausencia absoluta y total.

En definitiva, cuanto se hacía en arte, no podía satisfacer un anhelo profundo, aunque vago, inconcreto, de humanidad, y por otro, el de la Revolución, no alcanzaba tampoco a satisfacer ese mismo fondo humano al que aspirábamos, porque precisamente no era totalmente revolucionario. La Revolución, al menos lo que nosotros teníamos por tal, no podía estar comprendida ideológicamente en la sola expresión de una consigna política o en un cambio de tema puramente formal.

El arte abstracto de los últimos años nos parecía falso. Pero no podíamos admitir como revolucionaria, como verdadera, una pintura, por ejemplo, por el solo hecho de que su concreción estuviese referida a pintar un obrero con el puño levantado, o con una bandera roja, o con cualquier otro símbolo, dejando la realidad más esencial sin expresar. Porque de esa manera resultaba que cualquier pintor reaccionario –como persona y como pintor– podía improvisar, en cualquier momento, una pintura que incluso técnicamente fuese mejor y tan revolucionaria, por lo menos, como la otra, con sólo pintar el mismo obrero con el mismo puño levantado. Con sólo pintar un símbolo y no una realidad.

El problema era y debía ser de fondo; queríamos que todo el arte que se produjese en la Revolución, apasionadamente de acuerdo con la Revolución, respondiese ideológicamente al mismo contenido humano de esa Revolución, en la misma medida, con la [88] misma intensidad y con igual pasión con que se han producido todos los grandes movimientos del espíritu. Porque incluso

en la música, la más abstracta de las artes, la única que ni directa ni indirectamente puede referir conceptos, se ha logrado una tan perfecta adecuación en momentos determinados de la historia como la que supone Bach para el cristianismo; Chopin, para el romanticismo, &c. Y todo lo que no fuese creado con esa misma relación absoluta de valores, todo cuanto fuese «simbología revolucionaria» más que «realidad revolucionaria», no podía expresar el fondo del problema.

La revolución no es solamente una forma, no es solamente un símbolo, sino que representa un contenido vivísimamente concreto, un sentido del hombre, absoluto, e incluso unas categorías, perfectamente definidas como puntos de referencia de su esencialidad. Y así, para que un arte pueda llamarse, con verdad, revolucionario, ha de referirse a ese contenido esencial, implicando todas y cada una de esas categorías en todos y cada uno de sus momentos de expresión; porque si no, hay que suponer que el concepto mismo de la revolución es confuso y sin perfiles y sin un contenido riguroso. Si no es así, si apreciamos sólo las apariencias formales, caeríamos en errores que, en otro cualquier plano, resultan groseramente inadmisibles. Como, por ejemplo, decir que es revolucionario dar limosna a un pobre. Todo eso sería tomar el rábano por las hojas y sólo por las hojas. Y, en último término, sabemos que, muy comúnmente, en esa piedad del limosnero hay no poca hipocresía y, «siempre», una concepción del mundo, según un tal orden preestablecido, «que, como pobre que no va nunca a dejar de serlo, hay que ayudarle».

Pues bien; en el terreno de la creación artística y literaria, no es posible tampoco que lo más rico objetivamente, lo que tiene más posibilidades en el porvenir, admita una limosna, por más que sea bien intencionada en cuanto a voluntad personal. No queremos –aunque lo admitamos en cuanto a las necesidades inmediatas que para nada subestimamos, ya que de ellas dependen todas– una pintura, una literatura, en las que, tomando el rábano por las hojas, se crea que todo consiste en pintar o en describir, etcétera, a los obreros buenos, a los trabajadores sonrientes, etcétera, haciendo de la clase trabajadora, la realidad más potente hoy por hoy, un débil símbolo decorativo. No. Los obreros son algo más que buenos, fuertes, &c. Son hombres con pasiones, con [89] sufrimientos, con alegrías mucho más complejas que las que esas fáciles interpretaciones mecánicas desearían. En realidad, pintar, escribir, pensar y sentir, en definitiva, de esa manera, es tanto como pensar que hay que emperifollar algo que realmente no necesita de afeites, es pensar y sentir que la realidad es otra cosa.

Pues bien; nosotros declaramos que nuestra máxima aspiración es la de expresar fundamentalmente esa realidad, con la que nos sentimos de acuerdo poética, política y filosóficamente. Esa realidad que hoy, por las extraordinarias dimensiones dramáticas con que se inicia, por el total contenido humano que ese dramatismo implica, es la coincidencia absoluta con el sentimiento, con el mundo interior de cada uno de nosotros.

Decimos, y creemos estar seguros de ello, que, por fin, no hay ya colisión entre la realidad objetiva y el mundo íntimo. Lo que no es ni casual ni tampoco resultado sólo de nuestro esfuerzo para lograr esa identificación, sino que significa la culminación objetiva de todo un proceso. En la medida que el pueblo español, por «la fuerza de la sangre», recobra sus valores tradicionales (esto es, aquella parte de su tradición que es un valor, aquella tradición que es positiva), esa integración se produce espontáneamente, como un regalo, cosa que no podía suceder en tanto que no llegase este mismo momento; porque hasta él había tan sólo, por un lado, la lucha, la guerra, pero sin los altos valores que puede tener y que tiene hoy nuestra guerra; y por otro, la sola esperanza.

Sólo a partir de un hecho mayor, como es hoy la guerra de la independencia; sólo a partir de una realidad con categoría de realidad, de entidad real y humana, podía producirse una integración mayor, una identificación absoluta, una adecuación total del pensamiento y de la acción del mundo íntimo y de la realidad objetiva, de la realidad y de la razón. Porque hoy, al menos así lo entendemos nosotros, la voluntad quiere exactamente aquello que la razón exige, porque, a su vez, la razón, precisamente por razón, sólo exige la voluntad, la buena voluntad de Sancho Panza, cuando ésta está ya quiijotizada, cuando ya también Sancho quiere aventuras. Si es cierto que esa misma oposición a que nos venimos refiriendo se ha encarnado en Don Quijote y Sancho, hoy en España queremos entender la razonabilidad de Sancho implicando y coincidiendo con la caballerosa voluntad de Don Quijote.

Porque hoy la revolución española lucha por la nada desdeñable [90] –contra lo que creen ciertos apasionados– organización racional de su existencia, por el acoplamiento, conforme a razón, de un mundo que excluya el desorden racionalmente capitalista, inhumanamente monopolista, pero, además, lucha con toda su voluntad, con todo el esfuerzo de su mayor pasión posible: la pasión que se sabe consciente y razonable, la pasión que sabe que tiene razón. Y por eso la voluntad nuestra –que más o menos también es nuestra– tiene razón, es congruente con la razón. Hoy en España –y no es esta la victoria menos importante alcanzada sobre el fascismo–, nuestra lucha en todos sus matices, responde a un contenido de pensamiento con una expresión de voluntad. Los hechos, cada vez más, son asumidos y resumidos en formas coherentes de pensamiento. Se produce una poesía poética, absoluta, en cuanto a calidad, y una pintura y una creación intelectual en suma, cada vez más apasionada y cada vez más inteligible.

Pensamos en la función del artista, del escritor, íntima y forzosamente ligada al ambiente que la rodea y en posesión, por el hecho de nacer de un cúmulo de experiencias que el hombre ha conseguido, en otras ocasiones, de un modo definitivo, para el resto de la humanidad.

Y hoy en España, junto a esa experiencia que late como en potencia en todos los instantes de todo el mundo, nos hallamos ante un hecho de tan alto valor

humano que enriquece esta misma experiencia y que permite, además, la plena, positiva y consciente incorporación de aquellos valores que en otro momento, sin este movimiento de espíritu, hubieran permanecido latentes, verdaderos, pero inoperantes, como dormidos, y la revolución española es el despertar, no sólo a la historia, sino a la vida misma de esos valores. «El hombre se ha perdido a sí mismo», dice Marx. Y lo que hoy hace revolucionariamente es encontrarse a través de la intrincada maraña de perdición que es el capitalismo, que el hombre mismo había inventado precisamente, por terrible paradoja, para, en otro atolladero de su historia, poder continuar su camino.

La revolución se decide, en el fondo, por la actualización de los valores eternos del hombre, y precisamente por esto éramos revolucionarios antes de poseer una concepción concreta de la revolución: porque más que nada esperábamos eso, deseábamos ese «sacudimiento extraño que agita las ideas», esa verdadera y vivísima inspiración histórica que viene a coincidir absolutamente con la definición becqueriana de la inspiración poética. [91]

Esos valores eternos se concretan hoy en unas categorías humanas perfectamente decidibles y absolutamente reales. Son la opresión más elemental y, por lo tanto, más hondamente verdadera de todo un mundo en actividad o poniéndose o imponiéndose a otro, cuya fundamental característica es la de cultivar todo aquello que permita conservar su pasividad fundamental. La serie: campesinos, trabajadores, heroísmo, solidaridad, &c., tienen, del otro lado, su contrapartida, al decir: guardias civiles, señoritos, terror coactivo, ayuda financiera, &c., y en la misma medida que aquellos valores poéticos y, por lo tanto, esencialmente humanos, determinaban en nosotros su ambición, esto es, la irrenunciable ambición de hacerlos verdaderos, en esa misma medida estuvimos dispuestos a conseguirlo realmente, de toda una política que condujese a ellos. Si ese esfuerzo implicaba o no esos valores, si la política entendida en ese sentido implica o no la poesía, es cosa que no nos importa demasiado desentrañar. Para nosotros, efectivamente, la implica, la lleva consigo, por lo que no es, en sí misma, la misma poesía.

De ahí nuestra actitud ante el arte de propaganda. No lo negamos, pero nos parece, por sí solo, insuficiente. En tanto que la propaganda vale para propagar algo que nos importa, nos importa la propaganda. En tanto que es camino para llegar al fin que ambicionamos, nos importa el camino, pero como camino. Sin olvidar en ningún momento que el fin no es, ni puede ser, el camino que conduce a él. Lo demás, todo cuanto sea defender la propaganda como un valor absoluto de creación, nos parece tan demagógico y tan falto de sentido como pudiera ser, por ejemplo, defender el arte por el arte o la valentía por la valentía. Y nosotros queremos un arte por y para el hombre y una valentía miedosa, que sólo es valentía en tanto que tiene un motivo para serlo, en tanto que tiene un comienzo esforzado, para llegar a un fin victorioso. El

valiente de otra manera, corre el peligro de la chabacana valentía sin objeto, de la valentía profesional.

Esa valentía y ese esteticismo y ese propagandismo puros, ya que se ha dicho, son tan nocivos como el agua pura, como el agua químicamente pura, y pertenecen a un pasado que para nada interesa perpetuar. La revolución ha acabado con él. Y, además, tan generosamente, que no distingue ni quiere distinguir de cuanto se produce hoy en España, de lo que es producto de un esfuerzo perseverante y consciente y de lo que es mera coincidencia especial. [92] Hoy se comienza todo. Lo que tenga vida vivirá y lo muerto quedará muerto. Pero la revolución no pone trabas, y el heroísmo del pueblo español es hoy tema por igual para todos e igualmente legítimo. Sólo los que ahora no hagan el esfuerzo necesario de comprender la verdad, de tener conciencia verdadera de las cosas de la sangre, se hundirán en su propia comunidad de coincidencia en la frase, pero no en el contenido.

Por nuestra parte, de esa revolución que rompe con el pasado, queremos ir a la tradición. Queremos aprovecharnos de todo cuanto en el mundo ha sido creado con esfuerzo y clara conciencia, para, esforzadamente, enriquecer, siquiera sea con un solo verso, con una sola pincelada, con una sola idea que en nuestro convivir logremos, esa claridad creciente del hombre. Porque, efectivamente, somos humanistas, pero del humanismo éste que se produce en España hoy. Del que recoge la herencia del humanismo burgués, menos lo que este último tiene de utopía, de ilusión engañosa sobre el hombre y la sociedad, de pacifismo, de idealismo en desuso y casi pueril; no podemos fiarnos de un progreso que se hiciera por sí sólo; no podemos admitir el pacifismo en esta época de guerra, que sólo nos permite entrever el fin de las guerras capitalistas y el advenimiento efectivo de la paz, por la revolución. Entendemos *el humanismo* como aquello que intenta comprender al hombre, a todos los hombres, a fondo. Entendemos el humanismo como el intento de restituir al hombre la conciencia de su valor, de trabajar para limpiar la civilización moderna de la barbarie capitalista que «en la práctica –dice Unamuno en su ensayo "La Dignidad Humana"– ha trazado una escala de gradación para estimar el trabajo humano y se ha fijado en ella un punto cual cero de la escala, un punto terrible en el que empieza la congelación del hombre, en el que el desgraciado o el adscrito va lentamente deshumanizándose, muriendo poco a poco, en larga agonía de hambre corporal y espiritual, entretejida». «Y así sucede que el proceso capitalístico actual –sigue Unamuno–, despreciando el valor absoluto del trabajo y con él el del hombre, ha creado enormes diferencias en su justipreciación. Lo que algunos llaman individualismo, surge de un desprecio absoluto, precisamente de la raíz y base de toda individualidad, del carácter específico del hombre, de lo que nos es a todos común. Los infelices que no llegan al coro de la escala, son tratados cual cantidades negativas, se les deja morir de hambre y se les rehusa la dignidad humana». [93]

El humanismo que defendemos, el que nace ahora en España, es, por excluir todo eso, más amplio que el otro, y, por su lucha, verídico, viril, renovador, heroico. Es un humanismo, en todo caso, cuya definición exacta y, por así decirlo, teórica, no puede hacerse sino en la medida misma que se producen ciertos hechos empíricos, vivos y diarios que son los que realmente decimos. Porque vive de realidades y no de supuestos, su existencia misma depende de la existencia del hombre como hombre, esto es, liberado de todo cuanto no sea una confección del mundo en la que el hombre es, ciertamente, el valor esencial. Hecho hoy tan ligado a la batalla del pueblo español, que podríamos decir que este humanismo es, existe, en tanto que el pueblo español, como expresión de voluntad razonable, tiene existencia y cuyo mayor o menor desarrollo, se podrá establecer y discutir sólo con el triunfo definitivo de nuestro pueblo. De ese humanismo implicado así en nuestra lucha, nos consideramos nosotros activos militantes. Y ponemos a contribución, para afirmarlo, cuanto nos es dable: Desde nuestra voluntad a nuestra juventud, entendida esta última, no como una abstracción parada, estática; no como juventud afirmada tan sólo en un hecho cronológico y por lo tanto anacrónico, viejo, sino como posibilidad de esfuerzo y de acción. En sí mismo no hay razón para que la juventud sea preferible a otra edad, a la hombría o a la infancia. Sólo por su capacidad, si lo consigue, de mayor esfuerzo consciente, es, puede ser, una edad preferible a otra; cosa que suele ocurrir en la llamada de la juventud. Y nosotros, que ahora somos jóvenes, pero que *vamos viviendo*, que tenemos y pretendemos tener la conciencia de nuestro tiempo, no queremos perderlo pensando tan sólo que somos jóvenes; porque mañana no lo seremos, y si no hemos realizado esas posibilidades por las que se suele definir la juventud, no habremos tenido juventud. Porque no queremos ser en su día esos viejos, viejos desde su nacimiento, que no se han dado cuenta de *cómo se iba el tiempo*, esos viejos que han perdido siempre el tiempo, su tiempo, el que debieron haber definido con su acción y que, por su omisión, los define a ellos tristemente.

Para no incurrir en ese anacronismo, queremos dar sentido a nuestra juventud. Y queremos dárselo con sólo darnos a nuestro pueblo, con sólo interpretar su lucha como participantes en ella. Porque esa lucha encierra, en sí, las mayores posibilidades, las más grandes perspectivas, los más apasionados contenidos de conciencia. *Con sólo ganar la guerra* –nada más y nada menos– la [94] revolución más formidable y positiva se habrá operado en el mundo; porque, claro, con sólo ganar la guerra, una serie de hechos objetivos, tangibles, quedarían afirmados y afirmando todo un orden distinto y mejor en una nueva ordenación social; con sólo ganar la guerra, y esto es lo más importante, la conciencia de todos y cada uno de los hombres, partiría de unos supuestos, no nuevos, sino eternos, pero eternamente inactivos, teóricos, abstractos.

Basta haber vivido en España. Basta, por ejemplo –y como ejemplo lo citamos solamente, ya que podían elegirse otros innumerables–, haber estado en Madrid durante los dramáticos días de noviembre para saber que todo lo que

ocultaba al hombre en cada hombre, todo lo que solamente era costumbre doméstica, hábito empequeñecido, mezquindad cotidiana, ha sido superado por las necesidades de la lucha. Cada mujer, cada hombre, cada niño, se han sentido, en Madrid, con la muerte tan a su lado, que todo cuanto no fuese lo más elevado y noble de su conciencia, le resultaba un peso muerto, sin sentirlo. El hombre ha despertado y tiene conciencia de su despertar; sólo negándose, en la derrota puede perderse esa conciencia y dejar de ejercerse; sólo con ganar la guerra se afirmará y proseguirá un camino para el que pone impulso ganado en la lucha.

Por eso, cuando se oye hablar de felicidad como aspiración, uno sabe perfectamente que, entre nosotros, la ambición es mucho mayor: ganar la guerra, que es conquistar la categoría de hombre, la dignidad humana, cosa mucho más importante y mucho más difícil. Porque no es posible creer que al hombre le bastase, caso de que fuera posible, con ser feliz, so pena de dejar de ser hombre; en realidad, por esa felicidad, ya sería el hombre, limitado, *un infeliz*, como dice nuestro pueblo.

Por eso nosotros, jóvenes escritores, artistas y poetas, para conquistar esa categoría humana a que aludimos, no sólo, claro está, para nosotros, sino para todos los hombres, declaramos aquí, en un Congreso de Escritores, precisamente, que como escritores y artistas y como hombres jóvenes, luchamos, disciplinada, serena y altivamente, sin demagogia, sin truculencia, allí donde el pueblo español, del que lo esperamos todo, nos diga, a través de sus órganos de expresión democrática, allí donde nos diga el Gobierno Español, que es hoy algo mucho más importante que un gobierno.

Y como jóvenes, precisamente para tener el derecho de intentar la interpretación de toda una juventud heroica, disciplinada y [95] consciente, que se bate en nuestras trincheras, ligándose a lo que hoy, en España, es verdadera y concretamente joven: La Alianza de la Juventud, en la que nos sentimos real y verdaderamente interpretados en todo cuanto se refiera a las necesidades de la lucha, que, para nosotros, son hoy los fundamentos, los cimientos del hombre.

Y de una manera general, por fin, queremos excluir de nosotros, como forma de actuación, todo cuanto no sea un sentido de estricta, rigurosa y concretísima responsabilidad, exigida y defendida, simultáneamente, como una necesidad y una garantía: Una garantía, la que significa poder apelar a esta responsabilidad, cuando algo o alguien pretenda actuar fuera de ella. Una necesidad la de actuar en nombre de algo más importante que nuestro propio, personal y exclusivo criterio.

Así, con una responsabilidad serena y muy consciente y voluntaria disciplina, queremos colaborar con nuestro pueblo a ganar la guerra, a conquistar por ese único hecho, sólo y sencillamente: el hombre.

Antonio Machado “A Líster, Jefe en los ejércitos del Ebro”

Tu carta –oh noble corazón en vela,
Español indomable, puño fuerte-,
Tu carta, heroico Líster, me consuela,
De esta, que pesa en mí, carne de muerte.

Fragores en tu carta me han llegado
De lucha santa sobre el campo ibero;
También mi corazón ha despertado
Entre olores de pólvora y romero.

Donde anuncia marina caracola
que llega el Ebro, y en la peña fría
donde brota esa rúbrica española,

de monte a mar, esta palabra mía:
“Si mi pluma valiera tu pistola
de capitán, contento moriría”.

Junio de 1938

Rafael Alberti “Galope”

Las tierras, las tierras, las tierras de España,
las grandes, las solas, desiertas llanuras.

Galopa, caballo cuatralbo,
jinete del pueblo,
al sol y a la luna.

¡A galopar,
a galopar,

hasta enterrarlos en el mar!

A corazón suenan, resuenan, resuenan
las tierras de España, en las herraduras.

Galopa, jinete del pueblo,
caballo cuatralbo,
caballo de espuma.

¡A galopar,
a galopar,

hasta enterrarlos en el mar!

Nadie, nadie, nadie, que enfrente no hay nadie;
que es nadie la muerte si va en tu montura.

Galopa, caballo cuatralbo,
jinete del pueblo,
que la tierra es tuya.

¡A galopar,
a galopar,

hasta enterrarlos en el mar!

ARTURO SERRANO

PLAJA

EL HOMBRE Y

EL TRABAJO

(1938)

LOS CAMPESINOS²²

I

Ahora estamos en guerra y no sentimos
sino la bronca empresa de la espada.
Pero vendrá la paz.

Los pueblos hallaremos
en lamentables ruinas angustiosas,
pero sabiendo a paz y merecida.

A los ásperos campos hoy en guerra,²³
libres ya de enemigo,
libres ya de extranjeros,²⁴
volverán sus antiguos moradores
los graves campesinos hoy soldados,
los hombres de la tierra
que tan amargamente la cuidaban
y defendieron tan valientemente.²⁵

Suspirarán las madres.

Se rendirá en los pueblos homenaje,
sencillas ceremonias funerales,
a los héroes caídos.

Las dulcísimas novias
viudas ya de la gloria;
las dolientes hermanas afligidas,
los huérfanos del triunfo inolvidable,
desfilarán humilde y llanamente.

Dichosos los que puedan para entonces
retornar al trabajo.

Gobernarán sus manos los terrenos
recién reconquistados con su esfuerzo²⁶
y, suyos, poco a poco, los sembrados,
crecerán amorosos, y distintos.

Aquí nacerá el trigo, allá centeno.²⁷

Producirán espesas estas tierras
la cebada caliente,

y estas otras humbrías,
donde la hierba fresca, sin esfuerzo
cubre abundantes prados,
sentirán los alientos acercarse²⁸
de las vacas humildes,²⁹
de los mansos becerros inocentes,
de los débiles potros indefensos.³⁰

Los hatos de ganado, poco a poco
se irán multiplicando.

También crecerán hombres lentamente
distintos y más puros
que a la sombra de un bosque, en su faena,
su reposo pausado,
entre un ligero viento que refresca
las fatigadas sienes,
bendecirán los muertos de esta guerra.

Son ellos su destino.

Las fincas repartidas libremente,
las enteras cosechas recogidas
sin tributo de dura servidumbre,
de acatamiento al bárbaro extranjero,
nacerán de la tierra
que levemente cubre su reposo.

Florecerán sus cuerpos amapolas,
repetirán su nombre los arroyos
y el trigo dará un pan glorioso, puro,³¹
nacido de la gloria, entre sus huesos.

II

¡Ay tiempos venideros!
 ¡Ay campos españoles!
 Los graves labradores castellanos
 no calzarán más tiempo sus abarcas³²
 ni sentirán ceñida su cintura
 por las calientes fajas de merino,
 en ajeno provecho.

Su triste soledad ensimismada
 no permanecerá junto a la lumbre
 de los largos inviernos,
 ceñuda, concentrada, oscurecida.
 Otros serán sus fines.
 Serán suyos los campos
 y con ellos, la crecida cosecha.

Las nieves de la sierra
 y el silencio de largos temporales;
 el paso melancólico de grullas
 por cielos emplomados,
 no serán por más tiempo cruel mensaje
 de miseria invernal humedecida.

¡Ay tiempos venideros!
 ¡Ay, dulcísima patria!
 ¡Ay, campos liberados!
 La pálida discordia
 no triunfará ya más sobre vosotros.

Cesarán los sollozos.
 A los muertos en guerra³³
 sucederán, eternos, en los pueblos,
 los hombres en trabajo:
 la lenta perfección que sólo alcanza
 la humilde libertad trabajadora,
 descansará en los hombres convirtiendo
 su fatiga en reposo.

Otras serán las manos
 que podarán las viñas andaluzas;
 otras, las que recojan
 del olivar humilde la cosecha.
 Serán distintos hombres los que gocen
 las manzanas de Asturias,
 los apretados frutos de Galicia,
 los lacustres arroces levantinos.

Serán distintos ojos los que aguarden,
 por campos de Castilla,
 con impaciencia dulce a la cigüeña

primaveral y exacta :

su presencia en las torres conmemora
la blanda pesadumbre de la espiga,
su dorada promesa.

Será distinto todo,
pero todo lo mismo:
el pueblo que trabaja sus terrenos,
estos mismos terrenos,
con vigorosos bueyes renovados
que son los mismo bueyes.
Los arados de encina
de los mismos talados encinares
y las trojes de paja,
los relucientes peces de cosecha
sobre las mismas eras aventados.

La voz de los gañanes afligidos,
con la misma congoja,
se alzarán espesamente con canciones
de crepúsculo tierno y sudoroso,
levantará su triste maravilla
de un mismo amor dolido hacia los cielos,
de idéntico dolor pero más alto,
de idéntico sufrir, pero más hondo.

Los obreros manuales de la tierra
perpetuamente sufren.

También perpetuamente se renuevan
los campos florecidos,
las manadas de toros.
También perpetuamente vive el cielo
y eternamente puro se mantiene.

Camilo José Cela
La familia de Pascual Duarte

La familia de Pascual Duarte

77
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE
MADRID
CALLE DE ALFARO, 15
28014 MADRID

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE
MADRID
CALLE DE ALFARO, 15
28014 MADRID

033-0110
Instituto Español
de
Cultura
Roma

Tres años me tuvieron encerrado, tres años lentos, largos como la amargura, que si al principio creí que nunca pasarían, después pensé que habían sido un sueño; tres años trabajando, día a día, en el taller de zapatero del penal; tomando, en los recreos, el sol en el patio, ese sol que tanto agradecía; viendo pasar las horas con el alma anhelante, las horas cuya cuenta — para mi mal — suspendió antes de tiempo mi buen comportamiento.

Da pena pensar que las pocas veces que en esta vida se me ocurrió no portarme demasiado mal, esa fatalidad, esa mala estrella que, como ya más atrás le dije, parece como complacerse en acompañarme, torció y dispuso las cosas de forma tal que la bondad no acabó para servir a mi alma para maldita la cosa. Peor aún: no sólo para nada sirvió, sino que a fuerza de desviarse y de degenerar siempre a algún mal peor me hubo de conducir. Si me hubiera portado mal hubiera estado en Chinchilla los veintiocho años que me salieron; me hubiera podrido vivo como todos los presos, me hubiera aburrido hasta enloquecer, hubiera desesperado, hubiera maldecido de todo lo divino, me hubiera acabado por envenenar del todo, pero allí estaría, purgando lo cometido, libre de nuevos delitos de sangre, preso y cautivo — bien es verdad —, pero con la cabeza tan segura sobre mis hombros como al nacer, libre de toda culpa, si no es el pecado original; si me hubiera portado ni fu ni fa, como todos sobre

poco más o menos, los veintiocho años se hubieran convertido en catorce o dieciséis, mi madre se hubiera muerto de muerte natural para cuando yo consiguiese la libertad, mi hermana Rosario habría perdido ya su juventud, con su juventud su belleza, y con su belleza su peligro, y yo — este pobre yo, este desgraciado derrotado que tan poca compasión en usted y en la sociedad es capaz de provocar — hubiera salido manso como una oveja, suave como una manta, y alejado probablemente del peligro de una nueva caída. A estas horas estaría quién sabe si viviendo tranquilo, en cualquier lugar, dedicado a algún trabajo que me diera para comer, tratando de olvidar lo pasado para no mirar más que para lo por venir; a lo mejor lo había conseguido ya... Pero me porté lo mejor que pude, puse buena cara al mal tiempo, cumplí excedíndome lo que se me ordenaba, logré enternecer a la justicia, conseguí los buenos informes del director..., y me soltaron; me abrieron las puertas; me dejaron indefenso ante todo lo malo. Me dijeron:

— Has cumplido, Pascual; vuelve a la lucha, vuelve a la vida, vuelve a aguantar a todos, a hablar con todos, a rozarte otra vez con todos.

Y creyendo que me hacían un favor, me hundieron para siempre.

Estas filosofías no se me habían ocurrido de la primera vez que este capítulo — y los dos que siguen — escribí; pero me los robaron (todavía no me he explicado por qué me los quisieron quitar), aunque a usted le parezca tan extraño que no me lo crea, y entristecido por un lado con esta maldad sin justificación que tanto dolor me causa, y ahogado en la re-

petición, por la otra banda, que me fuerza el recuerdo y me decanta las ideas, a la pluma me vinieron y, como no considero penitencia el contrariarme las voluntades, que bastantes penitencias para la flaqueza de mi espíritu, ya que no para mis muchas culpas, tengo con lo que tengo, ahí las dejo, frescas como me salieron, para que usted las considere como le venga en gana.

Cuando salí encontré al campo más triste, mucho más triste, de lo que me había figurado. En los pen-samientos que me daban cuando estaba preso, me lo imaginaba — vaya usted a saber por qué — verde y lozano como las praderas, fértil y hermoso como los campos de trigo, con los campesinos dedicados afa-nosamente a su labor, trabajando alegres de sol a sol, cantando, con la bota de vino a la vera y la cabeza vacía de malas ocurrencias, para encontrarlo a la salida yermo y agostado como los cementerios, deshabitado y solo como una ermita lugareña al siguiente día de la patrona...

Chinchilla es un pueblo ruin, como todos los man-chegos, agobiado como por una honda pena, gris y macilento como todos los poblados donde la gente no asoma los hocicos al tiempo, y en ella no estuve sino el tiempo iusto que necesité para tomar el tren que me había de devolver al pueblo, a mi casa, a mi familia; al pueblo que volvería a encontrar otra vez en el mismo sitio, a mi casa que resplandecía al sol como una joya, a mi familia que me esperaba para más lejos, que no se imaginaria que pronto habría de estar con ellos, a mi madre que en tres años a lo mejor Dios había querido suavizar, a mi hermana, a mi querida y santa hermana, que saltaría de gozo al verme.

El tren tardó en llegar, tardó muchas horas. Ex-traño estoy de que un hombre que tenía en el cuer-po tantas horas de espera notase con impaciencia tal un retraso de hora más, hora menos, pero lo cierto es que así ocurría, que me impacientaba, que me des-componía el aguardar como si algún importante nego-cio me comiese los tiempos. Anduve por la estación, fui a la cantina, paseé por un campo que había con-tiguo... Nada; el tren no llegaba, el tren no asomaba todavía, lejano como aún andaba por el retraso. Me acordaba del penal, que se veía allá lejos, por detrás del edificio de la estación; parecía desierto, pero estaba lleno hasta los bordes, guardador de un montón de desgraciados con cuyas vidas se podían llenar tantos cientos de páginas como ellos eran. Me acordaba del director, de la última vez que le vi; era un viejecito calvo, con un bigote cano, y unos ojos azules como el cielo; se llamaba don Conrado. Yo le quería como a un padre, le estaba agradecido de las muchas palabras de consuelo que — en tantas ocasiones — para mí tu-viera. La última vez que le vi fue en su despacho, adonde me mandó llamar.

— ¿Da su permiso, don Conrado?

— Pasa, hijo.

Su voz estaba ya cascada por los años y por los achaques, y cuando nos llamaba hijos parecía como si se le enterneciera más todavía, como si le temblara al pasar por los labios. Me mandó sentar al otro lado de la mesa; me alargó la tabaquera, grande, de piel de cabra; sacó un librito de papel de fumar que me ofreció también.

— ¿Un pitillo?

— Gracias, don Conrado.

Don Conrado se rió.

— Para hablar contigo lo mejor es mucho humo. ¡Así se te ve menos esa cara tan fea que tienes!

Soltó la carcajada, una carcajada que al final se mezcló con un golpe de tos, con un golpe de tos que le duró hasta sofocarlo, hasta dejarlo abotargado y rojo como un tomate. Echó mano de un cajón y sacó dos copas y una botella de coñac. Yo me sobresalté; siempre me había tratado bien — cierto es —, pero nunca como aquel día.

— ¿Qué pasa, don Conrado?

— Nada, hijo, nada... ¡Anda, bebe..., por tu libertad!

Volvió a acometerle la tos. Yo iba a preguntar:

— ¿Por mi libertad?

Pero él me hacía señas con la mano para que no dijese nada. Esta vez pasó al revés; fue en risa en lo que acabó la tos.

— Sí. ¡Todos los pillos tenéis suerte!

Y se reía, gozoso de poder darme la noticia, contento de poder ponerme de patas en la calle. ¡Pobre don Conrado, qué bueno era! ¡Si él supiera que lo mejor que podría pasarme era no salir de allí! Cuando volví a Chinchilla, a aquella casa, me lo confesó con lágrimas en los ojos, en aquellos ojos que eran sólo un poco más azules que las lágrimas.

— ¡Bueno, ahora en serio! Lee...

Me puso ante la vista la orden de libertad. Yo no creía lo que estaba viendo.

— ¿Lo has leído?

— Sí, señor.

Abrió una carpeta y sacó dos papeles iguales, el licenciamiento.

— Toma, para ti; con eso puedes andar por donde quieras. Firma aquí; sin echar borrones.

Doblé el papel, lo metí en la cartera... ¡Estaba libre! Lo que pasó por mí en aquel momento ni lo sabría explicar. Don Conrado se puso grave; me soltó un sermón sobre la honradez y las buenas costumbres, me dio cuatro consejos sobre los impulsos que si hubiera tenido presentes me hubieran ahorrado más de un disgusto gordo, y cuando terminó, y como fin de fiesta, me entregó veinticinco pesetas en nombre de la Junta de Damas Regeneradoras de los Presos, institución benéfica que estaba formada en Madrid para acudir en nuestro auxilio.

Tocó un timbre y vino un oficial de prisiones. Don Conrado me alargó la mano.

— Adiós, hijo. ¡Qué Dios te guarde!

Yo no cabía en mí de gozo. Se volvió hacia el oficial.

— Muñoz, acompaña a este señor hasta la puerta. Llévelo antes a la administración; va socorrido con ocho días.

A Muñoz no lo volví a ver en los días de mi vida.

A don Conrado, sí; tres años y medio más tarde.

El tren acabó por llegar; tarde o temprano todo llega en esta vida, menos el perdón de los ofendidos, que a veces parece como que disfruta en alejarse. Monté en mi departamento y después de andar dando tumbos de un lado para otro durante día y medio, di alcance a la estación del pueblo, que tan conocida me era, y en cuya vista había estado pensando durante

todo el viaje. Nadie, absolutamente nadie, si no es Dios que está en las Alturas, sabía que yo llegaba, y sin embargo — no sé por qué rara manía de ideas — momento llegó a haber en que imaginaba el andén lleno de gentes jubilosas que me recibían con los brazos al aire, agitando pañuelos, voceando mi nombre a los cuatro puntos.

Cuando llegué, un frío agudo como una daga se me clavó en el corazón. En la estación no había nadie. Era de noche; el jefe, el señor Gregorio, con su farol de mecha que tenía un lado verde y otro rojo, y su banderola enfundada en su caperuza de lata, acababa de dar salida al tren. Ahora se volvería hacia mí, me reconocería, me felicitaría.

— ¡Caramba, Pascual! ¡Y tú por aquí!

— Sí, señor Gregorio. ¡Libre!

— ¡Vaya, vaya!

Y se dio media vuelta sin hacerme más caso. Se metió en su caseta. Yo quise gritarle:

— ¡Libre, señor Gregorio! ¡Estoy libre!, porque pensé que no se había dado cuenta. Pero me quedé un momento parado y desistí de hacerlo.

La sangre se me agolpó a los oídos y las lágrimas estuvieron a pique de aparecerme en ambos ojos. Al señor Gregorio no le importaba nada mi libertad.

Salí de la estación con el fardo del equipaje al hombro, torcí por una senda que desde ella llevaba hasta la carretera donde estaba mi casa, sin necesidad de pasar por el pueblo, y empecé a caminar. Iba triste, muy triste; toda mi alegría la matara el señor Gregorio con sus tristes palabras, y un torrente de funestas ideas, de presagios desgraciados, que en vano yo tra-

taba de ahuyentar, me atosigaban la memoria. La noche estaba clara, sin una nube, y la luna, como una hostia, allí estaba, clavada, en el medio del cielo. No quería pensar en el frío que me invadía.

Un poco más adelante, a la derecha del sendero, hacia la mitad del camino, estaba el cementerio, en el mismo sitio donde lo dejé, con la misma tapia de adobes negruzcos, con su alto ciprés que en nada había mudado, con su lechuza silbadora entre las ramas. El cementerio donde descansaba mi padre de su furia; Mario, de su inocencia; mi mujer, su abandono, y el Estirao, su mucha chulería. El cementerio donde se pudrían los restos de mis dos hijos, del abortado y de Pascualillo, que en los once meses de vida que alcanzó fuera talmente un sol...

¡Me daba resquemor llegar al pueblo, así, solo, de noche, y pasar lo primero por junto al camposanto! ¡Parecía como si la Providencia se complaciera en ponérmelo delante, en hacerlo de propósito para forzar-me a caer en la meditación de lo poco que somos!

La sombra de mi cuerpo iba siempre delante, larga, muy larga, tan larga como un fantasma, muy pegada al suelo, siguiendo el terreno, ora tirando recta por el camino, ora subiéndose a la tapia del cementerio, como queriendo asomarse. Corrí un poco; la sombra corrió también. Me paré; la sombra también paró. Miré para el firmamento; no había una sola nube en todo su redor. La sombra había de acompañarme, paso a paso, hasta llegar.

Cogí miedo, un miedo inexplicable; me imaginé a los muertos saliendo en esqueleto a mirarme pasar. No me atrevía a levantar la cabeza; apreté el paso; el

cuerpo parecía que no me pesaba; el cajón tampoco. En aquel momento parecía como si tuviera más fuerza que nunca. Llegó el instante en que llegué a estar al galope como un perro huido; corría, corría como un loco, como un poseído. Cuando llegué a mi casa estaba rendido; no hubiera podido dar un paso más...

Puse el bulto en el suelo y me senté sobre él. No se oía ningún ruido; Rosario y mi madre estarían, a buen seguro, durmiendo, ajenas del todo a que yo había llegado, a que yo estaba libre, a pocos pasos de ellas. ¡Quién sabe si mi hermana no habría rezado una salve — la oración que más le gustaba — en el momento de meterse en la cama, porque a mí me soltasen! ¡Quién sabe si a aquellas horas no estaría soñando, entristecida, en mi desgracia, imaginándose tumbado sobre las tablas de la celda, con la memoria puesta en ella, que fue el único afecto sincero que en mi vida tuve! Estaría a lo mejor sobresaltada, presa de una pesadilla.

Y yo estaba allí, estaba ya allí, libre, sano como una manzana, listo para volver a empezar, para consolarla, para mimarla, para recibir su sonrisa.

No sabía lo que hacer; pensé llamar... Se asustarían; nadie llama a esas horas. A lo mejor ni se atrevían a abrir; pero tampoco podía seguir allí, tampoco era posible esperar al día sentado sobre el cajón.

Por la carretera venían dos hombres conversando en voz alta; iban distraídos, como contentos; venían de Almendralejo, quién sabe si de ver a las novias. Pronto los reconocí: eran León, el hermano de Martinete, y el señorito Sebastián. Yo me escondí; no sé por qué, pero su vista me apesuraba.

Pasaron muy cerca de la casa, muy cerca de mí; su conversación era bien clara.

— Ya ves lo que a Pascual le pasó.

— Y no hizo más que lo que hubiéramos hecho cualquiera.

— Defender a la mujer.

— Claro.

— Y está en Chinchilla, a más de un día de tren, ya va para tres años...

Sentí una profunda alegría; me pasó como un rayo por la imaginación la idea de salir, de presentarme ante ellos, de darles un abrazo..., pero preferí no hacerlo; en la cárcel me hicieron más calmoso, me quitaron impulsos.

Esperé a que se alejaran. Cuando calculé verlos ya suficientemente lejos, salí de la cuneta y fui a la puerta. Allí estaba el cajón; no lo habían visto. Si lo hubieran visto se hubieran acercado, y yo hubiera tenido que salir a explicarles, y se hubieran creído que me ocultaba, que los huía.

No quise pensarlo más; me acerqué hasta la puerta y di dos golpes sobre ella. Nadie me respondió; esperé unos minutos. Nada. Volví a golpearla, esta vez con más fuerza. En el interior se encendió un candil.

— ¡Quién!

— ¡Soy yo!

— ¿Quién?

Era la voz de mi madre. Sentí alegría al oírla, para qué mentir.

— Yo, Pascual.

— ¿Pascual?

— Sí, madre. ¡Pascual!

Abrió la puerta; a la luz del candil parecía una bruja.

— ¿Qué quieres?

— ¿Que qué quiero?

— Sí.

— Entrar. ¿Qué voy a querer?

Estaba extraña. ¿Por qué me trataría así?

— ¿Qué le pasa a usted, madre?

— Nada, ¿por qué?

— No, ¡como la veía como parada!

Estoy por asegurar que mi madre hubiera preferido no verme. Los odios de otros tiempos parecían como querer volver a hacer presa en mí. Yo trataba de ahuyentarlos, de echarlos a un lado.

— ¿Y la Rosario?

— Se fue.

— ¿Se fue?

— Sí.

— ¿A dónde?

— A Almendralejo.

— ¿Otra vez?

— Otra vez.

— ¿Liada?

— Sí.

— ¿Con quién?

— ¿A ti qué más te da?

Parecía como si el mundo quisiera caerme sobre la cabeza. No veía claro; pensé si no estaría soñando. Estuvimos los dos un corto rato callados.

— ¿Y por qué se fue?

— ¡Ya ves!

— ¿No quería esperarme?

— No sabía que habías de venir. Estaba siempre hablando de ti...

¡Pobre Rosario, qué vida de desgracia llevaba con lo buena que era!

— ¿Os faltó de comer?

— A veces.

— ¿Y se marchó por eso?

— ¡Quién sabe!

Volvímos a callar.

— ¿La ves?

— Sí; viene con frecuencia. ¡Como él está también aquí!

— ¿Él?

— Sí.

— ¿Quién es?

— El señorito Sebastián.

Creí morir. Hubiera dado dinero por haberme visto todavía en el penal.

Las cosas podían haber sucedido de cualquier otra manera y, sin embargo, sucedieron así. Daniel, el Mochuelo, desde el fondo de sus once años, lamentaba el curso de los acontecimientos, aunque lo acatara como una realidad inevitable y fatal. Después de todo, que su padre aspirara a hacer de él algo más que un queso era un hecho que honraba a su padre. Pero por lo que a él afectaba...

Su padre entendía que esto era progresar; Daniel, el Mochuelo, no lo sabía exactamente. El que él estudiase el bachillerato en la ciudad podía ser, a la larga, efectivamente, un progreso. Ramón, el hijo del boticario, estudiaba ya para abogado en la ciudad y cuando les visitaba, durante las vacaciones, venía empujorotado como un pavo real y les miraba a todos por encima del hombro; incluso al salir de misa los domingos y fiestas de guardar, se permitía corregir las palabras que don José, el cura, que era un gran santo, pronunciara desde el púlpito. Si esto era progresar, el marcharse a la ciudad a iniciar el bachillerato constituía, sin duda, la base de este progreso.

Pero a Daniel, el Mochuelo, le bullían muchas dudas en la cabeza a este respecto. Él creía saber cuanto puede saber un hombre. Leía de corrido, escribía para entenderse y conocía y sabía aplicar las cuatro reglas. Bien mirado, pocas cosas más cabían en un cerebro normalmente desarrollado. No obstante, en la ciudad, los estudios de bachillerato constaban, según decían, de siete años y, después, los estudios superiores, en la universidad, de otros tantos años, por lo menos. ¿Podía existir algo en el mundo cuyo conocimiento exigiera catorce años de esfuerzo, tres más de los que ahora contaba Daniel? Seguramente, en la ciudad se pierde mucho el tiempo —pensaba el Mochuelo— y, a fin de cuentas, habrá quien, al cabo de catorce años de estudio, no acierte a distinguir un rendajo de un

jilguero o una boñiga de un cagajón. La vida era así de rara, absurda y caprichosa. El caso era trabajar y afanarse en las cosas inútiles o poco prácticas.

Daniel, el Mochuelo, se revolvió en el lecho y los muelles de su camastro de hierro chirriaron desapaciblemente. Que él recordase, era ésta la primera vez que no se dormía tan pronto caía en la cama. Pero esta noche tenía muchas cosas en que pensar. Mañana, tal vez, no fuese ya tiempo. Por la mañana, a las nueve en punto, tomaría el rápido ascendente y se despediría del pueblo hasta las Navidades. Tres meses encerrado en un colegio. A Daniel, el Mochuelo, le pareció que le faltaba aire y respiró con ansia dos o tres veces. Presintió la escena de la partida y pensó que no sabría contener las lágrimas, por más que su amigo Roque, el Moñigo, le dijese que un hombre bien hombre no debe llorar ni ante la muerte del padre. Y el Moñigo tampoco era cualquier cosa, aunque contase dos años más que él y aún no hubiera empezado el bachillerato. Ni lo empezaría nunca, tampoco. Paco, el herrero, no aspiraba a que su hijo progresase; se conformaba con que fuera herrero como él y tuviese suficiente habilidad para someter el hierro a su capricho. ¡Ése sí que era un oficio bonito! Y para ser herrero no hacía falta estudiar catorce años, ni trece, ni doce, ni diez, ni nueve, ni ninguno. Y se podía ser un hombre membrudo y gigantesco, como lo era el padre del Moñigo.

Daniel, el Mochuelo, no se cansaba nunca de ver a Paco, el herrero, dominando el hierro en la fragua. Le embelesaban aquellos antebrazos gruesos como troncos de árboles, cubiertos de un vello espeso y rojizo, erizados de músculos y de nervios. Seguramente Paco, el herrero, levantaría la cómoda de su habitación con uno solo de sus imponentes brazos y sin resentirse. Y de su tórax, ¿qué? Con frecuencia el herrero trabajaba en camiseta y su pecho hercúleo subía y bajaba, al respirar, como si fuera el de un elefante herido. Esto era un hombre. Y no Ramón, el hijo del boticario, emperijilado y tieso y pálido como una muchacha mórbida y presumida. Si esto era progreso, él, decididamente, no quería progresar. Por su parte, se conformaba con tener una pareja de vacas, una pequeña quesería y el insignificante huer-

to de la trasera de su casa. No pedía más. Los días laborales fabricaría quesos, como su padre, y los domingos se entretendría con la escopeta, o se iría al río a pescar truchas o a echar una partida al corro de bolos.

La idea de la marcha desazonaba a Daniel, el Mochuelo. Por la grieta del suelo se filtraba la luz de la planta baja y el haz luminoso se posaba en el techo con una fijeza obsesiva. Habrían de pasar tres meses sin ver aquel hilo fosforescente y sin oír los movimientos quedos de su madre en las faenas dométicas; o los gruñidos ásperos y secos de su padre, siempre malhumorado; o sin respirar aquella atmósfera densa, que se adentraba ahora por la ventana abierta, hecha de aromas de heno recién segado y de resacas boñigas. ¡Dios mío, qué largos eran tres meses!

Pudo haberse rebelado contra la idea de la marcha, pero ahora era ya tarde. Su madre lloriqueaba unas horas antes al hacer, junto a él, el inventario de sus ropas.

—Mira, Danielín, hijo, éstas son las sábanas tuyas. Van marcadas con tus iniciales. Y éstas tus camisetas. Y éstos tus calzoncillos. Y tus calcetines. Todo va marcado con tus letras. En el colegio seréis muchos chicos y de otro modo es posible que se extraviaran.

Daniel, el Mochuelo, notaba en la garganta un volumen inusitado, como si se tratara de un cuerpo extraño. Su madre se pasó el envés de la mano por la punta de la nariz reman-gada y sorbió una moquita. «El momento debe de ser muy especial cuando la madre hace eso que otras veces me prohíbe hacer a mí», pensó el Mochuelo. Y sintió unos sinceros y apremiantes deseos de llorar.

La madre prosiguió:

—Cuidate y cuida la ropa, hijo. Bien sabes lo que a tu padre le ha costado todo esto. Somos pobres. Pero tu padre quiere que seas algo en la vida. No quiere que trabajes y padezcas como él. Tú —le miró un momento como enajenada— puedes ser algo grande, algo muy grande en la vida, Danielín; tu padre y yo hemos querido que por nosotros no quede.

Volvió a sorber la moquita y quedó en silencio. El Mochuelo se repitió: «Algo muy grande en la vida, Danielín», y

movió convulsivamente la cabeza. No acertaba a comprender cómo podría llegar a ser algo muy grande en la vida. Y se esforzaba, tesoneramente, en comprenderlo. Para él, algo muy grande era Paco, el herrero, con su tórax inabarcable, con sus espaldas macizas y su pelo hispido y rojo; con su aspecto salvaje y duro de dios primitivo. Y algo grande era también su padre, que tres veranos atrás abatió un milano de dos metros de envergadura... Pero su madre no se refería a esta clase de grandeza cuando le hablaba. Quizá su madre deseaba una grandeza al estilo de la de don Moisés, el maestro, o tal vez como la de don Ramón, el boticario, a quien hacía unos meses habían hecho alcalde. Seguramente a algo de esto aspiraban sus padres para él. Mas, a Daniel, el Mochuelo, no le fascinaban estas grandezas. En todo caso, prefería no ser grande, ni progresar.

Dio vuelta en el lecho y se colocó boca abajo, tratando de amortiguar la sensación de ansiedad que desde hacía un rato le mordía en el estómago. Así se hallaba mejor; dominaba, en cierto modo, su desazón. De todas formas, boca arriba o boca abajo, resultaba inevitable que a las nueve de la mañana tomase el rápido para la ciudad. Y adiós todo, entonces. Si es caso... Pero ya era tarde. Hacía muchos años que su padre acariciaba aquel proyecto y él no podía arriesgarse a destruirlo todo en un momento, de un caprichoso papirotazo. Lo que su padre no logró haber sido, quería ahora serlo en él. Cuestión de capricho. Los mayores tenían, a veces, caprichos más tozudos y absurdos que los de los niños. Ocurría que a Daniel, el Mochuelo, le había agradado, meses atrás, la idea de cambiar de vida. Y sin embargo, ahora, esta idea le atormentaba.

Hacía casi seis años que conoció las aspiraciones de su padre respecto a él. Don José, el cura, que era un gran santo, decía, a menudo, que era un pecado sorprender las conversaciones de los demás. No obstante, Daniel, el Mochuelo, escuchaba con frecuencia las conversaciones de sus padres en la planta baja, durante la noche, cuando él se acostaba. Por la grieta del entarimado divisaba el hogar, la mesa de pino, las banquetas, el entremijo y todos los útiles de la quesería. Da-

niel, el Mochuelo, agazapado contra el suelo, espiaba las conversaciones desde allí. Era en él una costumbre. Con el murmullo de las conversaciones, ascendía del piso bajo el agrio olor de la cuajada y las esterillas sucias. Le placía aquel olor a leche fermentada, punzante y casi humano.

Su padre se recostaba en el entremijo aquella noche, mientras su madre recogía los restos de la cena. Hacía ya casi seis años que Daniel, el Mochuelo, sorprendiera esta escena, pero estaba tan sólidamente vinculada a su vida que la recordaba ahora con todos los pormenores.

—No, el chico será otra cosa. No lo dudes —decía su padre—. No pasará la vida amarrado a este banco como un esclavo. Bueno, como un esclavo y como yo.

Y, al decir esto, soltó una palabrota y golpeó en el entremijo con el puño crispado. Aparentaba estar enfadado con alguien, aunque Daniel, el Mochuelo, no acertaba a discernir con quién. Entonces Daniel no sabía que los hombres se enfurecen a veces con la vida y contra un orden de cosas que consideran irritante y desigual. A Daniel, el Mochuelo, le gustaba ver airado a su padre porque sus ojos echaban chisporritas y los músculos del rostro se le endurecían y, entonces, detenía una cierta similitud con Paco, el herrero.

—Pero no podemos separarnos de él —dijo la madre—. Es nuestro único hijo. Si siquiera tuviéramos una niña. Pero mi vientre está seco, tú lo sabes. No podemos tener una hija ya. Don Ricardo dijo, la última vez, que he quedado estéril después del aborto.

Su padre juró otra vez, entre dientes. Luego, sin moverse de su postura, añadió:

—Déjalo; eso ya no tiene remedio. No escarbes en las cosas que ya no tienen remedio.

La madre gimoteó, mientras recogía en un bote oxidado las migas de pan abandonadas encima de la mesa. Aún insistió débilmente:

—A lo mejor el chico no vale para estudiar. Todo esto es prematuro. Y un chico en la ciudad es muy costoso. Eso puede hacerlo Ramón, el boticario, o el señor juez. Nosotros no podemos hacerlo. —

Su padre empezó a dar vueltas nerviosas a una adobadera entre las manos. Daniel, el Mochuelo, comprendió que su padre se dominaba para no exacerbar el dolor de su mujer. Al cabo de un rato añadió:

—Eso quédalo de mi cuenta. En cuanto a si el chico vale o no vale para estudiar depende de si tiene cuartos o si no los tiene. Tú me comprendes.

Se puso en pie y con el gancho de la lumbré desparramó las ascuas que aún relucían en el hogar. Su madre se había sentado, con las bastas manos desmayadas en el regazo. Repentinamente se sentía extenuada y nula, absurdamente vacua e indefensa. El padre se dirigía de nuevo a ella:

—Es cosa decidida. No me hagas hablar más de esto. En cuanto el chico cumpla once años marchará a la ciudad a empezar el grado.

La madre suspiró, rendida. No dijo nada. Daniel, el Mochuelo, se acostó y se durmió haciendo conjeturas sobre lo que querría decir su madre con aquello de que tenía el vientre seco y que se había quedado estéril después del aborto.

II

Ahora, Daniel, el Mochuelo, ya sabía lo que era tener el vientre seco y lo que era un aborto. Pensó en Roque, el Moñigo. Quizá si no hubiera conocido a Roque, el Moñigo, seguiría a estas alturas, sin saber lo que era un vientre seco y lo que era un aborto. Pero Roque, el Moñigo, sabía mucho de todo «eso». Su madre le decía que no se juntase con Roque, porque el Moñigo se había criado sin madre y sabía muchas perreñas. También las Guindillas le decían a menudo que por juntarse al Moñigo ya era lo mismo que él, un golfo y un zascandil.

Daniel, el Mochuelo, siempre salía en defensa de Roque, el Moñigo. La gente del pueblo no le comprendía o no quería comprenderle. Que Roque supiera mucho de «eso» no significaba que fuera un golfo y un zascandil. El que fuese fuerte como un toro y como su padre, el herrero, no quería decir

que fuera un malvado. El que su padre, el herrero, tuviese siempre junto a la fragua una bota de vino y la levantase de cuando en cuando no equivalía a que fuese un borracho empedernido, ni podía afirmarse, en buena ley, que Roque, el Moñigo, fuese un golfante como su padre, porque ya se sabía que de tal palo tal astilla. Todo esto constituía una sarta de infamias, y Daniel, el Mochuelo, lo sabía de sobra porque conocía como nadie al Moñigo y a su padre.

De que la mujer de Paco, el herrero, falleciera al dar a luz al Moñigo, nadie tenía la culpa. Ni tampoco tenía la culpa nadie de la falta de capacidad educadora de su hermana Sara, demasiado brusca y rectilínea para ser mujer.

La Sara llevó el peso de la casa desde la muerte de su madre. Tenía el pelo rojo e hísido y era corpulenta y maciza como el padre y el hermano. A veces, Daniel, el Mochuelo, imaginaba que el fin de la madre de Roque, el Moñigo, sobrevino por no tener aquélla el pelo rojo. El pelo rojo podía ser, en efecto, un motivo de longevidad o, por lo menos, una especie de amuleto protector. Fuera por una causa o por otra, lo cierto es que la madre del Moñigo falleció al nacer él y que su hermana Sara, trece años mayor, le trató desde entonces como si fuera un asesino sin enmienda. Claro que la Sara tenía poca paciencia y un carácter regañón y puntilloso. Daniel, el Mochuelo, la había conocido corriendo tras de su hermano escalera abajo, desmelenada y torva, gritando desaforadamente:

—¡Animal, más que animal, que ya antes de nacer eras un animal!

Luego le oyó repetir este estribillo centenares y hasta millares de veces; pero a Roque, el Moñigo, le traía aquello sin cuidado. Seguramente lo que más exacerbó y agrió el carácter de la Sara fue el rotundo fracaso de su sistema educativo. Desde muy niño, el Moñigo fue refractario al Coco, al Hombre del Saco y al Tío Camuñas. Sin duda fue su solidez física la que le inspiró este olímpico desprecio hacia todo lo que no fueran hombres reales, con huesos, músculos y sangre bajo la piel. Lo cierto es que cuando la Sara amenazaba a su hermano, diciéndole: «Que viene el Coco, Roque, no hagas tal cosa», el

-¿Ha venido alguien más? -preguntó.

-No, señor -dijo don Gumersindo disculpándose como si tuviera él la culpa-. No he visto como el que dice un alma en la iglesia.

Mosén Millán parecía muy fatigado, y volvió a cerrar los ojos y a apoyar la cabeza en el muro. En aquel momento entró el monaguillo, y don Gumersindo le preguntó:

-Eh, zagal. ¿Sabes por quién es la misa?

El chico recurrió al romance en lugar de responder:

Ya lo llevan cuesta arriba
camino del camposanto...

-No lo digas todo, zagal, porque aquí, el alcalde, te llevará a la cárcel.

El monaguillo miró a don Valeriano, asustado. Éste, la vista perdida en el techo, dijo:

-Cada broma quiere su tiempo y lugar.

Se hizo un silencio penoso. Mosén Millán abrió los ojos otra vez, y se encontró con los de don Gumersindo, que murmuraba:

-La verdad es que no sé si sentirme con lo que dice.

El cura intervino diciendo que no había razón para *sentirse*. Luego ordenó al monaguillo que saliera a la plaza a ver si había gente esperando para la misa. Solía quedarse allí algún grupo hasta que las campanas acababan de tocar. Pero el cura quería evitar que el monaguillo dijera la parte del romance en la que se hablaba de él:

Aquel que lo bautizara,
mosén Millán el nombrado,
en confesión desde el coche
le escuchaba los pecados.

Estaba don Gumersindo siempre hablando de su propia bondad *-como el que dice-* y de la gente desagradecida que le devolvía mal por bien. Eso le parecía especialmente adecuado delante del cura y de don Valeriano en aquel momento. De pronto tuvo un arranque generoso:

-Mosén Millán. ¿Me oye, señor cura? Aquí hay dos duros para la misa de hoy.

El sacerdote abrió los ojos, somnolente, y advirtió que el mismo ofrecimiento había hecho don Valeriano, pero que le gustaba decir la misa sin que nadie la pagara. Hubo un largo silencio. Don Valeriano arrollaba su cadena en el dedo índice y luego la dejaba resbalar. Los dijes sonaban. Uno tenía un rizo de pelo de su difunta esposa. Otro, una reliquia del santo padre Claret heredada de su bisabuelo. Hablaba en voz baja de los precios de la lana y del cuero, sin que nadie le contestara.

Mosén Millán, con los ojos cerrados, recordaba aún el día de la boda de Paco. En el comedor, una señora había perdido un pendiente, y dos hombres andaban a cuatro manos buscándolo. Mosén Millán pensaba que en las bodas siempre hay una mujer a quien se le cae un pendiente, y lo busca, y no lo encuentra.

La novia, perdida la palidez de la primera hora de la mañana -por el insomnio de la noche anterior-, había recobrado sus colores. De vez en cuando consultaba el novio la hora. Y a media tarde se fueron a la estación conducidos por el mismo señor Cástulo.

La mayor parte de los invitados habían salido a la calle a despedir a los novios con vítores y bromas. Muchos desde allí volvieron a sus casas. Los más jóvenes fueron al baile.

Se entretenía mosén Millán con aquellas memorias para evitar oír lo que decían don Gumersindo y don Valeriano, quienes hablaban, como siempre, sin escucharse el uno al otro.

Tres semanas después de la boda volvieron Paco y su mujer, y el domingo siguiente se celebraron elecciones. Los nuevos concejales eran jóvenes, y con excepción de algunos, según don Valeriano, gente baja. El padre de Paco vio de pronto que todos los que con él habían sido elegidos se consideraban contrarios al duque y *echaban roncas* contra el sistema de arrendamientos de pastos. Al saber esto Paco el del Molino, se sintió feliz, y creyó por vez primera que la política valía para algo. «Vamos a quitarle la hierba al duque», repetías.

El resultado de la elección dejó a todos un poco extrañados. El cura estaba perplejo. Ni uno solo de los concejales se podía decir que fuera hombre de costumbres religiosas. Llamó a Paco, y le preguntó:

-¿Qué es eso que me han dicho de los montes del duque?

-Nada -dijo Paco-. La verdad. Vienen tiempos nuevos, mosén Millán.

-¿Qué novedades son ésas?

-Pues que el rey se va con la música a otra parte, y lo que yo digo: buen viaje.

Pensaba Paco que el cura le hablaba a él porque no se atrevía a hablarle de aquello a su padre. Añadió:

-Diga la verdad, mosén Millán. Desde aquel día que fuimos a la cueva a llevar el santolio sabe usted que yo y otros cavilamos para remediar esa vergüenza. Y más ahora que se ha presentado la ocasión.

-¿Qué ocasión? Eso se hace con dinero. ¿De dónde vais a sacarlo?

-Del duque. Parece que a los duques les ha llegado su San Martín.

-Cállate, Paco. Yo no digo que el duque tenga siempre razón. Es un ser humano tan falible como los demás, pero hay que andar en esas cosas con pies de plomo, y no alborotar a la gente ni remover las bajas pasiones.

Las palabras del joven fueron comentadas en el carasol. Decían que Paco había dicho al cura: «A los reyes, a los duques y a los curas los vamos a pasar a cuchillo, como a los cerdos por San Martín». En el carasol siempre se exageraba.

Se supo de pronto que el rey había huido de España. La noticia fue tremenda para don Valeriano y para el cura. Don Gumersindo no quería creerla, y decía que eran cosas del zapatero. Mosén Millán estuvo dos semanas sin salir de la abadía, yendo a la iglesia por la puerta del huerto y evitando hablar con nadie. El primer domingo fue mucha gente a misa esperando la reacción de mosén Millán, pero el cura no hizo la menor alusión. En vista de esto el domingo siguiente estuvo el templo vacío.

Paco buscaba al zapatero, y lo encontraba taciturno y reservado.

Entretanto, la bandera tricolor flotaba al aire en el balcón de la casa consistorial y encima de la puerta de la escuela. Don Valeriano y don Gumersindo no aparecían por ningún lado, y Cástulo buscaba a Paco, y se exhibía con él, pero jugaba con dos barajas, y cuando veía al cura le decía en voz baja:

-¿A dónde vamos a parar, mosén Millán?

Hubo que repetir la elección en la aldea porque había habido incidentes que, a juicio de don Valeriano, la hicieron ilegal. En la segunda elección el padre de Paco cedió el puesto a su hijo. El muchacho fue elegido.

En Madrid suprimieron *los bienes de señorío*, de origen medioeval y los incorporaron a los municipios. Aunque el duque alegaba que sus montes no entraban en aquella clasificación, las cinco aldeas acordaron, por iniciativa de Paco, no pagar mientras los tribunales decidían. Cuando Paco fue a decírselo a don Valeriano, éste se quedó un rato mirando al techo y jugando con el guardapelo de la difunta. Por fin se negó a darse por enterado, y pidió que el municipio se lo comunicara por escrito.

La noticia circuló por el pueblo. En el carasol se decía que Paco había amenazado a don Valeriano. Atribuían a Paco todas las arrogancias y desplantes a los que no se atrevían los demás. Querían en el carasol a la familia de Paco y a otras del mismo tono cuyos hombres, aunque tenían tierras, trabajaban de sol a sol. Las mujeres del carasol iban a misa, pero se divertían mucho con la Jerónima cuando cantaba aquella canción que decía:

El cura le dijo al ama
que se acostara a los pies.

No se sabía exactamente lo que planeaba el ayuntamiento «en favor de los que vivían en las cuevas», pero la imaginación de cada cual trabajaba, y las esperanzas de la gente humilde crecían. Paco había tomado muy en serio el problema, y las reuniones del municipio no trataban de otra cosa.

Paco envió a don Valeriano el acuerdo del municipio, y el administrador lo transmitió a su amo.

La respuesta telegráfica del duque fue la siguiente:

Doy orden a mis guardas de que vigilen mis montes, y disparen sobre cualquier animal o persona que entre en ellos. El municipio debe hacerlo pregonar para evitar la pérdida de bienes o de vidas humanas. Al leer esta respuesta, Paco propuso al alcalde que los guardas fueran destituidos, y que les dieran un cargo mejor retribuido en el sindicato de riegos, en la huerta. Estos guardas no eran más que tres, y aceptaron contentos. Sus carabinas fueron a parar a un rincón del salón de sesiones, y los ganados del pueblo entraban en los montes del duque sin dificultad.

Don Valeriano, después de consultar varias veces con mosén Millán, se arriesgó a llamar a Paco, quien acudió a su casa. Era la de don Valeriano grande y sombría, con balcones volados y puerta cochera. Don

Valeriano se había propuesto ser conciliador y razonable, y lo invitó a merendar. Le habló del duque de una manera familiar y ligera. Sabía que Paco solía acusarlo de no haber estado nunca en la aldea, y eso no era verdad. Tres veces había ido en los últimos años a ver sus propiedades, pero no hizo noche en aquel pueblo, sino en el de al lado. Y aún se acordaba don Valeriano de que cuando el señor duque y la señora duquesa hablaban con el guarda más viejo, y éste escuchaba con el sombrero en la mano, sucedió una ocurrencia memorable. La señora duquesa le preguntaba al guarda por cada uña de las personas de su familia, y al preguntarle por el hijo mayor, don Valeriano se acordaba de las mismas palabras del guarda, y las repetía:

-¿Quién, Miguel? -dijo el guarda-. ¡Tóquele vucencia los cojones a Miguelico, que está en Barcelona ganando nueve pesetas diarias!

Don Valeriano reía. También rió Paco, aunque de pronto se puso serio, y dijo:

-La duquesa puede ser buena persona, y en eso no me meto. Del duque he oído cosas de más y de menos. Pero nada tiene que ver con nuestro asunto.

-Eso es verdad. Pues bien, yendo al asunto, parece que el señor duque está dispuesto a negociar con usted -dijo don Valeriano.

-¿Sobre el monte? -don Valeriano afirmó con el gesto-. No hay que negociar, sino bajar la cabeza.

Don Valeriano no decía nada, y Paco se atrevió a añadir:

-Parece que el duque templa muy a lo antiguo.

Seguía don Valeriano en silencio, mirando al techo.

-Otra jota cantamos por aquí -añadió Paco.

Por fin habló don Valeriano:

-Hablas de bajar la cabeza. ¿Quién va a bajar la cabeza? Sólo la bajan los cabestros.

-Y los hombres honrados cuando hay uña ley.

-Ya lo veo, pero el abogado del señor duque piensa de otra manera. Y hay leyes y leyes.

Paco se sirvió vino diciendo entre dientes: *con permiso*. Esta pequeña libertad ofendió a don Valeriano, quien sonrió, y dijo: *sírvase*, cuando Paco había llenado ya su vaso.

Volvió Paco a preguntar:

-¿De qué manera va a negociar él duque? No hay más que dejar los montes, y no volver a pensar en el asunto.

Don Valeriano miraba el vaso de Paco, y se atusaba despacio los bigotes, que estaban tan lamidos y redondeados, que parecían postizos. Paco murmuró:

-Habría que ver qué papeles tiene el duque sobre esos montes. ¡Si es que tiene alguno!

Don Valeriano estaba irritado:

-También en eso te equivocas. Son muchos siglos de usanza, y eso tiene fuerza. No se deshace en un día lo que se ha hecho en cuatrocientos años. Los montes no son botellicas de vino -añadió viendo que Paco volvía a servirse-, sino fuero. Fuero de reyes.

-Lo que hicieron los hombres, los hombres lo deshacen, creo yo.

-Sí, pero de hombre a hombre ya algo.

Paco negaba con la cabeza.

-Sobre este asunto -dijo bebiendo el segundo vaso y chascando la lengua- dígame al duque que si tiene tantos derechos, puede venir a defenderlos él, mismo, pero que traiga un rifle nuevo, porque los de los guardas los tenemos nosotros.

-Paco, parece mentira. ¿Quién iba a pensar que un hombre con un jaral y un par de mulas tuviera aliento para hablar así? Después de esto no me queda nada que ver en el mundo.

Terminada la entrevista, cuyos términos comunicó don Valeriano al duque, éste volvió a enviar órdenes, y el administrador, cogido entre dos fuegos, no sabía qué hacer, y acabó por marcharse del pueblo después de ver a mosén Millán, contarle a su manera lo sucedido y decirle que el pueblo se gobernaba por las *dijendas* del carasol. Atribuía a Paco amenazas e insultos e insistía mucho en aquel detalle de la botella y el vaso. El cura unas veces le escuchaba y otras no.

Mosén Millán movía la cabeza con lástima recordando todo aquello desde su sacristía. Volvía el monaguillo a apoyarse en el quicio de la puerta, y como no podía estar quieto, frótala una bota contra la otra, y mirando al cura recordaba todavía el romance:

Entre cuatro lo llevaban
adentro del camposanto,
madres, las que tenéis hijos,
Dios os los conserva sanos,
y el Santo Ángel de la Guarda...

El romance hablaba luego de otros reos que murieron también entonces, pero el monaguillo no se acordaba de los nombres. Todos habían sido asesinados en aquellos mismos días. Aunque el romance no decía eso, sino *ejecutados*.

Mosén Millán recordaba. En los últimos tiempos la fe religiosa de don Valeriano se había debilitado bastante. Solía decir que un Dios que permitía lo que estaba pasando, no merecía tantos miramientos. El cura le oía fatigado. Don Valeriano había regalado años atrás una verja de hierro de forja para la capilla del Cristo, y el duque había pagado los gastos de reparación de la bóveda del templo dos veces. Mosén Millán no conocía el vicio de la ingratitud.

En el carasol se decía que con el arriendo de pastos, cuyo dinero iba al municipio, se hacían planes para mejorar la vida de la aldea. Bendecían a Paco el del Molino, y el elogio más frecuente entre aquellas viejecillas del carasol era decir que *los tenía bien puestos*.

En el pueblo de al lado estaban canalizando el agua potable y llevándola hasta la plaza. Paco el del Molino tenía otro plan -su pueblo no necesitaba ya aquella mejora-, y pensaba en las cuevas, a cuyos habitantes imaginaba siempre agonizando entre estertores, sin luz, ni fuego, ni agua. Ni siquiera aire que respirar.

En los terrenos del duque había una ermita cuya festividad se celebraba un día del verano, con romería. Los romeros hacían ese día regalos al sacerdote, y el municipio le pagaba la misa. Aquel año se desentendió el alcalde, y los campesinos siguieron su ejemplo. Mosén Millán llamó a Paco, quien le dijo que todo obedecía a un acuerdo del ayuntamiento.

-¿El ayuntamiento, dices? ¿Y qué es el ayuntamiento? -preguntaba el cura, irritado.

Paco sentía ver á mosén Millán tan fuera de sí, y dijo que como aquellos terrenos de la ermita habían sido del duque, y la gente estaba contra él, se comprendía la frialdad del pueblo con la romería. Mosén Millán dijo en un momento de pasión:

-¿Y quién eres tú para decirle al duque que si viene a los montes no dará más de tres pasos porque lo esperarás con la carabina de uno de los guardas? ¿No sabes que eso es una amenaza criminal?

Paco no había dicho nada de aquello. Don Valeriano mentía. Pero el cura no quería oír las razones de Paco.

En aquellos días el zapatero estaba nervioso y desorientado. Cuando le preguntaban, decía:

-Tengo barruntos.

Se burlaban de él en el caracol, pero el zapatero decía:

-Si el cántaro da en la piedra, o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro.

Esas palabras misteriosas no aclaraban gran cosa la situación. El zapatero se había pasado la vida esperando aquello, y al verlo llegar, no sabía qué pensar ni qué hacer. Algunos concejales le ofrecieron el cargo de juez de riegos -para resolver los problemas de *competencia en el uso* de las aguas de la acequia principal.

-Gracias -dijo él-, pero yo me atengo al refrán que dice: zapatero a tus zapatos.

Poco a poco se fue acercando al cura. El zapatero tenía que estar contra el que mandaba, no importaba la doctrina o el color. Don Gumersindo se había marchado también a la capital de la provincia, lo que molestaba bastante al cura. Éste decía:

-Todos se van, pero yo, aunque pudiera, no me iría. Es una deserción.

A veces el cura parecía tratar de entender a Paco, pero de pronto comenzaba a hablar de la falta de respeto de la población y de su propio martirio. Sus discusiones con Paco siempre acababan en eso: en ofrecerse como víctima propiciatoria. Paco reía:

-Pero si nadie quiere matarle, mosén Millán.

La risa de Paco ponía al cura frenético, y dominaba sus nervios con dificultad.

Cuando la gente comenzaba á olvidarse de don Valeriano y don Gumersindo, éstos volvieron de pronto a la aldea. Parecían seguros de sí, y celebraban conferencias con el cura, a diario. El señor Cástulo se acercaba, curioso, pero no podía averiguar nada. No se fiaban de él.

Un día del mes de julio la guardia civil de la aldea se marchó con órdenes de concentrarse -según

libro RTV 96

LOS BRAVOS

JESUS FERNANDEZ SANTOS

BIBLIOTECA
BASICA SALVAT

El destino de un pueblo es como el destino de un hombre. Su carácter es su destino.

J. WASSERMANN

El caballo se detuvo ante la puerta; el más viejo de los que le montaban se apeó y, luego de ararle, entró hasta la cocina; allí no encontró a nadie, y sólo volviendo, en el pasillo, halló a Manolo preguntándole qué deseaba.

Manolo es el dueño de la cantina; vende género, alquila habitaciones y reparte el suministro. Le preguntó al viejo:

—¿Qué buscas?

—Al médico. ¿Está?

—No, pero vendrá en seguida.

El viejo puso gesto de disgusto y pareció meditar. Salió a mirar al chico sobre el caballo, inmóvil en el porche, y el chico le devolvió la mirada, interrogándole a su vez. Manolo salió a la luz y vio la mano ensangrentada.

—¿Qué le pasó?

—Se cortó. Estábamos podando. Hay que curarle en seguida porque se está desangrando.

Le mostró la mano del muchacho envuelta en trapos manchados de sangre.

El chico no decía nada, pero sufría mucho, mirando constantemente el camino por donde había de llegar el médico. Súbitamente volvió la vista hacia su mano roja y comenzó a palidecer. El viejo dijo entonces que ya se había marcado tres veces por el dolor y la sangre, por el miedo que le daba verla.

—¿Por qué no le baja? Que se siente y descanse un poco.

—¿Me quiere echar una mano? Aunque es pequeño, pesa lo suyo.

Entre los dos le bajaron y fue a sentarse dentro. Le hicieron tomar una copa de aguardiente y se reanimó un poco; la mano

herida descansaba sobre la mesa y Manolo tuvo que hacer un rodeo para no tocarla cuando con un paño fue limpiando las marcas de los vasos.

Al cabo de diez minutos llegó, con gran estrépito, el coche del correo. Trajo dos viajeros del tren, encargos y certificados. Manolo salió de nuevo y ayudó a su hermano Pepe a descargar, colocando los envíos sobre el mostrador en espera de que los destinatarios se presentasen. Un cajón de botellas, sogas, lias, tres hojas de guadaña, piedras de afilar, las raciones del tabaco y doscientas mil unidades de penicilina fueron entregados; en tanto, su hermano, en la estafeta, repartía la correspondencia con el mínimo interés de los que nunca han esperado una carta.

Eran casi las dos cuando apareció el médico. Venía luchando con la cuesta, respirando hondamente, fatigado. Se detuvo en la ventana y preguntó:

—¿Tengo algo?

Pepe negó con la cabeza. Fue Manolo quien le contestó señalando al viejo y al muchacho:

—Aquí le esperan hace un rato.

Entró en la cantina y lanzó una ojeada a ambos, cogió la mano que sangraba con ademán profesional, sin evitar un ligero gesto de desagrado, y murmuró:

—Vamos, vengan.

Los otros le siguieron hasta su cuarto por un pasillo de paredes combas que olía fuertemente a pino y arena del río, y el más joven preguntó al viejo, mientras trepaban los escalones finales:

—¿Qué?

Pero el viejo no contestó; por el contrario, le hizo ademán de que callara.

Comprendió el médico que no les inspiraba mucha confianza. Su juventud y la exigua y vieja cartera donde ahora estaban fijadas sus miradas, no debían hablarles ni de una larga práctica, ni de su sabiduría en el oficio. Era lo de siempre desde su llegada allí, pero no por conocido le molestó menos. El muchacho le observaba atentamente; vio con recelo aparecer el instrumental en sus manos, miró de nuevo al otro y, aunque mudo, su cara era tan expresiva como si el miedo quisiera liberarse por la vista. Podía haberle hablado una palabra, un ademán amable, pero se abstuvo de romper aquel metálico silencio de pequeños roces, de respiraciones y suspiros, y fue desenvolviendo los trapos en tanto llegaba de fuera el trepidar del coche de Pepe entrando en el garaje.

El dedo no tenía remedio. Se hallaba cercenado casi por com-

pleto, mostrando entre la carnicería el blanco hueso al aire. Había que terminarlo y se lo dijo al chico, que de nuevo comenzó a desmayarse, y mientras el viejo traía más coñac, siguió levantando el vendaje y lo apartó para quemarlo.

La punta del bisturí iba haciendo surgir el dolor de la carne. El médico percibía a través de sus manos los estremecimientos del chico, los agudos tirones del dedo roto que pugnaba por librarse; veía su frente húmeda, brillante, en la penumbra de la habitación, bajo la lámpara. Una mosca inició un breve vuelo en torno a la sangre, pero el viejo la espantó en tanto el chico se agitaba sollozando como un pequeño animal cuya voluntad fuera ajena al deseo de curarse.

Bebió un vaso de agua y le secaron el sudor de la frente.

—¿Acabó ya?

—Ya.

Eran casi las cuatro. El viejo le miraba mientras se lavaba las manos. Seguramente pensaba cuánto iría a cobrarle; para ellos el dolor no guardaba relación alguna con su dinero; de todos modos, el precio les iba a parecer injusto; era fácil recordar de otras veces las acostumbradas lamentaciones. Pagaron sin decir palabra, y mientras les acompañaba hasta la puerta, pensó el médico en el tiempo que llevaba sin comer y sintió hambre.

En tanto comía, el dedo descansó en un vasar de la cocina, envuelto en un papel.

—¿Le importa que lo mire?

Manolo lo estuvo examinando con cuidado por todos lados y hasta se le ocurrió compararlo con uno propio.

Su mujer gruñó:

—¡Entiéralo de una vez, es una porquería! —y le obligó a dejarlo donde estaba.

—¿Qué se sentirá cuando cortan un dedo?

—No se siente nada, sólo le duele a uno.

* * *

El pueblo estaba vacío. Las casas, el río, los puentes y la carretera parecían desiertos de siempre, como si su único fin consistiera en existir por sí mismos, sin servir de morada o tránsito. El vacío se tornaba visible y oloroso en torno a las ruinas ennegrecidas de la iglesia, al margen mismo del pueblo, hueca, al aire sus afiladas ventanas, hundida por el odio y la metralla que la guerra volcó sobre ella, olvidada al fin. El reloj aparecía inmóvil, falto de sus saetas, en una hora inverosímil, cara a las otras casas, rechonchas

y amarillas, como hongos surgidos tras la lluvia, vueltas a edificar con prisa y sacrificios, tras el incendio que las devastara un día. Ortigas y rosales silvestres crecían entre las tablas del coro; la madre selva se enredaba en la reja del confesonario, sucio por el hollín de las hogueras, y la campana, solitaria, pendía en la espadaña para sólo sonar en los incendios o llamando a concejo. Los dos puentes, la fragua, el camino, solitarios siempre. No eran nada los niños buscando nidos de codorniz entre el centeno, sobre las tierras altas, ni el pastor con las ovejas del pueblo, volviendo desde el pasto a la hora del crepúsculo, ni el soplo de luz que iluminaba las ventanas de las cocinas a la hora de la cena; todo era tan ajeno a la vida, a aquella y a aquel río, como los frisos ornados que mostraba la iglesia o el escudo que Manolo mandó colocar entre las dos ventanas de la cantina nueva, resto del último castillo de la Raya.

Alguna vez, cuando su hermano tardaba, solía esperarle fuera, y contemplando la talla de la piedra dejaba transcurrir el tiempo. No comprendía el significado de las cartelas, pero admiraba el buen trabajo del que las había esculpido. La leyenda decía: «Siempre fiel»; y él, que sabía lo que la fidelidad significaba, no acababa de entender a quién aquella fidelidad había ido dedicada. Era un pequeño pueblo sin iglesia, sin cura y sin riqueza.

* * *

El médico salió al huerto tras la casa, y mientras de dos azadonazos cavaba una pequeña sepultura para el dedo, vio a Pepe a la puerta del garaje, afanándose en desmontar el motor del coche. Dejó la azada, y apartando el alambre de espino de la cerca fue hacia allí.

—¿Qué le pasa?

Pepe alzó la cabeza, contestando que no sabía, pero que seguramente tenía el motor lleno de carbonilla, porque llevaba unos días sonándole como si llevara a todos los demonios dentro. El médico se prestó a ayudarlo y entre ambos quitaron las culatas dejando al descubierto los cilindros negros.

—¡Dios, cómo está esto!

Empezaron a limpiarlos uno por uno, con cuidado, poblando a poco la mancha, extendida en el suelo, de las piezas que fueron desmontando. El sol caldeaba el acero hasta hacerlo intocable. Sólo pequeñas ráfagas de brisa aliviaban el ambiente caluroso y pesado, levantando tenues vapores de polvo que flotaban sobre los prados o la superficie del río para desaparecer camino abajo. La grasa

se cubriese de una película gris de tierra y suciedad que hacía maldecir a Pepe en voz baja.

Antón Gómez, representante del secretario del Ayuntamiento para el pueblo, se incorporó en la cama, donde dormía la siesta con su mujer, y sentándose a los pies, sobre la colcha, se frotó los ojos y respiró ruidosamente. Trató de peinar con los dedos y miró su escuálida cara en el espejo. Con las alpargatas en la mano entró en la cocina, intentando encontrar entre los platos sucios, en el cajón del pan, la lista del médico. Como no la encontró, pensó despertar a su mujer, pero siguió buscando.

Había llegado el orden mensual de pago al médico y era preciso cobrar aquella misma tarde, a cada vecino, su cuota correspondiente.

Al fin la encontró. Lanzó una ojeada a los nombres, aunque los conocía de memoria, y ya por la carretera fue remetiéndose la camisa, según se acercaba a casa de don Prudencio. Pasando junto a la cochera de la fonda vio al médico y pensó que el anterior no tenía aquellas costumbres, al tiempo que preguntaba:

—¿Qué, no marcha?

Los dos hombres, en mangas de camisa, le contestaron:

—¡...este calor!

Y siguieron atornillando en el suelo.

Al otro lado del río, entre los sauces, un pequeño borrico revolcándose en el polvo le trajo a la memoria la imagen de su mujer sudando entre las sábanas.

Se dijo: «Este no suda...», y siguió andando; luego añadió: «Don Prudencio.»

El pequeño borrico se levantaba, corría un corto trecho circular y volvía a revolcarse en su lecho de polvo, repitiendo la maniobra hasta tres veces antes de que el ayudante le perdiera de vista. Se cruzó con una niña sucia y rubia, descalza, con un botijo en la mano, que le miró un instante y se alejó canturreando. Le vio meter las manos bajo el chorro de la fuente y refrescarse.

Siguió caminando, como si su somnolencia le condujese a casa de don Prudencio; en el corral apartó dos reses, tan indiferentes y dormidas como él mismo, y llamó en la portalada:

—¡Don Prudencio, don Prudencio!

No hubo respuesta y sólo un silencio hueco. Volvió a llamar:

—¡Don Prudencio!, ¿está? —y la cabeza brillante del viejo, orlada de mechones grises en las sienes, apareció en el ventanillo, sobre la puerta.

Se volvió hacia el interior:

—Abre, Socorro, es Antón.

Le abrió Socorro, con su cara de siempre, entre grave y aburrida.

—¿Qué querías?

—Es por lo de la lista del médico....

Don Prudencio le esperaba en el rellano de la escalera. Le reconoció en la penumbra, embutido en su traje de pana de siempre, con la camisa pulcramente abotonada en el cuello.

Socorro les llevó a la cocina. Le estaban preguntando:

—¿Qué tal tu mujer?

Y Antón respondía:

—¡Vaya!

En las ventanas entornadas un puñado de moscas revoloteó susurrando.

El viejo continuó:

—Como salgo tan poco tengo que enterarme de lo que pasa en el pueblo por los que vienen a verme.

—Claro, usted, ya, para descansar.

—Socorro, saca un poco de ese café que trajeron ayer.

—¿Le trajeron café?

—Sí, de Portugal; a menudo precio: a cien pesetas kilo.

Cogió la lista y buscó su nombre. Desapareció y vino con una pequeña caja de metal bajo el brazo. A medida que contaba el dinero le iba preguntando por todos los vecinos, y Antón, entre el sueño que le invadía, luchaba por contestarle.

—No salgo nada, o casi nada, todo lo más un paseo por la tarde. Socorro me hace todo. ¿Para qué me voy a molestar? Yo ya necesito poca cosa.

Antón veía a Socorro calentando agua en la hornilla y se preguntaba si verdaderamente don Prudencio necesitaría tan poco. La muchacha se volvió y encontró su mirada fija en ella, pero no hizo el menor ademán, la más pequeña muestra de haberlo notado; siguió inmóvil sobre la lumbre, y alguien más despierto que el secretario hubiera hallado un agudo contraste entre la jovialidad y complacencia un poco absurda del viejo y la monotonía de la muchacha.

—Y Amparo, ¿cómo le va a Amparo?

—Pues con su madre, como siempre. Ésa, también, poca suerte tiene.

Las últimas palabras le habían costado un gran trabajo pronunciarlas y el tono fue casi malhumorado. El viejo respetó su silencio, consintiendo que se sumergiese en el sueño de su cigarro recién

encendido. Sólo añadió, con un suspiro, en tanto se ajustaba la boina sobre la frente:

—Dile de mi parte que se mejore su madre.

La muchacha, en pie junto a la ventana entornada, parecía evaporarse a intervalos, como si en la habitación, a ambos lados de los cajarros humeantes, sólo los dos hombres existiesen. Cuando ella se movía, Antón la miraba; luego entornaba los ojos y volvía a sus sueños, oyendo como el viejo suspiraba entre pregunta y pregunta.

Hirvió el café y fue servido en dos tazas nacaradas de color naranja. El ayudante sorbió hasta la última gota y tras despezarse se despidió:

—Pues hasta la próxima, don Prudencio.

—Hasta cuando quieras —e introdujo ambas manos en los bolsillos de la chaqueta.

Socorro bajaba tras él para cerrar la puerta. El viejo se había justificado:

—No se puede dejar nada abierto en este tiempo; se llena todo de polvo, sobre todo el piso de abajo —le había dado en la espalda un golpe amistoso—. Y luego el calor...

—Adiós, Socorro.

Los labios de la muchacha se habían entreabierto para responderle; la puerta se cerró a sus espaldas y, tras ella, los pasos desaparecieron, lentos, hacia arriba. De haber hecho menos calor, el ayudante se hubiera tomado el trabajo de pensar sobre los acontecimientos que dejaba tras sí, acerca de don Prudencio y la inmóvil atracción de Socorro, pero en el corral sintió el sol sobre su cara, sobre el cuello, quemándole, y todo se le borró de su mente, excepto la idea del sudor que pronto le correría por la espalda.

* * *

El médico se lavaba las manos en el río. A su lado, Pepe, también de rodillas, se las restregaba con arena del fondo.

—A veces me pregunto por qué la gente ve tan mal a don Prudencio.

—Sí; pocas simpatías tiene.

—¿Por qué?

Pepe miraba el agua en tanto se frotaba pensativo las telillas de entre los dedos.

—No lo sé —sacudió las manos—, a veces cree uno que es por el dinero que tiene, pero los hay más ricos que él, y se les

"DESCRIBIRÉ brevemente y por su orden estos ríos, empezando por Jarama: sus primeras fuentes se encuentran en el gneis de la vertiente Sur de Somosierra, entre el Cerro de la Cebollera y el de Excomuni3n. Corre tocando la Provincia de Madrid, por La Hiruela y por los molinos de Montejo de la Sierra y de Pradeña del Rinc3n. Entra luego en Guadalajara, atravesando pizarras silurianas, hasta el Convento que fue de Bonaval. Penetra por grandes estrechuras en la faja caliza del cretáceo — prolongaci3n de la del Pont3n de la Oliva, que se dirige por Tamaj3n a Congostrina hacia Sigüenza. Se une al Lozoya un poco m3s abajo del Pont3n de la Oliva. Tuerce despu3s al Sur y hace la vega de Torrelaguna, dejando Uceda a la izquierda, ochenta metros m3s alta, donde hay un puente de madera. Desde su uni3n con el Lozoya sirve de l3mite a las dos provincias. Se interna en la de Madrid, pocos kil3metros arriba del Espartal, ya en la faja de arenas diluviales del tiempo cuaternario, y sus aguas divagan por un cauce indeciso, sin dejar provecho a la agricultura. En Talamanca, tan s3lo, se pudo hacer con ellas una acequia muy corta, para dar movimiento a un molino de dos piedras. Tiene un puente en el mismo Talamanca, hoy ya in3til, porque el r3o lo rehus3 hace largos a3os y se abri3 otro camino. De Talamanca a Paracuellos se pasa el r3o por diferentes barcas, hasta el Puente Viveros, por donde cruza la carretera de Arag3n-Catalu3a, en el kil3metro dieciseis desde Madrid...»

—¿Me dejas que descorra la cortina?

Siempre estaba sentado de la misma manera: su espalda contra lo oscuro de la pared del fondo; su cara contra la puerta, hacia la luz. El mostrador corr3a a su izquierda, paralelo a su mirada. Colocaba la silla de lado, de modo que el respaldo de 3sta le sostribase el brazo derecho, mientras pon3a el izquierdo sobre el mostrador. As3 que se encajaba como en una hornacina, parapetando su cuerpo por tres lados; y por el cuarto quer3a tener luz. Por el frente quer3a tener abierto el camino de la cara y no soportaba que la cortina le cortase la vista hacia afuera de la puerta.

—¿Me dejas que descorra la cortina?

El ventero asent3a con la cabeza. Era un lienzo pesado, de tela de costales.

Pronto le conocieron la man3a y en cuanto se hubo sentado una ma3ana, como siempre, en su rinc3n, fue el mismo ventero quien apart3 la cortina, sin que 3l se lo hubiese pedido. Lo hizo ceremonioso, con un gesto alusivo, y el otro se ofendi3:

—Si te molesta que abra la cortina, pod3as haberlo dicho, y me largo a beber en otra parte. Pero ese retint3n que te manejas, no es manera de decirme las cosas.

—Pero hombre, Lucio, ¿ni una broma tan chica se te puede gastar? No me molesta, hombre; no es m3s que por las moscas, ahora en el verano; pero me da lo mismo, si est3s a gusto as3. S3lo que me hace gracia el capricho que tienes con mirar para afuera. ¿No est3s harto de verlo? Siempre ese mismo 3rbol y ese cacho camino y esa tapia.

—No es cuesti3n de lo que se vea o se deje de ver. Yo no s3 ni siquiera si lo veo; pero me gusta que est3 abierto, capricho o lo que sea. De la otra forma es un agobio, que no sabes qu3 hacer con los ojos, ni d3nde colocarlos. Y adem3s, me gusta ver qui3n pasa.

—Ver qui3n no pasa, me querr3s decir.

Callaban. El ventero ten3a los antebrazos peludos contra el mostrador, y todo el peso del torso sobre ellos. Una tira d3 sol se recostaba en el cemento del piso. Cuando el pito del tren lleg3 hasta sus 33dos, habl3 el ventero:

—Las nueve menos cuarto.

Ambos cambiaron imperceptiblemente de postura. Vino de dentro una voz de mujer:

—¡A ver si le dices a 3se, cuando venga, que se quede esta tarde, para servir en el jard3n; que Justina no puede. Viene el novio a las cuatro a buscarla!

El ventero respondi3 hacia el pasillo de donde hab3a venido la voz:

—3se tambi3n pod3a escoger un d3a entre semana, para salir con ella. Ya lo sabe que los domingos Justina me hace falta aqu3.

Entró la mujer, con la cabeza ladeada, y peleando con el peine contra un nudo de su pelo grisáceo, dijo:

—La niña no tiene por qué estarse aquí sacrificada todos los domingos; también tiene derecho de ir al cine.

—Nadie la quita de que vaya al cine. Yo sólo digo que se les ocurra otro día.

—¿Y cómo quieres que le dé al otro tiempo, en día de diario, venir desde Madrid y volverse con ella, si sale a las siete y media de trabajar, o más tarde?

—Pues bueno, mujer, no he dicho nada. Que hagan lo que quieran.

La mujer ya se había desenredado el pelo y ahora, más libre, se dirigió a su marido en otro tono:

—Y además, se la lleva los domingos, precisamente porque no le gusta que la chica despache en el jardín y tenga que aguantar las miradas y groserías de los clientes. Y en eso le doy toda la razón.

—Ah, ¿conque no le gusta? ¿Y quién es él para decir lo que ha de hacer mi hija y lo que no? Buenos estamos. Ahora me va a enseñar a mí cómo la tengo que educar.

—¡Falta te hacía! Eso es. Que entendieras lo que es una muchacha, para que no la tuvieras por ahí, de mesa en mesa, como un mozo de taberna. Falta te hacía enterarte de una vez que una chica es asunto delicado — discutía con su marido a través del mostrador y le agitaba el gran peine negro delante de la cara —. Parece hasta mentira, Mauricio, que abuses de esa manera con tu hija. Me alegro que se la lleve; en eso le alabo el gusto, ya ves tú.

—Vamos, que ahora ése nos va a meter a todos a señores. Lucio miraba a uno y a otro alternativamente.

—Ni señores ni nada. La chica sale hoy, se ha concluido.

Se metió para adentro a terminarse de peinar. Mauricio miró al otro y se encogió de hombros. Luego miraban hacia la puerta. Dijo Mauricio, suspirando:

—Aquí cada día nos inventamos algo nuevo.

Callaron. Aquel rectángulo de sol se había ensanchado levemente ; daba el reflejo contra el techo. Zumbaban moscas en la ráfaga de polvo y de luz. Lucio cambiaba de postura, dijo:

—Hoy vendrá gente al río.

—Sí, más que el domingo pasado, si cabe. Con el calor que ha hecho esta semana...

—Hoy tiene que venir mucha gente, lo digo yo.

—Es en el campo, y no se para de calor, conque ¿qué no será en la Capital?

—De bote en bote se va a poner el río.

—Tienen que haber tenido lo menos treinta y treinta y cinco a la sombra, ayer y antes de ayer.

—Sí, hoy vendrán; hoy tiene que venir la mar de gente, a bañarse en el río.

Los almanaques enseñaban sus estridentes colores. El reverbero que venía del suelo, de la mancha de sol, se difundía por la sombra y la volvía brillante e iluminada, como la claridad de las cantinas. Refulgó en los estantes el vidrio vanidoso de las blancas botellas de cazalla y de anís, que ponían en exhibición sus cuadraditos, como piedras preciosas, sus cuerpos de tortugas transparentes. Macas, muescas, nudos, asperezas, huellas de vasos, se dibujaban en el fregado y refregado mostrador de madera. Mauricio se entretenía en arrancar una amarilla hebra de estropajo, que había quedado prendida en uno de los clavos. En las rendijas entre tabla y tabla había jabón y mugre. Las vetas más resistentes al desgaste sobresalían de la madera, cuya superficie ondulada se quedaba grabada en los antebrazos de Mauricio. Luego él se divertía mirándose el dibujo y se rascaba con fruición sobre la piel enrojecida. Lucio se andaba en la nariz. Veía, en el cuadro de la puerta, tierra tostada y olivar, y las casas del pueblo a un kilómetro; la ruina sobresaliente de la fábrica vieja. Y al otro lado, las tierras onduladas hasta el mismo horizonte, velado de una franja

sucia y baja, como de bruma, o polvo y tamo de las eras. De ahí para arriba, el cielo liso, impávido, como un acero de coraza, sin una sola perturbación.

Aquel hombrón cubría toda la puerta con sus hombros.

Había mirado a un lado y a otro en el momento en que iba a entrar. Se oscureció el local, mientras cruzaba el quicio.

—¿Dónde le dejo esto? Buenos días. Traía contra un lado del cuello una barra de hielo, liada en arpillera.

—Hola, Demetrio. Pues déjalo aquí de momento; primero hay que partirlo. Ve trayendo las otras, no se las coma el sol.

Mauricio le ayudó a desliar la arpillera. El otro volvió a salir. Mauricio buscaba su martillo por todos los cajones. Entró Demetrio otra vez, con la segunda barra.

—¿Dónde dejaste el carro, que no lo hemos oído?

—Pues a la sombra. ¿Dónde quería que lo dejase?

—Ya. Me extrañaba. ¿Las cajas las traes también?

—Sí, dos; la una de cerveza, y de gaseosas la otra; ¿no era eso?

—Eso era, sí. Vete a por la otra barra, que se va a deshacer. ¡Este martillo del demonio! ¡Faustina! Aquí te cogen las cosas de los sitios y luego no se molestan en volverlas a poner donde uno las tiene. ¡Faustina!

Levantó la cabeza y se la vio delante.

—¿Qué quieres? Aquí estoy. Con una vez que me llames ya basta; tampoco soy sorda.

—Ah, ¡dónde echáis el martillo, quisiera yo saber!

—Si es un perro te muerde — señaló a los estantes —. Míralo.

—¡Me lo vais a poner en unos sitios! ¿Para qué sirven los cajones?

—¿Algo más?

—¡Nooo!

Ya saliendo, Faustina tocó a Lucio en el hombro y señaló a su marido con el pulgar hacia atrás; murmuró:

—Ya lo sabes.

Lucio hizo un guiño y encogió las espaldas. El carrero depositó la última barra de hielo junto a las anteriores.

—No te traigas las cajas todavía. Ayúdame a partir el hielo, haz favor.

Demetrio sujetaba la barra, y Mauricio la iba cuarteando a golpes de martillo. Saltó hasta Lucio alguna esquirla de hielo; la miró deshacerse rápidamente sobre la manga de su chaqueta, hasta volverse una gotita.

—Enteras entran muy mal y así me queda el frío más repartido. Ya puedes traerme las cajas.

Demetrio salió de nuevo. Lucio habló, señalando a la puerta:

—Buen chico éste.

—Un poco blanco, pero bueno. A carta cabal.

—No se parece a su padre. Aquel...

—Suerte que lo dejó huérfano a tiempo.

—Suerte.

—Lo que tiene de grande lo tiene de infeliz.

—Incapaz de nada malo. Un buen muchacho, sí señor.

—Y el poco orgullo que tiene, que le dices cualquier cosa y escapado te la hace, como si fuera suya. Otros, a sus años, se te ponen gallitos y se creen que los quieres avasallar...

La sombra anunció de nuevo la presencia de Demetrio.

—¿Me quiere usted ayudar, señor Mauricio?

—Trae.

El ventero salió del mostrador y le ayudó a depositar las cajas. Después los botellines estuvieron sonando un buen rato, como ocas, al ir pasando uno a uno desde sus cajas a la caja de hielo. Mauricio puso el último y le echaba a Demetrio una copita de cazalla.

—A ver si esta tarde te dejas caer un rato por aquí, para echarme una mano.

—Tenía pensamiento de ir al baile esta tarde, señor Mauricio; si puede usted llamar a otro, mejor sería.

—Tras de alguna andas tú, cuando te dejas unos duros por el baile. Déjalo, qué le vamos a hacer. Mi hija se va al cine; no sé a quién llamaría.

—Pues que lo ayude a usted el señor Lucio, que no hace nunca nada.

—Ya hice bastante cuando era como tú.

—¿Qué hizo?, a ver.

—Muchas cosas; más que tú hice.

—Dígame alguna...

—Más que tú.

—No me lo creo.

—Mira, muchacho, no sabes nada todavía. Te queda mucho que aprender.

—Anda, toma lo tuyo y no te metas con el señor Lucio.

Puso tres duros sobre el mostrador. Los había sacado del cajón con la mano mojada. Se la secó en el paño. Demetrio recogió los billetes.

—Bueno, otro día será. Que te diviertas en el baile. Ya me defenderé como sea yo solo.

—Pues voy a dejar el carro, que se me hace tarde. Hasta mañana.

—Adiós.

Demetrio volvió al sol de fuera. Mauricio dijo:

—No lo vas a obligar. Ya está haciendo siempre por uno bastante más de lo que tiene obligación. Ésta se cree que puede uno disponer de quien quiere y cuando quiere. Si a la niña se le antoja ir al cine, el mismo derecho tiene éste, hoy que es domingo para todos. No se puede abusar de la gente; y el que se gane una propina no quita que sea un favor lo que me hace con quedárseme aquí todo el santo domingo a despachar.

—Naturalmente. Las mujeres disponen de todo como suyo. Hasta de las personas.

—Sí, pero en cambio su hija que no se la miren. ¡Ya lo acabas de oír!

—Eso es que son ellas así; que no hay quien las mude.

—Pues esta tarde yo me voy a ver negro para poder atender.

—Desde luego. Ya verás hoy el público que afluye. No son las diez todavía, y ya se siente calor.

—¡Es un verano! No hay quien lo resista.

—Pues mejor para ti; a más calor, más se te llena el establecimiento.

—Desde luego. Como que no siendo por días como éste, no valía ni casi la pena perder tiempo detrás del mostrador. Por más que ahora ya no es como antes, cá, ni muchísimo menos; va habiendo ya demasiado merendero pegando al río y la General. Antes estaba yo casi solo. Tú esto no lo has llegado a conocer en sus tiempos mejores.

—Pero lo bueno que tiene es que está más aislado.

—No lo creas. No sé yo si la gente no prefiere mejor en aquellos, así sea en mitad del barullo,

JESÚS LÓPEZ PACHECO

CENTRAL ELECTRICA

Depósito Legal. B. 3.493. 1953.

III

NUEVA ALDEASECA

le da la mano al personaje que se los entrega. Lleva a su hijo, el cuarto ya, en la espalda.

—¡Higinio Galán!

María "La Galana", sube a la tribuna y recoge lo que le dan. Luego baja sonriente, casi orgullosa.

Continúan subiendo mujeres y ancianos, algún hombre más o menos joven, de vez en cuando. Los fotógrafos están en cuclillas sobre la misma tribuna y disparan sus máquinas a cada entrega.

—¡Gervasio Fernández!

Los campesinos se apartan para dejar paso a la señora Norberta, la vieja madre de Gervasio, que viene ya ayudada por Vitorina. Va rezongando por lo bajo. Los campesinos se rien al verla pasar. Sube trabajosamente a la tribuna y, sola, avanza hacia la mesita. Llegada ante ella su vejez curvada y se detiene a un lado del micrófono. El hombre que está ante el sillón de patas de garra le tiende el rollo de papel y la medalla. Pero ella no los coge. Se queda quieta, mirándole fijamente con sus ojos fríos de vieja. Están riéndose los campesinos detrás.

—Nos quitaisteis las tierras, hundisteis nuestro pueblo... —grita, y su voz se oye sobre todos, viene de todas partes, resuena casi tanto como las de los oradores. No ha podido hablar más. Un ataque de tos ha cortado sus palabras y la tos se oye también en toda la plaza. Los campesinos siguen riéndose. Dos hombres jóvenes se apresuran a coger a la vieja por los brazos y la llevan hacia la escalerilla.

Deja de oírse la tos y vuelven a sonar en la plaza los nombres de los que han trabajado en el Salto. Son ancianos y mujeres, casi siempre, los que recogen el diploma y la medalla. Los campesinos tienen sonrisa en la boca y llanto en los ojos, y a cada entrega se les suelta la risa y el llanto, ajenos a ellos, en un movimiento irracional que estalla con los aplausos. Cuando todos los nombres han sonado en la plaza, las autoridades pasan a la larga mesa, y ante ella empiezan conversaciones y risas, entre copas de vino y palillos que sujetan apertivos en el aire. El hombre que estuvo sentado en el sillón con patas de garra, junto con otros acompañantes de su comitiva, está rodeado por varios campesinos. Los ha llamado él mismo, porque "le gusta mucho hablar con esta gente, aparte de que es su deber hacerlo".

—Bueno, bueno, y ¿qué? —dice. Tiene una mano sobre el hombro de un campesino, que le mira asustado —. ¿Qué necesitáis? ¿Tenéis ayuntamiento? ¿No? Bueno, bueno... ¿Una fuente para la plaza? ¿Un lavadero?...

—Lo que sea —dice uno—. Nosotros no necesitamos nada.

—Bueno, bueno, hay que tener un poco de espíritu de sacrificio. Hoy se os ha dado la luz, mañana otra cosa y así, poco a poco..., ya veréis.

Andrés y Martín están en una esquina de la mesa. El *barman* Paco y sus camareros se entrecruzan corriendo para servir a todo el mundo a la vez. Al otro lado de la masa humana, nacen brazos y manos que exigen con ligeros gestos, y ellos corren poniendo vasos y platos en todas las manos. Cerca, un grupo de campesinos, casi todos niños, apretados para resistir el empuje de los que quieren acercarse a la mesa, les miran comer. Martín se da cuenta y les alarga una bandeja de almendras. De pronto, la bandeja salta de la mano de Martín, permanece un instante sobre un remolino de manos disputándose, y cae por fin al suelo, seguida por los niños campesinos, que se pisan por encontrar las almendras.

—Este es su pueblo —dice Andrés.

—Nuestro pueblo. —Martín le mira.

Rápidamente, casi sin que se den cuenta gran parte de los campesinos, las autoridades vuelven a sus coches. Los motoristas se disponen delante y detrás de ellos y, uno tras otro, empiezan a arrancar, entre los aplausos y gritos de los que les rodean. El último coche roza el arco con ramas, que se parte en dos. El cartel queda colgando. Una nube de polvo asciende lentamente desde el camino.

Nueva Aldeaseca tiene ya luz eléctrica. En torno a los ancianos y mujeres que tienen los diplomas y medallas, se agrupan los demás.

—Déjame a mí.

—Esto es para gente que ha aprendido, tú no sabes.

Risas.

Manuela mira y mira el diploma.

—Quisiera saber lo que dice aquí.

—¡Mira tú ésta!

Risas.

—En las medallitas también pone algo.

—Son para colgarlas en el pecho.

—Tú qué sabes, ¿es que has visto en tu vida alguna? Risas.

En todos los corros, risas y risas.

Nueva Aldeaseca tiene ya luz eléctrica. Los hombres siguen bebiendo en la taberna y en los alrededores de la taberna. Las mujeres vuelven a sus casas. Los niños rodean la mesa larga tratando de coger las sobras, pero los camareros se lo impiden. Varios obreros desmontan la tribuna. Está ya sin colgaduras, sin sillones. La plaza se va quedando vacía, hasta que el mediodía de otoño la inunda toda.

Martín y Andrés se dirigen al edificio de la escuela. Largos pasillos encalados, habitaciones sin un mueble, sin un cuadro colgado en la pared. Resuenan sus pasos, entre el eco multiplicado de las voces que suben desde la taberna. Cantos, gritos inarticulados, puñetazos en las mesas.

—Ya, ya van entonándose —dice Andrés. El eco de la habitación vacía repite turbiamente sus palabras.

Han llegado hasta una puerta. El maestro saca una llave y la abre.

—Realmente no hay nada que ver aquí —dice el maestro, entrando en el cuarto—. Hasta que no traigan los muebles... Este es mi cuarto, ¿qué le parece?

Es un cuarto pequeño, con una ventana y una puerta. Hay unos estantes vacíos, una mesa y dos sillas.

—Le faltan muchas cosas todavía.

—Está bien —dice Andrés. Señala la puerta—. Ahí está el dormitorio, ¿no?

—Sí, y una pequeña cocina, por si quiero guisarme yo mismo.

—Mañana le enseñaré yo la central, ya verá —dice el ingeniero—. Ahora tenemos que darnos prisa si queremos llegar al banquete en el Salto.

Salen. Atraviesan otra vez los pasillos y las aulas vacías, en las que resuenan los gritos que vienen de la taberna. Mariano les está esperando. Suben y el coche arranca. En la plaza, sólo quedan algunos hombres en torno a la taberna.

El sol empieza a descender sobre el horizonte. Nueva Aldeaseca está llena de gritos y de risas, pasean sus mozos por las

calles sin empujar, cogidos del brazo, cantando, golpeando en las puertas que encuentran. Un grupo persigue a pedradas a un perro, que huye delante de los hombres aullando y volviendo la cabeza de vez en cuando.

Va pasando la tarde. Casi todos los hombres del pueblo están borrachos. Poco a poco las casas pierden su blancura deslumbrante. Sus paredes son ya opacas, casi grises.

—Vete a por agua —dice la mujer.

La muchacha sale de la casa, atraviesa varias calles y llega al campo. Empieza a andar por el camino del embalse. Está atardeciendo ya. La muchacha lleva un cántaro en cada cadera, sujetados descuidadamente con los brazos. Su andar tiene un ritmo especial, va erguida, con la cintura oprimida por los cántaros, y su falda gruesa parece un cántaro más andando solo.

De pronto, tres mozos saltan sobre ella. Los cántaros caen al suelo, quebrándose con un ruido hueco y triste. La muchacha ha gritado, pero los mozos la llevan fuera del camino, tapándole la boca, y la tumban sobre el suelo. Uno le levanta los manteos y las enaguas, mientras el otro la sujeta y le tapa la boca, y el tercero la mira con los ojos muy abiertos. Los tres rien, sin hacer caso de los gritos ahogados de ella.

—¡Perros! —logra decir entre los dedos.

Uno de los mozos le ata los manteos y las enaguas por debajo de los brazos.

La muchacha llora. Su llanto se hace sordo, bajo el pañuelo que le están atando en la nuca para taparle la cara. Uno de los mozos se sujeta el estómago con las dos manos, riéndose hasta que le brotan lágrimas. Le han atado las manos y la muchacha está en el suelo, revolviéndose, mordiendo el pañuelo, sollozando de rabia. Ellos se rien y la miran con ojos cada vez más brillantes.

—Primero yo —dice uno de los mozos.

La muchacha patalea y ruge bajo el pañuelo. La última luz de la tarde brilla en sus piernas desnudas. Cerca están las casas de Nueva Aldeaseca, el pueblo al que le han dado la luz eléctrica. Son casi su silueta sólo, sus esquinas se difuminan poco a poco con la muerte lenta de la tarde.

Llega un coche a la plaza.

—Hasta mañana. Vendré a buscarle para que vea la central.
—Andrés cierra la puerta de un golpe y el coche arranca. Martín empieza a andar hacia la escuela.

De la taberna vienen carcajadas y gritos, que resuenan en toda la plaza. El pueblo entero está lleno de un rumor de gritos.

Un toro, sin piedras en los cuernos, entra corriendo bajo el arco de ramas, que está ya casi caído totalmente, con el cartel colgando todavía. Detrás viene un grupo de mozos corriendo, tirándole piedras, dándole con sus varas.

—¿Te atreverás tú? —dice un campesino viejo en la taberna, acabando de hablar con una carcajada—. ¡Tú qué te vas a atrever!

Le rodean cinco hombres sudorosos, con las caras rojas, sentados en taburetes, que se ríen también.

Anastasia está acodada en el mostrador y les observa. El “Tío Muelas”, en un rincón, dormita con la cabeza apoyada en la mesa.

—Apústate un cerdo—dice un campesino, dando un puñetazo sobre la mesa—. Si yo no enciendo la luz dándole a un chisme de esos, te doy un cerdo a ti, y si sí la enciendo, que ya verás como la enciendo, me lo das tú a mí, ¿te hace?

Son cinco hombres vestidos de pana que ríen y sudan alrededor de una mesa de madera. Son cinco hombres que ríen a cada frase, que apoyan la cabeza unos en otros, abatidos por la risa y el llanto nervioso. Todos tienen los ojos brillantes, hablan con dificultad, dejando escapar saliva entre los labios.

—Va un cerdo, venga. Pero tienes que tocar con la mano en el cacharro ese, ¡ehl!

El maestro ha subido a su cuarto. Está sentado junto a la ventana, con un libro en la mano, leyendo. Hay poca luz.

La madre de Gervasio llora junto a la ventana. Fuera empieza a anochecer.

—Ya se han olvidado de los hombres que están presos —dice—, de que nos hundieron nuestro pueblo, y nuestras tierras, y no tenemos de qué vivir.
Vitorina trata de consolarla.

El toro, encajonado en una calle, se vuelve de pronto y empieza a correr hacia los mozos con una furia salvaje. Los mozos huyen, riendo y gritando.

Han salido a la plaza los cinco campesinos de la taberna. Anastasia les mira desde la puerta.

—Venga, “Tío Cano”, a ver si enciendes la luz.

Hace un rato que se ha puesto el sol y las casas son ya manchas claras en medio de la noche inminente. Enfrente de la escuela, la iglesia recorta su torre contra un cielo que empieza a ser negro. Hay una estrella en él.

—“Tío Cano”, “Tío Cano”, “Tío Cano”... —gritan rítmicamente los cuatro campesinos cogidos por los hombros en el centro de la plaza.

—Va un cerdo, eh, va un cerdo.

—Enciende el candil —dice la señora Norberta a Vitorina. Vitorina coje una brasa del hogar con la mano y la acerca a la mecha del candil. Una luz amarilla y temblorosa inunda la habitación. Junto a la puerta, el interruptor de la luz eléctrica brilla y en su pequeño cuerpo de porcelana se refleja la forma curva del candil.

—Dios mío —dice la vieja. Y sigue llorando.

Vitorina la abraza.

Acaba de salir la luna. La plaza está llena de la sombra de la iglesia. En el centro, ríen los cinco campesinos, doblados por la cintura. “Tío Cano” tiene miedo, prefiere no tener que tocar el interruptor. Se ha alegrado al ver encenderse la luz de candil en una casa, y ahora se alegra de que en todas, las mujeres estén encendiendo los candiles.

—Me debes un cerdo, me debes un cerdo.

—No, no, hoy no la enciendo, ¿para qué? ¿Para qué nos valdría con los candiles encendidos? Pero ya verás mañana —dice el “tío Cano”, y se abraza a los otros cuatro, en el centro de la plaza, contento de que no sea mañana todavía.

Cerca del camino del embalse hay una muchacha llorando, tumbada en el suelo.

Martín, sin dejar el libro, alarga la mano y gira el interruptor.

De todas las casas del pueblo sale ya una luz amarilla que tiembla y llega a las calles casi muerta. Pero en la escuela hay una ventana con una luz blanca, fija, que llega a la plaza y forma un rectángulo iluminado sobre su suelo seco. La noche ha venido, como todos los días, al pueblo. Y Nueva Aldeaseca avanza entre la noche, con sus luces de candel, esperando un día nuevo que le traiga una nueva luz.

Madrid y Ceuta, noviembre de 1953-septiembre de 1956.

ESTE LIBRO FUE IMPRESO EN LOS TALLERES TIPOGRAFICOS
ARIEL, S. L., BERLIN, 46-48, BARCELONA, EN ABRIL 1958

J. L. PACHECO

PONGO LA MANO SOBRE ESPAÑA

con una presentazione
di Giancarlo Vigorelli

È uscito in Italia edito dalle Edizioni Rapporti Europei, con una presentazione viva di Giancarlo Vigorelli, un libro di liriche del giovane poeta Jesus Lopez Pacheco. La raccolta è pubblicata in Italia non perché si tratta di una traduzione di uno scrittore noto, ma per una ragione accortamente politica. La Spagna di Franco non ha concesso il visto al dattiloscritto di Pacheco, che è ottimo poeta reale (non *royal*) della nuova generazione.

Salvatore Quasimodo, *Le Ore*, 4 luglio 1961

Questa raccolta di versi dice di più sulla Spagna di oggi, sulla libertà, sulla disperazione e la speranza, di parecchi studi sociologici o *reportages* scrupolosi.

Giuliano Gramigna, *Corriere d'Informazione*, 6 luglio 1961

In Pacheco, una serietà di preparazione, una curiosità di scoperte, che i suoi coetanei, italiani o francesi, tentati dai rotocalchi, dal cinema e dalla televisione, spesso hanno perso di vista.

L'Espresso, 25 giugno 1961

Poesia del cuore e del sentimento, ma calata al tempo stesso nella realtà di età sciagurate e crudeli, donde il poeta, alla maniera dei resistenti di Francia, riesce a trar fuori tutta la profonda essenza di una spiritualità che ha radici umane e civili.

Walter Mauro, *ABC*, 23 luglio 1961

Queste poesie sono per il regime franchista una delle più forti accuse che mai si siano levate nel cuore della tormentata terra spagnola.

La Notte, Milano, 11-12 luglio 1961

Nelle poesie di Pacheco si avverte dunque l'esigenza di un contatto immediato a sfondo reale-sociale con la situazione spagnola; di rintracciare alla base della ispirazione un sentimento na-

Esaurita in due mesi la 1ª edizione, già in distribuzione la 2ª: annunciate e imminenti le traduzioni in inglese, francese, russo, jugoslavo, tedesco, rumeno.

zionale popolare, che è la manifestazione più autentica di una urgenza e passione sociale e politica... Un volume che documenta in maniera inequivocabile come la speranza e il coraggio non abbia abbandonato la nuova generazione spagnola.

P. G. Pericoli, *La Voce Repubblicana*, 14 giugno 1961

Un libro di poesie che ha la «durata» di un poema, la tensione e l'intensità di un lungo canto sulla condizione umana della Spagna.

Leonardo Sciascia, *L'Ora*, 24-25 giugno 1961

Un libro di poesia — come questo di Pacheco — può servire a stimolare un esame di coscienza che ci faccia render conto di come i tempi stringono e infinite cose urgono.

Mario Truffelli, *Corriere del giorno*, 4 luglio 1961

Una poesia decisa, perfino violenta, che segna definitivamente la rottura con certo formalismo imperante e spalanca la porta alle istanze popolari. Quelle istanze che Pacheco, una delle voci più alte della poesia contemporanea, ha saputo rendere persuasive ed autentiche sul filo di una rara delicatezza d'immagini e di invenzione fantastica.

Vita, 29 giugno 1961

Il libro ha subito — e non si tratta, va detto ad onore di Pacheco, di un errore burocratico — l'ostracismo della censura. Con le opere dei fratelli Goytisolo, con quella — annunciata — di Hortalano, «*Pongo la mano*» giustifica e ravviva l'interesse della critica e del pubblico italiani verso la giovane letteratura spagnola. ...Il suo libro è veramente, come pochi oggi, agitato da collera e sdegno, pervaso di affetto e gentilezza, ricco di promesse e di speranza.

Vico Faggi, *Il giornale di Brescia*, 29 giugno 1961



GIUSEPPE GIRONDA

« Una stagione all'inferno »
(Premio Villa S. Giovanni 1961)
L. 1.500

Romanzo amaro e difficile il cui respiro è tutto nel sofferto orizzonte del protagonista che l'autore accompagna per i lunghi anni della sua educazione in un fosco collegio di Gesuiti, fino ad inserirlo in mezzo a una società spietata e crudele.

GIUSEPPE MAROTTA

« Il vento in gabbia »
L. 2.200

Nuovi racconti del grande scrittore napoletano.

ALBERTO CONSIGLIO

« Tristano e altri racconti »
L. 2.200

Un autentico saggio di educazione sentimentale.

U. VITTORIO CAVASSA

« Il conte di Monte Ghirfo »
L. 2.000

La Liguria fa ancora una volta da sfondo ad appassionanti vicende, dove il vero protagonista è il cuore dell'uomo con le sue passioni, i suoi amori e le sue pene.

Per solito, il porto letterario dei « libri proibiti » spagnoli è la Francia; questa volta (e potremmo dire finalmente) è l'Italia. ... Non meraviglia che questo libro sia stato proibito, nella Spagna franchista. Nemmeno l'aria è aria, senza libertà — dice Pacheco —; e questi sono proprio versi che se li piantasse in terra, l'aria (la libertà) li farebbe stormire, come querce grandi.

Il Giorno, 13 giugno 1961

Bisogna essere grati a Vigorelli della pubblicazione. Perché il Pacheco — lo si sente certissimamente da questo manipolo di versi — è un vero poeta... Il Pacheco è violentemente antifranchista. Ebbene: nonostante questo fatto, il libro è tutto pervaso, tutto ardente, tutto fiammeggiante dell'orgoglio di essere spagnolo. Si sente che ciò che il Pacheco rimprovera a Franco è di diminuire la Spagna nel mondo, di non esaltarla tra le nazioni come il Pa- checo vorrebbe che fosse. È il libro di uno spagnolo ferissimo di essere tale; e di una *hispanidad* vigorosissima, irriducibile.

Il Mattino, 2 luglio 1961

La forza di Pacheco è determinata soprattutto dalla libertà del suo atteggiamento. La sua presenza nella giovane poesia spagnola, una presenza consapevole e non compromessa, possiede anche un valore essenziale di denuncia; ma, in definitiva, saremmo tentati di dire, di simbolo, nello scoramento generale che affligge la Spagna d'oggi.

Giornale del mattino, 26 giugno 1961

Non è il primo libro spagnolo costretto all'esilio da quando Franco è al potere, ma in questo caso il fatto ci interessa particolarmente come un episodio dei fitti rapporti intercorrenti tra la cultura italiana e quella spagnola, nel segno della solidarietà antifascista. Giustamente Vigorelli sottolinea nella prefazione che se la poesia *impura* dei Lorca, degli Alberti, fu al tempo della guerra civile una scoperta per gli intellettuali italiani, ora la lezione neorealistica italiana ha una netta influenza nella cultura spagnola d'oggi... La poesia di Pacheco è densa di cose e di figure — tram, operai, bambini, strade — e spesso si piega alla cadenza della canzone, e sono forse le cose più belle: la Canzone delle Società anonime, la Canzone dei muratori, la Canzone del plusvalore. Sono lontani nella poesia spagnola, ormai, i tempi della *soledad*, del *alma*, del *silencio*!

L'Unità, 8 luglio 1961

EDIZIONI RAPPORTI EUROPEI
VIA P. A. MICHELI, 78 - ROMA

NO ES UN POEMA

No es un poema lo que quiero tiraros a la frente.
 Arrancadme la sangre, hundidme en la mirada
 los paisajes que se me salen pidiendo realidad,
 cortadme dedo a dedo las dos manos que tengo
 o regaladme un descanso sobre la tierra de bayonetas
 [y olvido].
 Yo prefiero estar muerto a masticar lo que no grito.

No me dejéis decir aún otro poema.
 No es un poema lo que quiero tiraros a la frente.
 No me dejéis decirlo, si lo escupo,
 porque por un poema el aire no es de todos,
 no es posible agarrarle con las manos y golpear
 las torres erigidas sobre sangre.

Un poema de madera y hierro,
 con piezas y tornillos,
 un poema para el brazo y el pecho, sí,
 que brilla un momento en la noche,

NON E' UN POEMA

Non è un poema quello che voglio gettarvi in fronte. / To-
 glietemi il sangue, ficcatemi nello sguardo / i paesaggi che
 mi scappano via chiedendo realtà, / tagliatemi dito a dito
 le due mani che possiedo / o regalatemi un riposo sulla terra
 di baionette e d'oblio. / Io preferisco star morto a masticare
 quel che non grido.
 Non lasciatemi dire ancora un altro poema. / Non è un poema

que os señala,
 y que de pronto grita y os dispara
 esta piedra que tengo pesándome encima de los ojos.

1955

quello che voglio gettarvi in fronte. / Non lasciatemelo dire,
 se lo sputo, / perché per un poema l'aria non è di tutti, / non
 è possibile prenderlo con le mani e colpire / le torri edificate
 sul sangue.

Un poema di legno e di ferro, / con pezzi e viti, / un poema
 per il braccio e il petto, sì, / che scintilla un momento nella
 notte, / che vi segnala, / e che all'improvviso grida e vi spara /
 questa pietra che mi sta pesando sugl'occhi.

1955

AUTOBIOGRAFIA II

A José Agustín, Juan y Luis Goytisolo

Cuando era niño
los cañones rompieron mis juguetes.
Luego,
salpicado de sangre,
miré mi patria largamente.
Me puse triste de querer saber
y de chocar pensando
contra una oscuridad maciza y vieja.
Era lo mismo que tener atados
los ojos.
El aire olía a sucio.

Se organizò en relámpagos mi sangre.
Con trallazos de amor
mi juventud rasgó la oscuridad,
y, casi deslumbrado,
estuve a punto de quedarme ciego.

AUTOBIOGRAFIA II

A José Agustín, Juan e Luis Goytisolo

*Quand'ero bambino / i cannoni frantumarono i miei balocchi. /
Dopo, / impiestrato di sangue, guardai a lungo la mia patria. /
Divenni triste volendo sapere / e scontrandomi pensando /
contro un'oscurità massiccia e vecchia. / Era come se avessi
bendati / gli occhi. / L'aria odorava di sporcizia.*

Era tan claro el mundo.
Eran tan claras ya todas las cosas.
Me hubiera despeñado
de claridad.

Tiré al abismo los pedazos sucios
de aquella oscuridad.
Las personas mayores se enfadaron.
Mis profesores me arrojaron libros
de texto autorizados.

Pero yo
defendí mi cabeza con las manos,
pensando,
mirando entre mis dedos
lo que pasaba en la calle.
Luego lo ví más de cerca
y ya son inútiles las cortinas
de periódicos.
Lo he tocado
con mis propios ojos.

*S'organizzò in un niente il mio sangue. / Con sferzate d'amore
/ la mia giovinezza lacerò l'oscurità, / e quasi abbagliato, / fui
sul punto di restare cieco. / Era così chiaro il mondo. / Erano
così chiare ormai tutte le cose. / Mi sarei ubriacato / di
chiarezza.*

*Gettai nell'abisso gli sporchi rimasugli / di quella oscurità. /
Le persone adulte s'infastidirono. / I miei professori mi getta-
rono dei libri / di testo autorizzati. / Ma io / difesi la mia*

He visto
muchas manos cortadas
clavando en tierra picos desnutridos.
Pobres ladrillos, sin cemento
apenas para mantenerse en pie,
creciendo sin descanso.
Casas pequeñas,
con ventanas desorbitadas
y portales oscuros,
hondos,
abiertos de hambre.
Tranvías quejumbrosos
que regresaban a casa encogidos,
con un jornal escaso en el bolsillo.
Tristes juguetes,
muñecos y muñecas
que se desangraban de serrín al andar.
Y he visto,
también,

montañas de luz hastiada,
torrentes de dinero,
largos coches oscuros,
bancos con puertas acorazadas,
fusiles,
esquinas vigiladas,
perfumes como lluvia,
risas sin nadie luciendo escotes enjoyados,
perfumes como lluvia,
digestiones difíciles,
mentiras decretadas,
inmensos desfiles de advertencia,
rascacielos de cartón pintado,
libros sin luz,
manos
de leche y traición ensortijadas,
dispuestas a firmar
cheques,

*testa con le mani, / pensando, / guardando fra le mie dita /
quel che succedeva nella strada. / Dopo lo vidi più da vicino /
e ormai sono inutili le corine / dei giornali. / L'ho toccato /
con i miei stessi occhi.*
*Ho visto / molte mani tagliate / piantare in terra sappe de-
nutrite. / Poveri mattoni, senza cemento / appena in grado
di tenersi in piedi, / crescere senza riposo. / Piccole case, /
con le finestre sbarate / e i portoni bui, / fondi, / aperti di
fame. / Tranvai lamentosi / che ritornavano a casa affollati, /*

*con una puga scarsa nella tasca. / Tristi giocattoli, / bambolotti
e bambole / che si vuotavano andando di segatura.*
*E ho visto, / anche, / montagne di luce fastidiosa, / torrenti
di denaro, / lunghe macchine scure, / banche con le porte
corazzate, / fucili, / angoli di strada vigilati, / risate da
poco luccicare su scollature ingioiellate, / profumi come piog-
gia, / digestioni difficili, / menzogne per decreto, / enormi
sfilate di pubblicità, / grattacieli di cartone colorato, / libri
senza luce, / mani / inanellate di latte e tradimento, / disposte*

órdenes de fusilamiento,
 despidos,
 deshaucios,
 condenas,
 destierros,
 poemas de amor a Dios y a los arcángeles...
 He visto tantas cosas
 que me quedaría ciego diciéndolas.
 Ahora,
 las escribo para todos.
 Y las declaro y firmo
 con mi puño y letras.

1 agosto 1958
 23 marzo 1959

*a firmare / cheques, / ordini di fucilazione, / licenziamenti,
 sfratti, / condanne, / esili, / poesie d'amore a Dio e agli
 arcangeli... / Ho visto tante cose / che diventerei cieco a
 dirle. / Adesso, / le scrivo per tutti. / E le dichiaro e firmo /
 di mio pugno e col mio nome.*

1 agosto 1958
 23 marzo 1959

Pueblo ayuno

LA MINA

ARMANDO LÓPEZ SALINAS

Edición de David Becerra Mayor



La huida

No esperes, campesino polvoriento,
después de tu sudor la luz completa
y el cielo parcelado en tus rodillas.

Pablo Neruda, «Canto XXXIV», *Canto General*¹

De pronto llegó el viento caliente. El viento espeso y polvoriento que azuzaba con su voz a las copas de los árboles. Los rayos del sol, que caían entre las ramas de los pinos, alfombraban con manchas amarillas los canchales de la serranía. La luz se deshacía sobre las montañas, sobre el bosquecillo, sobre los huertos del río Guadahortuna, y sobre los olivares, viñedos, jarales, tierras de labor de lo hondo del valle. El día andaba por los altos del cielo, era una mancha azul desde Parapanda a la Sierra de Lucena².

Luego el viento se detuvo y el calor parecía surgir desde la misma tierra. Los pájaros, que volaban con el aire, se abatieron sobre el jaral llevando en sus picos el grito del verano.

El sol daba en la cara del hombre que, sentado en un haz de leña, miraba hacia el valle. Ante sus ojos se extendían los campos ocres y polvorientos, el paisaje cultivado a retazos, las hileras de olivos y vi-

¹ En ninguna de las ediciones de *La mina* aparecen firmados los versos de Neruda con los que se abre cada uno de los tres capítulos de la novela. A partir del cotejo con la edición francesa, restituimos, en esta edición, la autoría de los versos.

² Los accidentes geográficos referidos –la Sierra de Lucena y de Parapanda, y el río Guadahortuna– delimitan el espacio narrativo en la provincia de Granada.

ñas que formaban largas calles. Joaquín conocía cada trozo de tierra, las trochas, cada piedra y cada viña. En su memoria de campesino los cultivos tenían un nombre familiar. La pinada de la piedra grande, los tomates junto al puente, los olivos de don Ramón, las viñas del llano. Los cuatro naranjos y los cuatro limoneros. El patatal del cabo, el maizal y el huerto del cura³. Aun cerrando los ojos podía contar cómo eran los campos, y cuál tierra era buena y cuál tierra era mala.

Al pie de la cordillera se apretaba el pueblo andaluz. Un pequeño lugar de casas de adobe, apiñadas, con una plaza en el centro. La aldea, desde lo alto, parecía estar abandonada, silenciosa, como muerta; aplastada por el sol de mediodía.

El hombre se puso en pie y se echó la carga de leña al hombro. Por un momento escuchó los ecos que rumoreaban con la voz de los pájaros, del viento y de los árboles. Atrochó por medio del bosquecillo en busca del camino ancho. Su andar, cargado como iba, se hacía fatigoso. Cuando sonaron las campanas se detuvo para escucharlas, contó las campanadas. «Ya son las doce», se dijo, y tornó a andar con paso vivo ya por el camino que descendía hasta el puente sobre el Guadahortuna y el lugar de Tero.

Todo estaba en silencio. Ni siquiera el rumor que venteaban las campanas podía turbar el hondo silencio del pueblo, el callar de la vida, toda aquella tranquilidad.

Por las márgenes del camino crecían los cardos y las zarzamoras. Junto a una mata, el hombre se detuvo a descansar. Echó la carga al suelo y, luego, se quitó el sombrero de paja con el que se cubría para llenarlo de moras. Por la ladera, cerca del llano, unos campesinos removían tierras y piedras. Tierra árida, estéril, la de Tero, era necesario quitar piedras y quemar monte del común para que los campesinos pudieran cultivar algo, pues la tierra, buena o mala, no era bastante para los hombres del pueblo y el amo. Eran gentes, las gentes de Tero, ligadas a la tierra tanto como puedan estarlo las piedras y las raíces de los olivos⁴.

³ La propiedad de la tierra se la reparten entre el cura, el cabo y el señor don Ramón. Mediante esta somera y escueta descripción, Armando López Salinas ofrece, de forma muy fidedigna, un retrato de cómo se configura la clase dominante española.

⁴ Resulta interesante observar el modo en que, en las primeras páginas, se refuerza la vinculación afectiva entre el campesino y la tierra. Si en párrafos anteriores se decía que Joaquín «aun cerrando los ojos podía contar cómo eran los campos», ahora se establece una relación de pertenencia natural entre el campesino y el campo. Parece como

Terminó de llenar el sombrero, se echó la carga a la espalda y de nuevo comenzó a andar. Llevaba la camisa rota y las alpargatas atadas al cuello por no desgastarlas.

Bajaba pensando en lo que había oído en la plaza la mañana del día anterior. Había alguien en el Villar que necesitaba jornaleros, daba cinco duros al día por que le trabajaran la finca. Por eso salió temprano, antes de que apuntara la mañana, y ahora regresaba con más de dos leguas de sierra a los pies.

El camino, que seguía la hondonada del río, antes de entrar en el pueblo, cruzaba por cima del puente de piedra por cuyo único ojo fluía, entre cantos rodados, un pequeño caudal de agua. Joaquín se tumbó junto a la orilla y acercó su cuerpo para hundir la cara en el agua, y beber despacio y hondo tal como lo hace una caballería.

Luego de beber se secó la cara con el revés de la mano y se calzó las alpargatas para entrar en el pueblo⁵.

*

Se paró en el centro de la plaza para mirar hacia la fachada del Ayuntamiento, blanquecina y brillante bajo la luz. Miró para las ventanas cerradas y el portón entornado. Más arriba quedaba la profundidad, próxima y remota a un tiempo, de un cielo habitualmente azul.

La plaza estaba desierta. Sólo el agudo canto de los gallos, y el vuelo de la cigüeña de la torre de la iglesia, cruzaban sobre el silencio de la Plaza del Caudillo⁶.

si el campesino formara con el campo un todo ontológico, arrastrando con esta concepción indivisible entre el trabajador y el medio de producción unos residuos ideológicos feudalizantes que no son sino consecuencia del retraso del campo español. La relación natural e indisoluble entre campo y campesino encuentra su motivación en la utilización del campesino, por parte de la clase dirigente, más como medio de producción en sí mismo que como trabajador «libre». El campo y el campesino están situados al mismo nivel, ya que ambos funcionan y son concebidos como medios de producción.

⁵ Con esta imagen, el campesino marca la existencia de dos espacios claramente delimitados: el de la naturaleza, donde se siente libre y camina descalzo, y el del pueblo, donde antes de entrar tiene que *civilizar* su aspecto y su conducta, calzándose las alpargatas.

⁶ La acción novelística se delimita temporalmente por medio de la onomástica callejera. Antes de llegar a este punto, la descripción atemporal del campo —que no es sino consecuencia del retraso de las zonas rurales de España— podía situarnos en cualquier época histórica. La referencia al Caudillo nos permite reconocer que estamos en tiempos posteriores a la Guerra Civil española. Por otra parte, vamos a iden-

«Es inútil que suba y hable con el secretario», se dijo Joaquín. «Seguro que no habrá trabajo, no hay nadie esperando. Se habrán ido a casa y, seguramente, es mejor que se hayan ido.»

Y Joaquín pensó que habría ocurrido lo de todos los días. Habría bajado Lucas, el capataz del amo, a contratar a dos o tres hombres, a los más fuertes. Los jornaleros, como siempre, sentados en los poyos de la plaza, habrían cambiado tabaco y algunas palabras de odio o de envidia entre los que tuvieron suerte y los que se quedaron esperando para nada. Unas palabras cansadas y lejanas hasta que al rato, desesperanzados, se irían con el mismo gesto inútil de todos los días retratado en sus caras, pero con un odio mayor y nuevo.

—¿Cuándo habrá trabajo? ¿Cuándo terminará esto de estar mano sobre mano? —preguntarían a Lucas.

El capataz se habría encogido de hombros y los campesinos, una vez más, se darían cuenta de lo inútil de su pregunta, porque pedir trabajo en Tero, o en los pueblos de alrededor, era como el pedir limosna a un fraile.

—No hay nada hoy —diría Lucas.

Joaquín dio vuelta para la fuente del centro de la plaza en la cual dos caballerías abrevaban. Los caballos azotaban el aire con sus colas; eran de corta alzada y duro pelaje.

—Hola, Joaquín. Buen día de calor.

Por un instante Joaquín no contestó, quedó mirando para el hombre viejo que tenía enfrente. Luego, al tiempo que se descargaba, dijo con desgana:

—Hola. ¿Han dao trabajo?

—Dieron algo —contestó el otro—. Bajó Lucas y se llevó a Francisco, al «Mellao» y al tío Crispín.

—¿Pa qué trabajo?

—Para un trabajo en la finca —dijo el Lucas.

—¡Qué calor! —exclamó Joaquín—. Por esos altos se estaba mejor, corría el aire. Fui por leña.

tificar a lo largo de la novela otras calles cuyos rótulos remiten a la simbología franquista. La presencia del nombre del fundador de Falange, José Antonio Primo de Rivera, o del general Moscardó, célebre para los franquistas por su defensa del Alcázar de Toledo durante la Guerra Civil, entre otros, demuestra que la onomástica callejera no fue un aspecto secundario durante la dictadura (De Riquer, 2010, p. 76).

Después, contempló al hombre; también el viejo quedaba en silencio. Era bajo y doblado de espina, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Tenía cejas gruesas y el pelo cano. Joaquín le miró a los ojos que se hundían entre las arrugas de la cara.

El viejo llevaba las mangas de la camisa de un color distinto al resto de la misma, los puños abotonados sobre las muñecas. Calzaba abarcas de goma, polvorientas. «Es el tío Emilico, el que tiene a los hijos por ahí, por Madrid», se dijo. Siempre que mira al viejo se acordaba de los hijos de éste. Dos mozos, Juanín y Jesús, que segaban como los buenos, dos hombres cabales que lo mismo trabajaban el campo, que iban tras un jabalí, que montaban a caballo. Altos como jaras crecidas, tenían un buen ver. De ordinario, al anochecer, se les veía en la plaza. Juanín bromeaba con las muchachas, y Jesús permanecía sentado en la alberca porque en pie renqueaba de la izquierda desde que se la baldaron a palos cuando se quiso echar al monte con la partida de los «granadinos»⁷.

—Le digo que uno no es malo aunque a veces le salte la sangre dentro del cuerpo. Cuando llega el tiempo uno trabaja para que el amo se lleve las olivas y las uvas, y luego no dan a ganar una perra nada en todo el año.

—Así es —contestó Emilico.

Joaquín movió la cabeza y luego miró para el viejo; éste continuó hablando.

—Ya sabes, hay gentes que van montados en el macho y otros que andan a pie. Los que van montados no se cansan y tienen la tripa llena, otros sufrimos de sol a sol y llevamos la hambre en la cara.

—Los que van en el macho no se ven hartos.

—Así es.

El sol reverberaba sobre el polvo de la plaza. Las caballerías habían dejado de azotar el aire con sus colas y golpeaban el suelo con los cascos, levantando pellas de polvo.

—Podíamos haber ido a segar a Castilla.

—Sí —contestó el campesino viejo—. No hubiera sido malo. Pero no hay cuatro mozos en Tero para coger la hoz. Yo iba con mis hijos pa tierras de Valladolid. Eran otros tiempos, al menos para mí.

El viejo calló para dar paso a los recuerdos. Le venía a la cabeza la imagen de un tiempo sin duda lejano. Un mar de trigo en el cual

⁷ Jesús formó parte del «maquis».

los segadores, doblado el espinazo, con el sombrero de paja a la cabeza y mordiéndose el pañuelo que llevaban por bajo del mismo para evitar la solanera, con brazo fuerte y rápido, la hoz en la mano derecha, la izquierda agarrada a las espigas, tajaban la mies a un palmo del suelo.

Pero la imagen, y cuanto tenía relación con aquel tiempo, era un recuerdo demasiado bueno, demasiado intemporal; quizá sólo era un sueño. Eran en verdad, los días aquellos, días en que los hombres se sienten alegres y ríen mirando el trabajo que espera, beben vino y dicen vamos allá. Y no se van de su mano en toda la jornada aunque los riñones duelan y el polvo de la paja se meta en la garganta⁸. Jesús, el hijo menor, tocaba la guitarra y cantaba los aires de la tierra que toda la cuadrilla de segadores acompañaba con palmas. Cuando cantaba Jesús daban ganas de revolcarse y morder la tierra, hacía daño su canto.

—Jesús cantaba más bien que Dios, te digo.

Calló un momento mientras daba una chupada al cigarro, luego añadió:

—Después que se fueron los hijos, aunque el hambre apretaba ya, no pude seguir la costumbre.

—Sí, es un trabajo duro.

De nuevo se arrastraba el viento. Parecía que todo el aire de la sierra llenara la plaza. Unas mujeres, con cántaras a la cintura, salieron de un callejón que desembocaba en la calle Mayor. Hablaban en voz alta y el viento, como si tuviera manos de hombre, les levantaba las faldas.

—¿Por qué no te vas de aquí, Joaquín? ¿Por qué no te vas? Te lo digo porque te tengo ley, de veras. Aquí no harás nada. Tero es un pueblo para los viejos, no para hombres con brazos fuertes. Yo ya soy viejo, y con un tomate, una cebolla y unas olivas tengo bastante. Tengo todo hecho y visto, pero tú tienes mujer joven y dos hijos.

⁸ La descripción que del pasado hace el viejo, donde destaca la luminosidad de ese «mar de trigo» y la «solanera», donde todavía era posible el trabajo y éste era interpretado en términos positivos, no de explotación, contrasta con la presente situación del campo que la novela describe. Pero, ¿a qué «tiempo lejano» se refiere el viejo? ¿Acaso a la República? ¿Está haciendo referencia a las virtudes de la reforma agraria republicana de 1932, que benefició al campesinado? No hay en la novela ningún indicio que explícitamente aclare esta cuestión, pero no resultaría en absoluto descabellado pensar que, en efecto, se refiere a los años republicanos.

Joaquín quedó en silencio como rumiando las palabras del otro hombre. Miró para las calles del pueblo, estrechas e intrincadas. Para las viejas casas caleadas donde había macetas de flores escarlata. Para el rumor de las calles donde los niños alborotaban. A las mujeres que, sentadas en la alberca, se saludaban y reían mientras esperaban a llenar sus cántaras. Tenían cabellos oscuros, ojos hundidos en sus caras tristes que se adentraban en el alma.

El olor dulzón del estiércol y la jara, las blancas casitas, el humo azul de las chimeneas, el berreo de las ovejas y cabras, el relincho de los mulos, las pisadas de las mujeres que iban a la fuente, el ladrar de algún perro; todo le parecía como hecho de su propia sangre.

—Es bien amargo abandonar lo que uno quiere, lo que uno conoce.

Toda la vida de Joaquín había transcurrido en Sierra Harana. Amaba a Tero, y a la llanura del valle donde el pueblo se asentaba, tanto como un hombre puede amar el hueco oscuro que le dio la vida.

Las casas, los huertos, los animales. Todos los ruidos familiares, y el sol y el viento, le hablaban desde dentro de su ser. Todas las gentes del pueblo eran amigas suyas. Les decía:

—Esta tierra es nuestra, nosotros la hemos hecho con nuestro trabajo. No hay que marcharse, hay trabajo para todos, porque es de todos la tierra⁹.

No podía, era algo superior a sus fuerzas, algo que le revolvía el cuerpo hasta ponerle mala sangre, el pensar en abandonar el pueblo. Llevaba más de dos meses pensando en ello desde que recibieron la carta que Lucía, la prima de Angustias, escribiera. La mujer no hacía más que machacar para que se marcharan a las minas. Y aunque él hacía oídos sordos, a veces le daba vueltas en la cabeza la idea de marchar y hoy era uno de esos días.

—Hay días —pensó en voz alta— que uno nota la amargura hasta en la comida y en los hijos. Poco a poco se le mete a uno la tristeza

⁹ La vinculación afectiva del campesinado con la tierra que pueblan y quisieran trabajar, exteriorizada por medio de la proposición «la tierra es nuestra», funciona como antesala de la reivindicación campesina revolucionaria de «la tierra es para quien la trabaja». En *La mina*, sin embargo, y porque el tema que aborda la novela es bien distinto, no llegamos a asistir a un trasvase entre la reivindicación afectiva de la tierra y la política.

en el cuerpo, crece dentro y nos come el cuerpo. Es difícil echar la tristeza fuera de uno. Es algo que llega despacio, pero una vez que te agarra no quiere irse.

El campesino viejo volvió a encender el cigarro y, luego, puso su mano, ancha y grande, sobre el hombro derecho de Joaquín.

—Vete —dijo—. ¿Sabes esos olivos de junto al río? Hace años eran míos; también fueron de mi padre. Ahora son del amo. Los tuve que vender cuando se llevaron a Jesús, tuve que untar desde el alguacil hasta qué se yo quién para que retrasaran el juicio. Yo a veces sueño que aún es mía esa tierra y voy a tentarla, y otras veces me dan ganas de hacer una barbaridad. ¡Vete, muchacho! ¡Vete! No andes cacareando como una gallina llueca. Vete, te digo.

Joaquín sintió en su cara la fogarada de hombría del tío Emilico. Le sabía capaz de pasar desde la indiferencia al odio más profundo, más desesperado. Sintió cómo le golpeaba la sangre en las venas con la intuición oscura de la vida y de la muerte. En las palabras del tío Emilico clamaba el pueblo, la protesta antigua de los hombres sin pan y sin tierra. Su voz tenía un significado, era como la proyección de todos sus sentimientos¹⁰.

—Sí, habrá que irse.

—Yo ya no puedo.

—Cuando se recoja la aceituna y tengamos dinero para el viaje, habrá que irse.

—Dinero, cochino dinero. Los hombres deben tener trabajo para poder comer.

—Sin dinero no se puede vivir. A mí no me parece que todos tengamos que ser pobres sólo por trabajar el campo y no ir a las fábricas. Yo creo que aquí, en Tero, se podía vivir.

—Cuando yo era joven —dijo el campesino viejo— ya me dolía el cuerpo de ver las tierras en baldío. Han pasado los años y ya me pinnan toas las canas y las tierras del amo casi siguen lo mismo. Aún no he trabajado una semana entera, quitando, claro, cuando la aceituna y las uvas.

¹⁰ Emilico, que ha conocido la República, pasa de la indiferencia al odio más desesperado al comprobar que lo que se había conseguido por medio de la lucha —esa «protesta antigua»— en el pasado fue borrado de un plumazo con la contrarrevolución agraria franquista, que devuelve el campo andaluz a la misma situación de pobreza e inactividad que lo había caracterizado antes de 1932.

Los dos hombres seguían a pie firme cerca de la fuente de cuatro caños. El viento había calmado e, inmóvil y cálido, se pegaba a la manta de polvo amarillo que cubría la plaza.

Joaquín, por quitarse el calor, metió la cabeza bajo uno de los caños y bebió un largo trago de agua. Luego hundió las manos en el abrevadero y jugó con ellas, dentro del agua, hasta que el frío las volvió insensibles, ajenas.

—Mi mujer dijo el otro día que es mejor afrontar las cosas de una vez, dice, dice que es mejor el marcharnos. ¿Quién sabe cuántas veces, aun sin querer, me lo habré dicho yo? Y cómo me gustaría decir, Angustias, tienes razón, vámonos. Pero si lo dijera, mentiría. Yo me esfuerzo, pero no es fácil el hacerse la idea, no lo es.

Joaquín tragó saliva, luego añadió vacilante:

—... es como cuando se echa una patata nueva y uno no sabe si agarrará.

—Sí, eso es lo malo —dijo despacio el tío Emilico, y añadió:

—Hace calor de veras.

En las sombras de la plaza algunas mujeres, sentadas en los bancos de piedra, esperaban Dios sabe qué. Por las calles, empedradas con cantos puntiagudos, corrteaban algunas ovejas esquiladas; sus cueros amarillentos, sucios, atraían a millares de moscas. Parecían personas desnudas.

El sol rompía contra las calles, se derramaba en redondeles, cuadrados y triángulos. Pesaba el ambiente caluroso, árido. Los gallos seguían cantando, flagelando el viento con su agudo canto.

Estaba sentada al otro lado del fuego. Las retamas estallaban y un humo denso se extendía por la cocina. La mujer, con el niño en brazos, atizaba el fuego con un fuelle. Las llamas, azuzadas por el aire, se alzaron por la campana de la chimenea hacia el agujero del techo. Después, la mujer echó unas patatas dentro de un pote de hierro renegrido.

—Hola, Angustias.

—Hola —contestó ella.

Era una mujer morena. De pelo tan negro como la aceituna negra, tirando desde las sienes y roscado en un moño sobre la nuca. La cara delgada, ojos pardos, nariz corta y fina, boca ancha y colorada. La piel cálida como el trigo candeal.

—Deja un momento, sujeta al niño.

Joaquín descargó el haz junto a la lumbre baja. Era un hombre de treinta y tantos años. Flaco y de hombros descarnados; de estatura regular. Se sentó en el poyete.

—Joaquín —dijo ella puesta en pie.

—¿Qué? —contestó éste mirándola.

Angustias era más bien baja, vestía una bata oscura, larga. «Como la de los santos», se dijo Joaquín. Miró a las piernas delgadas y derechas, a las alpargatas sucias de su mujer.

—¿Qué? —volvió a preguntar abstraído.

—Coge al niño un momento.

El hombre cogió al niño entre sus manos grandes. Le sentó sobre las rodillas y le acarició la cara torpemente al tiempo que le hacía muecas con los ojos y la lengua. El niño olía a madre, a leche tibia.

Ella sacó los pechos, que se le desparramaron, duros de leche y blandos de carne, sobre la bata negra. Tomó la mujer al niño, lo puso sobre el regazo, y el pequeño se colgó con ansia del pecho dando profundos sorbetes.

Joaquín miró a la madre para luego correr la mirada por las paredes calcaídas de la habitación que Angustias pintara cuando la fiesta. «Se da buena maña para pintar», se dijo. Sus ojos siguieron el dibujo azul del plato de la Cartuja que adornaba uno de los paramentos. «Lo compramos cuando fuimos a Granada, cuando casamos la Angustias y yo.» El ribete estaba desportillado. «Costó diez duros.»

La cocina era grande, tenía las paredes manchadas por el humo que suelta la jara al arder. Del techo colgaban las ristras de pimientos puestos a secar. Por la ventana y la puerta abierta se veía la calle. Al fondo de la cocina se abrían dos huecos sin puerta que daban a las habitaciones de dentro y al corral donde cantaban dos gallinas. En los días de hambre Joaquín había pensado en matarlas, pero ella, Angustias, dijo que no, que los huevos eran para la hija, que el médico había dicho que comiera huevos.

—¿Crees que este calor durará mucho? —preguntó Angustias a su marido.

Joaquín se encogió de hombros.

—¡Qué sé yo! A lo mejor llueve, falta hace. Aunque, la verdad, no sé qué nos va a ti y a mí el que llueva o no llueva.

Durante unos instantes permanecieron en silencio, mirándose. Mas en seguida habló Angustias.

—Toma unas aceitunas y un poco de pan, traerás hambre —dijo mientras apretaba al pequeño contra el pecho.

—¿Y la abuela? —preguntó Joaquín.

—Allí dentro estará —indicó con la mirada a las habitaciones de dentro—. Abuela, ya está Joaquín —gritó.

—¿Ya está? —preguntó una voz de mujer desde lo hondo de la oscuridad.

—Ya estoy —gritó Joaquín, la mirada vertida hacia las llamas, como vaciando todos sus pensamientos en el crepitar del fuego, en la fascinación de las llamas. Oía a la mujer vieja arrastrando los pies.

—¿Crees que durará mucho ese trabajo? —preguntó la abuela.

—Mucho —contestó Joaquín—, mucho —repitió.

—Estás preocupao, ¿verdá? Ese trabajo...

Angustias separó la cara suya de la cara del niño.

—Preocupao, preocupao... Preocuparse no sirve de nada —contestó Joaquín.

«El capataz dijo que llegaba tarde, que ya no había nada. Pero que si lo hacía más barato de tres duros para mí era el trabajo. Eso me dijo el muy cerdo, el hijo perra. ¡Maldita sea esta tierra podrida!»

—¿Durará mucho ese trabajo? —insistió Angustias repitiendo las mismas palabras de su madre—. ¿Crees que tendrás para todo el verano?

—¿Para el verano? —replicó Joaquín—. Si tuviera para hoy y mañana ya estaría contento.

«El muy cerdo, el hijo perra, mira que decirme si lo hacía más barato... ¡Maldita sea su estampa!»

—He vendido la leña que trajiste ayer; al cabo se la vendí, me dio dos duros.

Los pasos de la abuela se arrastraban por la cocina, iba a sentarse junto a la lumbre. Doblada, mirando mamar al nieto, parecía un montón de trapos viejos. Sólo los ojillos brillaban.

—Bueno, algo es algo, no hay que apurarse. Dios aprieta pero no ahoga —insistió de nuevo la mujer vieja—. Hay que tener paciencia, hijos.

—Ya estoy harto de tener paciencia, madre —contestó Joaquín.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Angustias a su marido.

Joaquín tenía la mirada perdida entre las rendijas del fuego, se llevó las manos a la cara y se tentó la barba.

—Nada, que ya he vuelto.

—¿Y qué? ¿Te lo dieron?

—No, no me lo dieron.

«Su cochina cara, se la debía de haber partido....»

—¿Por qué? —musitó Angustias con media voz.

—No lo sé. No me lo dieron, querían que lo hiciera más barato.

—Nos hacía falta —dijo Angustias como reprochándole.

—No —gritó Joaquín—. No. Muchos hombres habían ido a lo mismo y ninguno lo quiso hacer, me miraban como esperando que yo hiciera lo mismo, que me negara. ¿Por qué preguntas eso? ¿Por qué iba a ser yo? Yo no valgo para eso, ningún hombre valdría.

—Nos hacía falta —murmuró Angustias.

—Ya sé —Joaquín miró para el suelo.

—Tienes mala cara —dijo la mujer.

—Peor los hígados.

—Lo de siempre —dijo la abuela—, lo de siempre.

—No te necesito, dijo el capataz —comenzó a contar Joaquín—.

Los hombres decían que el amo del Villar es bueno, pero que anda siempre por Granada sin preocuparse de nada. El capataz contrató a dos muchachos. Los muchachos estaban allí y el capataz les preguntó qué querían. Dijeron que trabajo. Luego el mamón se reía; dijo, ya veis cómo hay gente a la que no se le arruga el ombligo, gente que quiere trabajar... ¡Decir eso! Yo y los demás nos marchamos por no acogerle. Cuando me encontré de vuelta pensé en volver y decir que sí, que por tres duros lo haría. Pero me pareció que se reiría de mí y entonces se me pondría mala sangre. Me vine para acá como muy cansao, como si tuviera piedras en las piernas. Cuando llegué a lo alto andaba como lelo; me dije: Joaquín, un hombre se tira peñas abajo y se acaba.

Angustias miró para Joaquín. Recordaba la voz esperanzada y alegre que a veces tenía. Ese grito suyo, distinto a todos los gritos, con el que azuzaba a las bestias. La alegría de Joaquín cuando ordeñaba los olivos.

—Toma unas patatas cocías —dijo la abuela—, tendrás hambre.

—No, no quiero nada. ¿Dónde está Angus? —preguntó Joaquín.

—Está a llevar agua a casa de don Ramón.

Joaquín calló, todos callaron, un silencio muy hondo llenaba la casa. La madre cambió al hijo al otro pecho.

—Anda, anda, tragón —dijo con una sonrisa—, no chupes tan fuerte, que te vas a atorar.

Ahora que llegaba el cansancio Joaquín pensaba en el viento que movía los árboles del monte. Era un viento duro y demasiado cálico. Parado delante de la ventana se imaginaba trabajando los campos pequeños de junto al río. Oía su propia voz gritando a las bestias, llamándolas por su nombre. Las caballerías, con la cabeza gacha, llevaban el rejo por derecho. Veía hincarse el arado, el hierro escupiendo la tierra, formando surcos igualmente derechos. Sus ojos no se apartaban del rejo¹¹.

—Hace falta que llueva, la tierra tiene grietas, se rompe —dijo en voz alta.

Y veía caer la lluvia parado como estaba delante de la ventana.

*

La niña alzó la cántara para ponerla bajo el caño de la fuente. Luego se sentó en el borde de piedra y balanceó las piernas. Se puso a escuchar el ruido que hacía el agua al chocar contra las paredes del cántaro, que eran de barro oscuro. Al otro lado de la fuente un perro pastor, con collar de púas, lamía el agua de una charca.

—¡Ven! —dijo la niña al perro—. ¡Ven!

El perro levantó la cabeza para mirar a la pequeña, meneó la cola y de nuevo hundió el hocico en el charco.

—¡Ven, te digo!

El animal dio vuelta a la fuente y achuchó con su hocico frío a las piernas de la niña. Ésta alegró los ojos y la boca al tiempo que hundía sus pies descalzados entre el suave pelaje del bicho.

—¡Estate quieto, perro! Me haces risa en los pies. Que me vas a pinchar con la collara...

La pequeña se puso en pie; era menuda. Tenía unos ojos grandes y tristes que le comían la cara. Renegrida, de pocas carnes, con piernas tan delgadillas que las cañas parecían estar a flor de piel. El pelo le caía sobre los hombros.

¹¹ Por medio de la evocación de sus pensamientos, Joaquín se muestra ante el lector como un personaje que, lejos de lo que afirma la crítica, ni carece de profundidad ni es en absoluto plano. Joaquín tiene sueños, esperanzas, deseos que cumplir e incluso se imagina a sí mismo siendo quien ahora no puede ser. Pero sus sueños son sueños de campesino. Sin embargo, su condición campesina no le resta ni un ápice de complejidad al personaje, sino que más bien nos recuerda que no todos los hombres tienen los mismos sueños ni los mismos miedos (Gopegui, 2007, pp. 22-24).

Las afueras

Luis Goytisolo

Nace en Barcelona el 17 de marzo de 1935. Vive la Guerra Civil en un pueblo de la alta montaña, en donde se fijan sus primeros recuerdos. A los 11 años escribe su primera obra: una novela inspirada en las aventuras de Flash Gordon, que deja inacabada. De los 13 a los 16 años escribe poesía. En 1953 ingresa en la Facultad de Derecho, carrera que dejará inconclusa. De 1955 a 1959 desarrolla actividades políticas clandestinas dentro del ámbito universitario.

En 1957 publica su primer relato, CLAUDIA. En 1958 gana el premio Biblioteca Breve, con LAS AFUERAS. En 1960, como consecuencia de sus actividades políticas, es detenido y confinado durante cuatro meses en la prisión de Carabanchel, Madrid. A su salida debe curarse de una afección tuberculosa.

En 1963 inicia la redacción de RECUENTO, primer libro de la tetralogía "ANTAGONIA", a la que pertenecen LOS VERDES DE MAYO HASTA EL MAR y LA COLERA DE AQUILES.

Obras:

CLAUDIA (1957)
LAS AFUERAS (1958)
LAS MISMAS PALABRAS (1962)
OJOS, CÍRCULOS, BÚHOS, fábulas (1970)
RECUENTO (1973)
DEVORACIONES, fábulas (1976)
LOS VERDES DE MAYO HASTA EL MAR (1976)
LA COLERA DE AQUILES (1979)

I

Durante cierto trecho no era posible ver de la casa más que aquella torre asomando sobre los árboles del jardín, envuelta en viña virgen. Luego el camino doblaba en ángulo recto por el rastrojo y entonces aparecía el edificio entero. Quedaba a media colina, destacándose por encima de las dependencias, de los establos, cobertizos dorados y calientes al sol del mediodía. Era una construcción ochocentista, mezcla de masía y villa de recreo. Desde allí, desde el rastrojo, ofrecía el aspecto de siempre. Sólo que ahora la chimenea no humeaba ni se oían voces ni ladridos y no había ropa blanca secándose al viento en los alambres tendidos sobre el pretil de la era.

Cuando Víctor apareció por el camino, unas cuantas golondrinas se desprendieron de los cables eléctricos y, al instante, como haciendo eco, otra nube de pájaros se alzó de las higueras con piar espantado. El portal estaba cerrado y las ventanas fulguraban al sol blanquecino. Aún allí podía escucharse el canto de las cigarras, monótono y constante como una emanación del rastrojo seco, de las colinas quietas y borrosas.

Se quitó la corbata y la dejó con la americana y el maletín en los peldaños del portal. Luego siguió por la era, caminando despacio. Miraba los corrales ruinosos, los postes de los almiarres con un cazo en la punta y un mechón de paja a media altura, el estanque de aguas sombrías proyectando reflejos huidizos en los blancos muros

Sobrecubierta
Depares & Ortiz

Copyright © 1958 y 1979, Luis Goytisolo

Editorial Argos Vergara, S. A.
Aragón, 390, Barcelona-13 (España)

ISBN: 84-7017-699-4

Depósito Legal: B-22.886-1979

Impreso en España - Printed in Spain

Impreso por Publicaciones Reunidas, S. A.,
Alfonso XII, s/n. Badalona (Barcelona)

del establo... El gallinero estaba vacío, salpicado de excrementos secos y sucios como grumos de serrín. Un soplo de aire agitaba los alambres arrastrando hasta allí el tibio aroma de las higueras.

Se metió en el cobertizo y encendió un cigarrillo al abrigo del viento. El lugar era oscuro y olía a forraje seco, a ladrillo caliente. Las avispas zumbaban entre las tejas. Poco a poco, en la penumbra se fueron precisando un altillo de madera, un pesebre carcomido, una rueda de carro sobre la paja pisoteada del suelo. Apagó la cerilla y la dejó caer, todavía humeando. Fue entonces cuando a su espalda sonaron unos pasos, ligeros y breves, apenas perceptibles.

Una niña le miraba desde la entrada. Iba descalza y tenía los cabellos lacios y rubios, casi blancos al sol polvoriento. Le miraba en silencio, lamiéndose los nudillos.

-Hola -dijo Víctor-. ¿No te acuerdas de mí?

Avanzó unos pasos. La niña se recostó contra el muro y sonrió, afirmando con la cabeza. Los ojos le relucían, casi cubiertos por el espeso flequillo.

-¿Cómo me llamo? Dilo... Vamos, que no te acuerdas. Yo, en cambio, sé que te llamas Dina. Me acuerdo de ti. ¿Lo ves? Y de tus padres y de tu abuelo.

La niña se encogió de hombros sin dejar de sonreír. Vestía un traje desteñido, casi transparente a fuerza de lavadas. Víctor le preguntó por su padre: "¿Dónde está?", dijo.

-No está -dijo ella.

Habló muy bajo, como para sí misma.

-¿No está? ¿Ha salido?

Y ella volvió a encogerse de hombros. Sonreía. Víctor dijo: "¿Y tu madre?" Y entonces ella extendió el brazo en un gesto vago.

-Allí.

"Vamos", dijo Víctor. La casa de los aparceros quedaba en la vertiente opuesta, a poco más de cien metros, oculta por las encinas. Un camino de carro se alargaba hasta allí, partiendo de los corrales, como una prolonga-

ción de la era. Las encinas se cerraban sobre el camino veteándolo de sombras movedizas. Por entre las hojas, el sol se filtraba en destellos cegadores. "¿Me dejas pasar con vosotros una temporada?", decía Víctor. La niña le precedía unos pasos con su andar leve y ligero, sin ruido, como el de un perro. Ahora volvía a escucharse el rac-rac de las cigarras sonando por todas partes.

La masía apareció cuando doblaron el recodo, al extremo del camino. De entre las encinas salió una mujer con un haz de leña bajo el brazo. Les aguardó a un lado del camino.

-¡Señorito Víctor! -dijo-. Cuánto tiempo...

Cambió los leños de brazo, descansándolos en la cadera y se pasó la mano derecha por el delantal antes de tendérsela a Víctor.

-¿Qué hay, Claudina? -dijo Víctor-. ¿Cómo vamos?

La mujer aún debía ser joven aunque fuera difícil asegurarlo. Tenía el físico estropeado, la cara seca, las manos fuertes y ásperas, de campesino. Reía, pero sólo con la boca. "¿Y su señora?", preguntaba. Movía la cara a uno y otro lado, esquivando un cambiante rayo de sol.

-Bien -dijo Víctor-. Pero esta vez he venido yo solo. Comeré con ustedes y puedo dormir en cualquier habitación del piso bajo, en casa. Verá cómo apenas doy quehacer, Claudina... Sé arreglarme la cama.

-¡Oh, no! -dijo ella-. Dina le llevará la comida. Nosotras no estamos aquí de adorno.

El cabello lacio y negro le caía sobre la cara y ella lo recogía con gesto nervioso y veloz, como el de quien agarrara un objeto al vuelo.

-Nada, que no, que estoy decidido, que lo prefiero, de verdad -dijo Víctor-. Permítame...

Hizo ademán de cargar con el haz. Claudina se apartó. "¡Oh, no! No faltaría más..." Víctor rió.

-Me está haciendo sentir con más años de los que tengo -dijo.

Caminaron hacia la masía. Sentado a la puerta había un viejo, en una silla con asiento de anea. Dos perros sal-

taron ladrando. Las gallinas corrían asustadas.

—¿Y Ciriac? ¿Y su padre? —preguntaba Víctor, alzando la voz para sobreponerse a los ladridos.

—¡Callad! —gritó Claudina a los perros—. ¿Mi padre? Ya lo ve, como siempre. De esta silla a la mesa, de la mesa a la silla, de la silla a la cama... No se entera de nada.

El viejo descansaba las manos en un bastón y la barbillas en las manos, algo inclinado hacia adelante. Al verles, pareció que asomara un reflejo a sus ojos apagados. Hizo como si fuera a incorporarse.

—¡No se levante, por favor! —dijo Víctor adelantándose—. Usted siempre tan valiente, ¿eh, Domingo?

—Le ha conocido —decía Claudina a su espalda—. Pues mire que es bien raro...

Ahora los perros gemían y olfateaban, aplastándose sumisos. Agachada entre los dos, Dina les abrazaba el cuello, les decía cosas en voz baja, mirando a Víctor a hurtadillas. El viejo sonreía; murmuró algo roncamente.

—Dice que conoció a su padre, a don Augusto. Que de niños habían jugado juntos.

El viejo asentía con la cabeza, los ojos divagadores. Habló de nuevo. "Juntos", se le entendió. Claudina dijo:

—Nosotros ya pensábamos que se habían olvidado de la finca; como no venían nunca... Preguntábamos al administrador. Están en Barcelona, están en Sitges, nos decía. Nunca en La Mata.

—Entonces no se queje si ahora me quedo una buena temporada —rió Víctor. Consultó el reloj—. Bien, es tarde ¿no? Voy a cambiarme en un momento. Si el almuerzo está listo antes de que yo vuelva, empiecen sin mí. No me importa comer solo.

—No sé si le gustará el almuerzo, señorito. De haber avisado... Ya sabe lo que comemos.

—¡Oh, me gusta mucho!, no se preocupe. Si cuando niño me escapaba a comer con los jornaleros... Pregúntelo a su padre —dijo al marchar.

Y Claudina dijo:

—¿Quiere que le ayude a bajar las cosas del coche? —Trabajo le costaría —gritó Víctor por encima del hombro—. He venido en tren.

—¿En tren?, dijo Claudina. Y eso mismo era lo que muchos comentaban en el pueblo. ¿Por qué? ¿Por qué en tren? Apenas se hablaba de otra cosa. —¿Por qué venir en tren teniendo coche?, decían. La Mata quedaba a más de una hora del pueblo y hasta allí, desde el ferrocarril de la costa, había otra media hora en autocar. La combinación era buena para los pobres pero ¿por qué utilizarla teniendo coche?

Aunque La Mata ya no contaba para el pueblo como antes, seguía siendo La Mata y aún ahora, la gente continuaba utilizándola como término de comparación siempre que se quería expresar la magnitud de alguna cosa: "Es casi tan grande como La Mata", decían y se consideraban afectados por cuanto en ella ocurriese. Además, todos conocían a Víctor y cualquiera que pasase de su edad, recordaba también a don Augusto. Pocos eran los viejos que no pudiesen decir: "Trabajé allí, labré aquella tierra en tiempos de don Augusto." Y cuando Víctor era niño, sus únicos compañeros de juego fueron los niños del pueblo. Entonces no había escuela y los niños podían pasarse el día jugando. Guerrebaban, plantaban maíz y legumbres en los claros del bosque, pequeños huertos rigurosamente cuidados, se bañaban en las balsas, se iban al campo con los jornaleros haciendo como que ayudaban y bebían del porrón y comían zanahorias tumbados en los márgenes. Luego don Augusto metió a Víctor en un internado de Barcelona y, a partir de entonces, los demás chicos le vieron cada vez con menor frecuencia. —¡Ah!, don Augusto —decían los viejos—. Don Augusto era un señor de verdad." Pero un día don Augusto también se fue y ya no volvió. Al acabar la guerra, la gente del pueblo supo que había muerto meses atrás en San Rafael, Francia, lugar que nadie conocía y que con el tiempo llegaron a confundir. "Murió en San Adrián", acababan diciendo.

Y La Mata nunca volvió a ser lo que fue en otros

tiempos. De las tierras en las que habían trabajado más de veinte jornaleros, ahora se ocupaba una sola familia, más en calidad de guarda que de otra cosa y el bosque y las zarzas fueron invadiendo los sembrados. Antes de casarse, Víctor hizo pequeñas reformas en la casa, como instalar un cuarto de baño color azul humo y modernizar la cocina. Pero contra lo que en un principio pudo esperarse de todo esto, una vez casado sólo se acercó a La Mata muy de tarde en tarde. Eran visitas breves durante las cuales apenas se dejó ver por el pueblo. La gente decía que el negocio en que trabajaba era de su mujer, que casi todo era de su mujer, pues don Augusto había perdido mucho dinero en los últimos años. Y los viejos movían las cabezas, suspiraban. Ellos siempre lo dijeron ah, si don Augusto les hubiese hecho caso... Mala tierra La Mata, mala tierra, estaba claro que no podía rendir. Ahora el bosque se la comía y sólo en otoño la gente se llegaba hasta allí buscando setas, cazando.

Al cabo de un tiempo empezó a decirse que Víctor y su mujer se llevaban mal. En realidad, todo se basaba en chismorreos, problemáticas historias difundidas por las chicas de servicio que el matrimonio se llevaba en su cada vez más espaciadas visitas a la finca. Lo único cierto era que no tenían hijos. También era verdad que cuando se les veía juntos no daban la sensación de tratarse con particulares mimos, pero esto nada significaba ya que tales ocasiones fueron contadas, las pocas veces en que pararon en el pueblo a comprar algo. Ella era rubia, fina y altiva más que guapa. Se paseaba por la tienda con las manos en los bolsillos del abrigo, mirando los artículos, nunca a la gente. "Póngame esto y esto", decía. Víctor la seguía, pagaba, le abría la puerta y, al salir, contestaba al saludo general con aquel mirar agradecido, como el de quien debe algo. Ahora había pasado ya mucho tiempo desde la última vez que estuvieron en La Mata; nadie recordaba exactamente cuándo. Por esto era raro que, cuando al fin volviese, lo hiciera solo y de aquella forma. Y en el pueblo la gente comentaba: "¿Por qué venir solo y en tren si

está casado y tiene coche?"

Era la época de la vendimia y en la estación había gente del pueblo facturando cajas de uva. Así es que le vieron aún antes de que saltase al andén, todavía parado en la plataforma de un vagón de tercera, mientras la locomotora se detenía poco a poco entre silbidos y chirriar de frenos. Parecía más flaco, envejecido, el cabello se le agrisaba en las sienes. Pero, ¿qué había de raro en esto? Los años pasan hasta para los señores. Era él, no cabía duda. "Ha vuelto a La Mata —comentarian después—. Llegó esta mañana y no traía más equipaje que un maletín de lona."

Fue uno de los últimos en salir de la estación. Cuando atravesaba la sala de espera le vieron hacerse a un lado para dejar paso a unos cuantos jóvenes que corrían hacia la taquilla atropellándose mutuamente. Una vez fuera, caminó pegado a la valla que separaba la calle del ferrocarril. La calzada se alargaba metida entre aquella valla y una soleada hilera de casas blancas. La valla estaba pintada de gris y los listones proyectaban su minucioso rayado sobre los adoquines. Por entre los listones se veía el mar, azul y tranquilo tras la vía férrea, tras la playa blanca y desierta. El tren se puso nuevamente en marcha y el silbar del vapor y el girar de las ruedas apagaron los demás sonidos. Pasó atronador y oscuro a lo largo de la valla, vagón tras vagón, cada vez más rápido. Unos revueltos jirones de humo quedaron sobre la calle, ensombreciéndola, para luego desaparecerse como el vuelo de un pájaro. Y poco a poco, según el tren se alejaba, volvieron los sonidos familiares, una voz, el timbre de una bicicleta, el romper de las olas en la playa. Hacía buen sol y las gaviotas chillaban arremolinadas sobre la espuma. La playa era de arena muy fina y entre las pequeñas dunas crecían pitas y hierbajos. Junto a un bote volcado, dos perros se olfateaban excitadamente.

Los autocares aparcaban cerca de la estación, en una explanada vasta y polvorienta. El coche era grandote, desvencijado, parecía un dirigible. Cuando Víctor llegó ya estaba casi lleno, listo para marchar. Un chico disponía

Biografía

Ana María Matute (Barcelona, 1925-2014) ha cosechado los premios literarios más prestigiosos por su obra, entre la que figuran las novelas *Los Abel* (finalista del Premio Nadal 1947), *Fiesta al Noroeste* (Premio Café Gijón 1952), *Pequeño teatro* (Premio Planeta 1954), *Los hijos muertos* (Premio de la Crítica 1958 y Premio Nacional de Literatura 1959), *Primera memoria* (Premio Nadal 1959), *Los soldados lloran de noche* (Premio Fastenrath de la Real Academia Española 1962), *La trampa* (1969), *La torre vigía* (1971), *Olvidado rey Gudú* (1996), *Aranmanoth* (2000) y *Paraíso inhabitado* (2008). También es autora de cuentos infantiles y de varios libros de relatos reunidos en el volumen *La puerta de la luna* (2010). Miembro de la Real Academia Española y de la Hispanic Society of America, en 2007 fue galardonada con el Premio Nacional de las Letras por el conjunto de su obra y, en 2010, con el Premio Cervantes.

ANA MARÍA MATUTE

PRIMERA MEMORIA

Premio Nadal 1959

AUSTRAL



DESTINO

Mi abuela tenía el pelo blanco, en una ola encrespada sobre la frente, que le daba cierto aire colérico. Llevaba casi siempre un bastoncillo de bambú con puño de oro, que no le hacía ninguna falta, porque era firme como un caballo. Repasando antiguas fotografías creo descubrir en aquella cara espesa, maciza y blanca, en aquellos ojos grises bordeados por un círculo ahumado, un resplandor de Borja y aun de mí. Supongo que Borja heredó su gallardía, su falta absoluta de piedad. Yo, tal vez, esta gran tristeza.

Las manos de mi abuela, huesudas y de nudillos salientes, no carentes de belleza, estaban salpicadas de manchas color café. En el índice y anular de la derecha le bailaban dos enormes brillantes sucios. Después de las comidas arrastraba su mecedora hasta la ventana de su gabinete (la caligine, el viento abrasador y húmedo desgarrándose en las pitas, o empujando las hojas castañas bajo los almendros; las hinchadas nubes de plomo borrando el brillo verde del mar). Y desde allí, con sus viejos prismáticos de teatro incrustados de zafiros falsos, escudriñaba las casas blancas del declive, donde habitaban los colonos; o acechaba el mar, por donde no pasaba ningún barco, por donde no

aparecía ningún rastro de aquel horror que oíamos de labios de Antonia, el ama de llaves. («Dicen que en el otro lado están matando familias enteras, que fusilan a los frailes y les sacan los ojos... y que a otros los echan en una balsa de aceite hirviendo... ¡Dios tenga piedad de ellos!») Sin perder su aire conmovido, con los ojos aún más juntos, como dos hermanos confiándose oscuros secretos, mi abuela oía las morbosas explicaciones. Y seguíamos los cuatro —ella, tía Emilia, mi primo Borja y yo—, empapados de calor, aburrimiento y soledad, ansiosos de unas noticias que no acababan de ser decisivas —la guerra había empezado apenas hacía mes y medio—, en el silencio de aquel rincón de la isla, en el perdido punto en el mundo que era la casa de la abuela. La hora de la siesta era quizá la de más calma y a un tiempo más cargada del día. Oíamos el crujido de la mecedora en el gabinete de la abuela, la imaginábamos espionando el ir y venir de las mujeres del declive, con el parpadeo de un sol gris en los enormes solitarios de sus dedos. A menudo le oíamos decir que estaba arruinada, y al decirlo, metiéndose en la boca alguno de los infinitos comprimidos que se alineaban en frasquitos marrones sobre su cómoda, se marcaban más profundamente las sombras bajo sus ojos, y las pupilas se le cubrían de un gelatinoso cansancio. Parecía un Buda apaleado.

Recuerdo el maquinaal movimiento de Borja, precipitándose cada vez que el bastoncillo de bambú resbalaba de la pared y se caía al suelo. Sus manos largas y morenas, con los nudillos más anchos —como la abuela—, se tendían hacia él (única travesura, única protesta, en la exasperante quietud de la hora de la siesta sin siesta). Borja se precipitaba puntual, con

rutina de niño bien educado, hacia el bastoncillo rebelde, y lo volvía a apoyar contra la pared, la mecedora o las rodillas de la abuela. En estas ocasiones en que permanecíamos los cuatro reunidos en el gabinete —la tía, mi primo y yo como en audiencia—, la única que hablaba, con tono monocrorde, era la abuela. Creo que nadie escuchaba lo que decía, embebido cada uno en sí mismo o en el tedio. Yo espiaba la señal de Borja, que marcaba el momento oportuno para escapar. Con frecuencia, tía Emilia bostezaba, pero sus bostezos eran de boca cerrada: sólo se advertían en la fuerte contracción de sus anchas mandíbulas, de blancura lechosa, y en las súbitas lágrimas que invadían sus ojillos de párpados rosados. Las aletas de su nariz se dilataban, y casi se podía oír el crujido de sus dientes, fuertemente apretados para que no se abriera la boca de par en par, como a las mujeres del declive. Decía, de cuando en cuando: «Sí, mamá. No, mamá. Como tú quieras, mamá». Ésa era mi única distracción, mientras esperaba impaciente el gesto levísimo de las cejas de Borja, con que se iniciaba nuestra marcha.

Borja tenía quince años y yo catorce, y estábamos allí a la fuerza. Nos aburríamos y nos exasperábamos a partes iguales, en medio de la calma aceitosa, de la hipócrita paz de la isla. Nuestras vacaciones se vieron sorprendidas por una guerra que aparecía fantasmal, lejana y próxima a un tiempo, quizá más temida por invisible. No sé si Borja odiaba a la abuela, pero sabía fingir muy bien delante de ella. Supongo que desde muy niño alguien le inculcó el disimulo como una necesidad. Era dulce y suave en su presencia, y conocía muy bien el significado de las palabras

«herencia», «dinero», «tierras». Era dulce y suave, digo, cuando le convenía aparecer así ante determinadas personas mayores. Pero nunca vi redomado pillo, embustero, traidor, mayor que él; ni, tampoco, otra más triste criatura. Fingía inocencia y pureza, gallardía, delante de la abuela, cuando, en verdad —oh, Borja, tal vez ahora empiezo a quererte—, era un impío, débil y soberbio pedazo de hombre.

No creo que yo fuera mejor que él. Pero no desaprovechaba ocasión para demostrar a mi abuela que estaba allí contra mi voluntad. Y quien no haya sido, desde los nueve a los catorce años, atraído y llevado de un lugar a otro, de unas a otras manos, como un objeto, no podrá entender mi desamor y rebeldía de aquel tiempo. Además, nunca esperé nada de mi abuela: soporté su trato helado, sus frases hechas, sus oraciones a un Dios de su exclusiva invención y pertenencia, y alguna caricia indiferente, como indiferentes fueron también sus castigos. Sus manos manchadas de rosa y marrón se posaban protectoras en mi cabeza, mientras hablaba, entre suspiros, de mi corrompido padre («ideas infernales, hechos nefastos») y mi desventurada madre («Gracias a Dios, en Gloria está»), con las dos viejas gatas de Son Lluch, las tardes en que éstas llegaban en su tartana a nuestra casa. (Grandes sombreros llenos de flores y frutas mustias, como desperdicios, donde sólo faltaba una nube de moscas zumbando.)

Fui entonces —decía ella— la discípula y mal aconsejada criatura, expulsada de Nuestra Señora de los Ángeles por haber dado una patada a la subdirectora; maleada por un desvanecido y zozobranante clima familiar; víctima de un padre descastado que, al enviudar, me arrinconó en manos de una vieja sirvienta.

Fui —continuaba, ante la malévola atención de las de Son Lluch— embrutecida por los tres años que pasé con aquella pobre mujer en una finca de mi padre, hipotecada, con la casa medio caída a pedazos. Viví, pues, rodeada de montañas y bosques salvajes, de gentes ignorantes y sombrías, lejos de todo amor y protección. (Al llegar aquí, mi abuela, me acariciaba.)

—Te domaremos —me dijo, apenas llegué a la isla. Tenía doce años, y por primera vez comprendí que me quedaría allí para siempre. Mi madre murió cuatro años atrás y Mauricia (la vieja aya que me cuidaba) estaba impedida por una enfermedad. Mi abuela se hacía cargo definitivamente de mí, estaba visto.

El día que llegué a la isla, hacía mucho viento en la ciudad. Unos rótulos medio desprendidos tableaban sobre las puertas de las tiendas. Me llevó la abuela a un hotel oscuro, que olía a humedad y lejía. Mi habitación daba a un pequeño patio, por un lado, y, por el otro, a un callejón, tras cuya embocadura se divisaba un paseo donde se mecían las palmeras sobre un pedazo de mar plomizo. La cama de hierro forjado, muy complicada, me amedrentó como un animal desconocido. La abuela dormía en la habitación contigua, y de madrugada me desperté sobresaltada —como me ocurría a menudo— y busqué, tanteando, con el brazo extendido, el interruptor de la luz de la mesilla. Recuerdo bien el frío de la pared estucada, y la pantalla rosa de la lámpara. Me estuve muy quieta, sentada en la cama, mirando recelosa alrededor, asombrada del retorcido mechón de mi propio cabello, que resaltaba oscuramente contra mi hombro. Habituándome a la penumbra, localicé, uno a uno,

los desconchados de la pared, las grandes manchas del techo, y sobre todo, las sombras enzarzadas de la cama, como serpientes, dragones o misteriosas figuras que apenas me atrevía a mirar. Incliné el cuerpo cuanto pude hacia la mesilla, para coger el vaso de agua, y entonces, en el vértice de la pared, descubrí una hilera de hormigas que trepaba por el muro. Solté el vaso, que se rompió al caer, y me hundí de nuevo entre las sábanas, tapándome la cabeza. No me decidía a sacar ni una mano, y así estuve mucho rato, mordiéndome los labios y tratando de ahuyentar las despreciables lágrimas. Me parece que tuve miedo. Acaso pensé que estaba completamente sola, y como buscando algo que no sabía. Procuré trasladar mi pensamiento, hacer correr mi imaginación como un pequeño tren por bosques y lugares desconocidos, llevarla hasta Mauricio y aferrarme a imágenes cotidianas (las manzanas que Mauri colocaba cuidadosamente sobre las maderas, en el sobrado de la casa, y su aroma que lo invadía todo, hasta el punto de que, tonta de mí, acerqué la nariz a las paredes por si se habían impregnado de aquel perfume). Y me dije, desolada: «Estarán ya amarillas y arrugadas, yo no he comido ninguna». Porque aquella misma noche Mauricio empezó a encontrarse mal, y ya no se pudo levantar de la cama, y mandó escribir a la abuela —oh, ¿por qué, por qué había pasado?—. Procuré llevar el pequeño carro de mis recuerdos hacia las varas de oro, en el huerto, o a las ramas de tonos verdes, resplandecientes en el fondo de las charcas. (A una charca, en particular, sobre la que brillaba un enjambre de mosquitos, verdes también, junto a la que oía cómo me buscaban, sin contestar a sus llamadas, porque aquel día fue la abuela a buscarme —vi el pol-

vo que levantaba el coche en la lejana carretera—, para llevarme con ella a la isla.) Y recordé las manchas castañas de las islas sobre el azul pálido de mis mapas —queridísimo Atlas—. De pronto, la cama y sus retorcidas sombras en la pared, hacia las que caminaban las hormigas, de pronto —me dije—, la cama estaba enclavada en la isla amarilla y verde, rodeada por todas partes de un azul desvaído. Y la sombra forjada, detrás de mi cabeza —la cama estaba casi a un palmo del muro—, me daba una sensación de gran inseguridad. Menos mal que llevé conmigo, escondido entre el jersey y el pecho, mi Pequeño Negro de trapo —Gorogó, Deshollinador—, y lo tenía allí, debajo de la almohada. Entonces comprendí que había perdido algo: olvidé en las montañas, en la enorme y destartalada casa, mi teatrillo de cartón. (Cerré los ojos y vi las decoraciones de papeles transparentes, con cielos y ventanas azules, amarillos, rosados, y aquellas letras negras en el dorso: «El Teatro de los Niños, Seix y Barral, clave telegráfica: Arapil. Al primer telar, número 3»... *La estrella de los Reyes Magos, El alma de las ruinas*, y el misterio enorme y menudo de las pequeñas ventanas transparentes. Oh, cómo deseé de nuevo que fuera posible meterse allí, atravesar los pedacitos de papel, y huir a través de sus falsos cristales de caramelo. Ah, sí, y mis álbumes y mis libros: *Kay y Gerda, en su jardín sobre el tejado, La Joven Sirena abrazada a la estatua, Los Once Príncipes Cisnes*. Y sentí una rabia sorda contra mí misma. Y contra la abuela, porque nadie me recordó eso, y ya no lo tenía. Perdido, perdido, igual que los saltamontes verdes, que las manzanas de octubre, que el viento en la negra chimenea. Y, sobre todo, no recordaba siquiera en qué armario

guardé el teatro; sólo Mauricio lo sabía.) No me dormí y vi amanecer, por vez primera en mi vida, a través de las rendijas de la persiana.

La abuela me llevó al pueblo, a su casa. Qué gran sorpresa cuando desperté con el sol y me fui, descalza, aún con un tibio sueño prendido en los párpados, hacia la ventana. Cortinas rayadas de azul y blanco, y allá abajo el declive. (Días de oro, nunca repetidos, el velo del sol prendido entre los troncos negros de los almendros, abajo, precipitadamente hacia el mar.) Gran sorpresa, el declive. No lo sospechaba, detrás de la casa, de los muros del jardín descuidado, con sus oscuros cerezos y su higuera de brazos plateados. Quizá no lo supe entonces, pero la sorpresa del declive fue punzante y unida al presentimiento de un gran bien y de un dolor unidos. Luego me llevaron otra vez a la ciudad, y me internaron en Nuestra Señora de los Ángeles. Sin saber por qué ni cómo, allí me sentí malévol y rebelde; como si se me hubiera clavado en el corazón el cristalito que también transformó, en una mañana, al pequeño Kay. Y sentía un gran placer en eso, y en esconder (junto con mis recuerdos y mi vago, confuso amor por un tiempo perdido) todo lo que pudiera mostrar debilidad, o al menos me lo pareciese. Nunca lloré.

Durante las primeras vacaciones jugué poco con Borja. Me tacharon de hosca y cerril, como venida de un mundo campesino, y aseguraron que cambiarían mi carácter. Año y medio más tarde, apenas amaneció la primavera —catorce años recién cumplidos—, me expulsaron, con gran escándalo y consternación, de Nuestra Señora de los Ángeles.

En casa de la abuela, hubo frialdad y promesas de

grandes correcciones. Por primera vez, si no la simpatía, me gané la oculta admiración de Borja, que me admitió en su compañía y confidencias.

En plenas vacaciones estalló la guerra. Tía Emilia y Borja no podían regresar a la península, y el tío Álvaro, que era coronel, estaba en el frente. Borja y yo, sorprendidos, como víctimas de alguna extraña emboscada, comprendimos que debíamos permanecer en la isla no se sabía por cuánto tiempo. Nuestros respectivos colegios quedaban distantes, y flotaba en el ambiente —la abuela, tía Emilia, el párroco, el médico— un algo excitante que influía en los mayores y que daba a sus vidas monótonas un aire de anomalía. Se trastocaban las horas, se rompían costumbres largo tiempo respetadas. En cualquier momento y hora, podían llegar visitas y recados. Antonia traía y llevaba noticias. La radio, vieja y llena de ruidos, antes olvidada y despreciada por la abuela, pasó a ser algo mágico y feroz que durante las noches centraba la atención y unía en una rara complicidad a quienes antes sólo se trataban ceremoniosamente. La abuela acercaba su gran cabeza al armatoste, y, si se alejaba la anhelada voz, lo sacudía frenética, como si así hubiera de volver la onda a su punto de escucha. Quizá fue todo esto lo que estrechó las relaciones, hasta entonces frías, entre Borja y yo.

La calma, el silencio y una espera larga y exasperante, en la que, de pronto, nos veíamos todos sumergidos, operaba también sobre nosotros. Nos aburríamos e inquietábamos alternativamente, como llenos de una lenta y acechante zozobra, presta a saltar en cualquier momento. Y empecé a conocer aquella casa, grande y extraña, con los muros de color ocre y el teja-

do de alfar, su larga logia con balastrada de piedra y el techo de madera, donde Borja y yo, de bruces en el suelo, manteníamos conversaciones siseantes. (Nuestro siseo debía de tener un eco escalofriante arriba, en las celdillas del artesonado, como si nuestra voz fuera robada y transportada por pequeños seres de viga a viga, de escondrijo en escondrijo.) Borja y yo, echados en el suelo, fingíamos una partida de ajedrez en el desgastado tablero de marfil que fue de nuestro abuelo. A veces Borja gritaba para disimular: *Au roi!* (porque a la abuela y a la tía Emilia les gustaba que practicáramos nuestro detestable francés con acento isleño). Así, los dos, en la logia —que a la abuela no le gustaba pisar, y que sólo veía a través de las ventanas abiertas— hallábamos el único refugio en la desesperante casa, siempre hollada por las pisadas macizas de la abuela, que olfateaba como un lebel nuestras huidas al pueblo, al declive, a la ensenada de Santa Catalina, al Port... Para escapar y que no oyera nuestros pasos, teníamos que descalzarnos. Pero la maldita descubría, de repente, cruzando el suelo, nuestras sombras alargadas. Con su porcina vista baja, las veía huir (como vería, tal vez, huir su turbia vida piel adentro), y se le caía el bastón y la caja de rapé (todo su pechero manchado) y aullaba:

—¡Borja!

Borja, hipócrita, se calzaba de prisa, con la pierna doblada como una grulla (aún lo veo sonreír hacia un lado, mordiendo una comisura, los labios encendidos como una mujerzuela; eso parecía a veces, una mujerzuela, y no un muchachote de quince años, ya con pelusa debajo de la nariz).

—Ya nos vio la bestia...

(En cuanto nos quedábamos solos, nos poníamos a ver quién hablaba peor.) Borja salía despacio, con aire inocente, cuando ella llegaba golpeando aquí y allá los muebles con su bastoncillo, pesada como un rinoceronte en el agua, jadeando, con su cólera blanca encima de la frente, y decía:

—¿Adónde ibais... sin Lauro?

—¡Vamos un rato al declive...

(Aquí estoy ahora, delante de este vaso tan verde, y el corazón pesándome. ¿Será verdad que la vida arranca de escenas como aquélla? ¿Será verdad que de niños vivimos la vida entera, de un sorbo, para repetirnos después estúpidamente, ciegamente, sin sentido alguno?)

Borja no me tenía cariño, pero me necesitaba y prefería tenerme dentro de su aro, como tenía a Lauro. Lauro era hijo de Antonia, el ama de llaves de la abuela. Antonia tenía la misma edad que la abuela, a quien servía desde niña. Al quedarse viuda, siendo Lauro muy pequeño —la abuela la casó cuando y con quién le pareció bien—, la abuela la volvió a tomar en la casa, y al niño lo enviaron primero al monasterio, donde cantaba en el coro y vestía sayal, y luego al seminario. (Lauro el Chino. Lauro el Chino. Solía decir, a veces: «Ésta es una isla vieja y malvada. Una isla de fenicios y de mercaderes, de sanguijuelas y de farsantes. Oh, avaros comerciantes. En las casas de este pueblo, en sus muros y en sus secretas paredes, en todo lugar, hay monedas de oro enterradas»). Imagi-

Juan Goytisolo

Campos de Níjar



Galaxia Gutenberg

I

Recuerdo muy bien la profunda impresión de violencia y pobreza que me produjo Almería, viniendo por la Nacional 340, la primera vez que la visité, hace ya algunos años. Había dejado atrás Puerto Lumbreras –con los tenderetes del mercado en medio de la rambla– y el valle del Almanzora, Huércal Overa, Vera, Cuevas, Los Gallardos. Desde un recodo de la cuneta había contemplado las increíbles casas de Sorbas suspendidas sobre el abismo. Después, cociéndose al sol, las sierras ásperas, cinceladas a golpe de martillo, de la zona de Tabernas, corroídas por la erosión y como lunares. La carretera serpentea entre horcajos y barrancos, bordeando el cauce de un río seco. En vano había buscado la sombra de un arbusto, la huella de un miserable agave. En aquel universo exclusivamente mineral la calina inventaba espirales de celofán finísimo. Guardo clara memoria de mi primer descenso hacia Rioja y Benahadux: del verdor de los naranjos, la cresta empenachada de las palmeras, el agua aprovechada hasta la avaricia. Me había parecido entonces que allí la tierra se humanizaba un poco y, hasta mucho después, no advertí que me engañaba. Anunciada por un rosario de cuevas horadadas en el flanco de la montaña –«capital del esparto, mocos y legañas»,

como dicen irónicamente los habitantes de las provincias vecinas—, Almería se extiende al pie de una asolada paramera cuyos pliegues imitan, desde lejos, el oleaje de un mar petrificado y albarizo.

Cuando fui la última vez, la ciudad me era ya familiar y apenas paré en ella el tiempo preciso para informarme del horario de los autocares. Conocía el panorama de la Alcazaba sobre el barrio de La Chanca: sus moradores encalan púdicamente la entrada de las cuevas y, vistos desde arriba, los techos de las chabolas se alinean como fichas de dominó, azules, ocre, rosas, amarillos y blancos. También había trepado al cerro de San Cristóbal para atalayar el puerto desde las gradas del Vía Crucis: una patulea de arrapiezos juega y se ensucia entre los pasos, y el aliento de la ciudad sube hasta uno como el jadeo de un animal cansado. Almería carece de vida nocturna y, en mis estancias anteriores, haciendo de tripas corazón, había recorrido temprano sus calles. Me apresuraré a decir que no lo lamento en absoluto. El espectáculo merece el sacrificio: el mercado de Puerta Purchena, con sus gitanos y charlatanes, obsequiosos y vocingleros; los somnolientos coches de punto, a la espera de clientes; los emigrados marroquíes, meditando a la sombra de los ficus, valen cumplidamente el viaje. Almería es ciudad única, medio insular, medio africana. A través de sus hombres y mujeres que fueron a buscar trabajo y pan a Cataluña —y a realizar los trabajos más duros, dicho sea de paso— la quería sin conocerla aún. La patria chica puede ser elegida: desde que la conozco, salvando centenares de kilómetros, le rindo visita todos los años.

En los mismos suburbios de la ciudad, camino de Murcia, torciendo a la derecha de la nacional 340, una

carretera comarcal une Almería con las zonas montañosas y desérticas de Níjar y Sierra de Gata. Otras veces, durante mis breves incursiones por el corazón de la provincia, había prometido recorrer con alguna calma este olvidado rincón de nuestro suelo, rincón que sonaba familiarmente en mis oídos gracias a la aburrida lista de cabos importantes aprendida en el colegio bajo el imperio de la regla y el temor de los castigos:

«Sacratif, en Granada.

Gata, en Almería.

Palos, en Murcia.

La Nao, San Antonio y San Martín, en Alicante...».

Cuando llegué a la central de autobuses, el coche acababa de irse. Como faltaban dos horas para el próximo, dejé el equipaje en consigna y salí a cantomear. Las calles bullían de regatones, feriantes, vendedores de helados que solfeaban a gritos la mercancía. Otros, más modestos, aguardaban al cliente en la acera, con sus cestos de cañaduz e higos chumbos. Lucía el sol y las mujeres escobazaban delante de las casas. El cielo empañado, sin nubes, anunciaba un día caluroso.

Después del invierno gris del Norte, me sentía bien en medio de aquel bullicio. Recuerdo que, al cruzar el puente, pasaron dos simones con muchachas ataviadas de típica señorita española. Conscientes de la curiosidad que promovían, se esforzaban en encarnar dignamente las virtudes características de la raza: garbo, empaque, gracia, donosura. Un hombre las piropeó con voz ronca. Luego desfilaron otros coches de punto con caballeros en levita, militares, un niño con

tirabuzones, un cura. Alguien dijo que celebraban un bautizo.

Los curiosos prosiguieron su camino y entré en un bar tras dos hombres que se habían asomado a mirar. No se me despintan de la memoria, negros, cenceños, con sus chalecos oscuros, sombreros de ala vuelta hacia arriba y camisas abotonadas hasta el cuello. Parecían dos pajarracos montaraces y hablaban mascujando las palabras.

—¡Qué mujeres!

—España es el mejó país del mundo.

—No tendrá el adelanto de otras naciones, pero pa vivir...

—Caray, que no lo cambiaba yo por ninguno.

Al reparar en el brillo anormal de sus ojos comprendí que andaban bebidos. El dueño me trajo un café y se acercaron a pegar la hebra. Querían saber quién era, de dónde venía, qué hacía por allí. Aunque les contestaba con monosílabos, me invitaron a chatear.

—No puedo —dije. Y miré el reloj.

—¿No?

—Mi autobús sale dentro de unos minutos.

El tiempo había pasado sin darme cuenta y continué hacia la carretera de Murcia por el camino de la estación.

II

Tres autobuses diarios cubren los nueve kilómetros de trayecto Almería-El Alquíán. La carretera está alquitranada hasta Níjar y, a la salida de la ciudad, una bifurcación paralela a la nacional 340 lleva a los baños de Sierra Alhamilla, en cuyo balneario, actualmente derruido, acostumbraban reposar sus fatigas los ricos ociosos de la capital. El autocar toma el camino de Níjar dejando atrás las últimas casuchas del suburbio almeriense. Mi vecino es hombre de una cuarentena de años, moreno y enjuto. Cuando le ofrezco de fumar me pregunta si soy extranjero. Le respondo que soy de Barcelona y pronuncia unas palabras en catalán.

—He trabajado allí casi diez años —dice—. En Hospitalet, Barcelona, Tarrasa... Aquello sí que es vía. Ojalá que nunca me hubiera marchao.

A la mujer no le sentaba bien el clima y cometió la estupidez de volver. Ahora, con cuatro hijos y otro en camino, no puede tentar la suerte como antes.

—Aquí uno se hace viejo en seguida, y luego, la familia que le amarra...

Mientras se desahoga contra el destino contemplo el paisaje por la ventanilla. Una llanura ocre se extiende hasta el golfo de Almería, salpicada de tanto en tan-

to por el verde de alguna higuera. El suelo está agrietado y lleno de cantizales. El mar cabrillea a lo lejos.

—Fíjese usted.

Mi vecino enseña una huerta cercada con bardas. Dentro, alineados en caballones y encañados cuidadosamente, hay bancales de judías, tomates, berenjenas, pimientos.

—Son magníficos, ¿no?

Digo que sí, que son magníficos.

—Pa sacá algo de esta tierra se necesita tené la cartera bien forrá. El suelo es pedregoso y hay que traerlo tó; el agua, el abono, la arena...

—¿Arena?

—Pa guardá el caló. Las verduras crecen más aprisa y llegan al mercao antes que d'ordinario. Es un método de las Canarias que aplican por la parte de La Rápita. Aquí, cuando lo empleó el amo del tempraná, tol mundo decía que se iba a cogé los deos, pero el tío se embolsilló arriba de los cincuenta mil duros a la primera cosecha.

El paisaje es una auténtica solana. Numerosas ramblas atraviesan el llano hacia el mar. El autobús baja y sube por los badenes.

—¿Ve aquel cercao?

Mi vecino señala un muro de dos metros de altura, cuadrado como el de un cementerio. El sol reverbera sobre la pared enjalbegada y una cabra con las ubres hinchadas mordisquea las palas de una chumbera.

—Es una huerta experimentá. La acabaron hace un par de meses.

La novedad, dice, radica en el sistema de irrigación. Bajo el suelo del tempranal hay una cisterna cubierta por una rejilla metálica. Encima, dos palmos de tierra

abonada y una capa de arena. Así se evita la evaporación, intensísima en aquella zona. A través de la rejilla metálica la planta hunde sus raíces en el agua.

Entramos en El Alquíán. Su aspecto me recuerda, sin saber por qué, el de algunos caseríos del delta del Ebro. La arquitectura es caótica y el autocar sufre el asalto de una nube de niños. Me despido del hombre y, bajo la solina, continúo a pie, por la acera. Las mujeres cominean a la sombra de los portales y unos mozos se divierten enseñando la instrucción al bobo del pueblo. Es un hombrecillo barbudo, de labios caídos y orejas en forma de asa. Su mosquetón es una vara de fresno y, al obedecer las voces de mando de los jayanes, gesticula y saca la lengua.

La carretera está, por fortuna, arbolada. A la salida de El Alquíán, en medio de un bosque de eucaliptos, se alza la mole inacabada de la Escuela Sindical para Hijos de Pescadores. A mi regreso a Almería el chófer del autobús me explicó que está así desde hace más de diez años. Los créditos se agotaron a mitad de la obra y el viajero puede mirar el paisaje a través de la andana de huecos del edificio.

Un centenar de metros más lejos, los cortijos comienzan a esparcirse. A las huertas embardadas suceden los alijares y las ramblas arenosas y desérticas. La vegetación se reduce a su expresión más mínima: chumberas, pitas, algún que otro olivo retorcido y enano. A la derecha, la llanura se extiende hasta los médanos del golfo, difuminada por la calina. Los atajos rastrean el pedregal y se pierden entre las zarzas y matorrales, chamuscados y espinosos. Las nubes coronan las sierras del Cabo de Gata. En el horizonte, el mar es sólo una franja de plomo derretido.

A la izquierda, las cordilleras parecen de cartón. Un camino sinuoso repecha a los poblados de Cuevas de los Úbedas y Cuevas de los Medinas. Antiguos centros mineros, sobrevivientes de la gran crisis de principios de siglo, se incrustan en el flanco de la montaña como dos nidos de buitre. Allí, los camiones acarrearán el mineral hasta Almería, donde es embarcado, para su fundición, hacia los puertos de Alemania, Francia o Inglaterra.

Siguiendo la carretera de Níjar hay unas fincas del Patrimonio Forestal del Estado, con pitas y henequenes. Sembrados en liño sobre inmensas hazas de tierra ocre, rebasan apenas el palmo de altura. El sol los reseca hasta agostarlos. Desde el eucalipto bajo el que los contemplo parecen estrellas de mar, tentaculares y retorcidas. El Instituto Nacional de Colonización ha dado gran impulso a su cultivo: sus hojas, como las pencas de las chumberas, se emplean en la fabricación de fibras textiles.

Junto al henequén y el nopal, el viajero encuentra otra planta adaptada, como ellos, a la falta de agua: el guayule. Pequeño, de un verde descolorido, se alinea hasta desaparecer, entre las lomas y amelgas del arado, prisionera de un ondulado mar de arcilla. Con vistas a la obtención de caucho, el Instituto inició hace tiempo su cultivo en el triángulo Níjar-Rodalquilar-Gata. A juzgar por la opinión de quienes he interrogado no parece que, hasta ahora, el éxito haya recompensado sus esfuerzos.

Los eucaliptos de la carretera se espacian peligrosamente, pero antes de entrar de lleno en el solejar un camión se detiene a mis señales. El chófer me pregunta adónde voy y le respondo de igual manera.

—A Rodalquílá —dice, después de una pausa.

–Bueno. Iré con usted.

El hombre me invita a sentar a su lado y el camión arranca con estrépito. Yo celebro en silencio mi buena estrella, pues el autoestop, en la región, cada día se hace más raro. Fuera de los escasos coches de turismo extranjero, ni los automovilistas ni los camioneros –antes, proverbialmente acogedores– quieren pararse. La guardia civil da el alto cada vez que descubre a un polizón e impone multas de cinco y diez duros por infringir las leyes del tráfico.

El chófer que me ha acogido es joven y acepta el cigarrillo que le tiendo. Me explica que la víspera, al terminar la jornada, aceptó un servicio en Motril y no ha pegado un ojo en toda la noche.

–Tengo miedo de dormirme, si ando solo. Así, hablando con usted, me distraigo.

También él me pregunta de dónde vengo y al pronunciar el nombre de Barcelona se humedece los labios con la lengua. Cataluña es el paraíso soñado por todos los hombres y mujeres de Almería, una especie de legendario y remoto Eldorado. Mi compañero se interesa por las condiciones de alojamiento y trabajo y nombra media docena de amigos residentes en Barcelona, con la esperanza de que sepa de alguno.

–¿Y Paco González, uno con una cicatriz? Descargaba carbón en el puerto.

Digo que no, que no he tenido ocasión de conocer a Paco González y parece decepcionado.

–Se ha casado con una catalana. Si quiere puedo darle sus señas. Dígale que viene de parte del Sanlúcar. Se llevará un alegrón.

Cruzamos una serranía desierta. La carretera serpentea a trechos, pero está bien peraltada. En mitad de

la paramera, los muros derruidos de una casucha recogen –y es un aldabonazo en todas las conciencias– la dramática invocación del paisaje: «MÁS ÁRBOLES, MÁS AGUA». Consigna, asimismo, del Instituto Nacional de Colonización, la veré escrita, a lo largo de trochas y caminos, en pajares, casas, barracones y balates. Los árboles que atraerán la lluvia necesitan, para crecer, el concurso del agua. En Almería no hay arbolado porque no llueve y no llueve porque no hay arbolado. Sólo el esfuerzo tenaz de ingenieros y técnicos, y la generosa aportación de capitales, podrán romper un día el círculo vicioso y ofrendar a esa tierra desmerecida un futuro con agua y con árboles.

El camión abandona la carretera alquitranada de Níjar y se interna por la de Rodalquilar: guayules, he-nequenes, chumbares y, también, pequeños retales de cebada mustia y amarillenta. Aprieta el calor y el Sanlúcar cabecea sobre el volante.

–Trabajo pa dos empresas distintas, sabe usted...

–¿Cuándo descansa?

–A ratos perdíos. Y cuando hay fiesta. Mi novia casi no me ve. El otro domingo me pasé la tarde roncando.

Atravesamos unos campos de avena entreverados de amapolas y de unas florecitas amarillas que llaman aquí vinagreras. El camión sube la cuesta renqueando y, de improviso, divisamos dos poblados morunos, separados por un río seco. El más cercano a nosotros se llama Rambla Morales. Atado a la puerta del estanco un cerdo hoza la tierra del borde de la carretera. Bajamos el badén y el Sanlúcar frena al llegar a la rambla. Un grupo de mujeres, ataviadas como las mojaqueras, lavan la ropa en la fuente, a la sombra de los

eucaliptos. Mi compañero se acerca a una y le entrega una carta.

Yo me he apeado también y, desde el arenal, contemplo el segundo poblado. Las casas de El Barranquete son rectangulares, con ventanucos cuadrados y cúpulas. De lejos recuerdan las caperuzas de los *trulli* de la campiña de Ostuni y Martina-Franca en el sur de Italia, pero aquí los casquetes son únicos. Entre las pitas y nopales, los muros enjalbegados reverberan al sol. Unos niños medio desnudos juegan con la arena y al badén se asoma una chiquilla montada sobre un asno. Sanlúcar ha regresado al camión, se detiene a mi lado y mira las casas blancas del pueblucho.

—Parece África, ¿verdad? —dice leyéndome el pensamiento.

Subimos a la cabina y, sin añadir palabra, pone en marcha el motor. El sol que se encarniza sobre nosotros no favorece el cambio de impresiones y siento deseos de tumbarme a la fresca y descabezar un sueñecillo.

El camión trepa el repecho con dificultad. Las alas del radiador humean. La tierra es de color ocre tirando a rojo. Un peón caminero quita la arena de una tajea y el Sanlúcar saca la cabeza por la ventanilla y le hace adiós con la mano.

—Es el Tigre, un pedazo de pan. Le gusta demasiaio empinar el codo y ahí lo tié usted, penando de sol a sol por quince pesetas.

Yo observo que la carretera está en buen estado, allanada, con su chispa de peralte en las curvas. Las pitas alternan con los nopales. Sobre las albarradas, en los muros de las casuchas en ruinas, se repiten las inscripciones en pintura y alquitrán que me acompañan desde Almería,

FRANCO

FRANCO

FRANCO

Como permanezco silencioso, el Sanlúcar se apresura a informarme que Su Excelencia el Jefe del Estado visitó la mina de oro de Rodalquilar durante su triunfal recorrido por la provincia.

—¿La mina de oro?

—Ya la verá usted si nos dejan pasá. Es la única que hay en España.

Los cortijos se suceden con sus aljibes. En el campo de Níjar los pozos tienen la espadaña cubierta por una especie de casquete esférico blanco y ventanado. Una mujer saca agua de uno y corre el cerrojo de la puerta.

El camión deja atrás Los Nietos y Albaricoques. Son caseríos de una docena de casuchas, agrestes y solitarios. Veo cabras, gallinas, borricos, cerdos. Las tierras, ahora, son casi rojas. La cebada medra fácilmente en ellas y el paisaje se enriquece de nuevos tonos: verdehiguera y verdealmendro, rucio, albazano.

De pronto, el Sanlúcar me da un tirón de la manga y ordena:

—Agáchese.

Obedezco sin comprender bien qué ocurre, con la cabeza junto al cambio de marchas y la vista fija en las cintas de color de sus esparteñas. Al cabo de una treintena de segundos me hace señal de incorporarme.

—¿Qué pasa?

—Los civiles. Creo que no le han visto.

Antonio Ferres

Los vencidos

© Antonio Ferres

Derechos exclusivos de edición en castellano reservados para todo el mundo:

© 2017 Gadir Editorial, S.L.
Plaza sdel Niño Jesús, 4 – 28009 Madrid
www.gadireditorial.com

© de la ilustración de cubierta:
Vincent Van Gogh, *Un par de zapatos*, 1886

Diseño: Gadir Editorial

Impreso en España – Printed in Spain
ISBN-13: 978-84-949450-3-8
Depósito legal: M-35587-2018

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



G A D I R

El coche de línea ha salido de la plaza un poco más tarde que otros días. Está lloviendo. Traquetea bajo la lluvia por los adoquines mojados de la cuesta. Las calles que dan a la plaza del Caudillo son estrechas y mal empedradas, con casas bajas pintadas de cal. No se ve un alma. Sólo, más adelante, una mujer y un niño con sandalias de goma, cogidos de la mano, cruzan, corriendo, por delante del autobús en marcha. A lo alto de la cuesta se ve el campo gris empapado de agua.

La tierra está hinchada. Por el lado izquierdo, los cerros, que llegan a la misma carretera, se desgranán en chorros de arena hasta la cuneta. La carretera es por esta parte un camino forestal. Hay olivares. Lejos, unos montes piramidales se pierden hasta la provincia de Jaén. Un rebaño de cabras, quieto, aguanta la lluvia parado a ambos lados de la carretera.

—Hacía ya falta que lloviera —dice Asunción.

En el coche, un Ford antiguo con asientos de pino, viajan casi solamente mujeres.

—Sí, señora —dice la que va sentada delante. Todo el campo estaba achicarrao.

La que ha hablado es una mujer cuarentona, de cuello gordo, que tiene un moño grande y canoso. Se ha vuelto y apoya el brazo derecho en el respaldo.

—¿Sigue sin saber nada de su marido? —pregunta.

—No sé nada de él desde que entraron en el pueblo.

—Muchos traspusieron hasta Francia, andarán por esos mundos de Dios —dice la mujer.

—No sé dónde estará. A eso voy a Madrid. Por fin me han dado el salvoconducto. No me lo entregaban, ¿sabe?, y se pasaban los meses.

La lluvia oscurece todo el campo. El cielo está nublado, con nubes bajas que rozan los cerros y parecen humaredas.

—¿Y sus chicos?

—Al mayor me lo mataron.

En la primera curva el coche se detiene. Hay una casería, una especie de meseta y una casa blanca en lo alto. Dos higueras. De allí baja una senda.

El coche sigue parado un instante y los viajeros se asoman a la ventanilla para mirar la lluvia.

Un hombrecillo, con los pantalones remangados, trae abierto un paraguas negro. Debajo se resguarda una mujer joven que lleva a la cabeza un pañuelo de seda, con dibujos.

—Buenos días nos dé Dios —dice ella cuando sube al estribo.

El hombre entra detrás, sacudiendo el paraguas en el suelo.

—Buenas.

Una campesina vestida de negro, que viene sentada desde el pueblo, se cambia de sitio. La pareja se acomoda en el mismo asiento, justamente pegados a la puerta de atrás.

La carretera es peor en este trozo, cambia de rasante. El autobús traquetea de nuevo, cuesta abajo. Por las ventanillas, que van abiertas, entra un aire fresco cargado de humedad.

—Cierren, si hacen el favor —dice el del paraguas.

—¿Te has dado cuenta de quién viaja en el coche, en el tercer asiento?

—No recuerdo.

—Es la maestra de Torrenoblejas, la que se casó con el secretario.

Se inclina el hombrecillo para mirar. Arruga los párpados.

—No me he traído gafas —dice—. ¿Piensas saludarla?

—Quita. Él era un rojo. ¿Te acuerdas cuando el lío de los jornaleros?

La carretera se ciñe al tajo de un arroyo. Hay piedras pintadas de blanco asomando al precipicio. Sigue así varios kilómetros, dando vueltas y más vueltas. De tarde en tarde se ve, también, un árbol. Troncos manchados con una franja de cal.

—Los días son cada vez más cortos —dice la mujer del moño, que va sentada delante de Asunción.

—Estamos ya en septiembre.

—Somos a día dos.

Todavía hay una claridad plomiza. Por el campo mojado se ven mil brillos. Aún llueve. Rompen las gotas sobre los charcos.

Suena el claxon del autobús, dos veces. Se nota que acorta la marcha y, por fin, se para. Se oyen voces en la carretera. Los viajeros se ponen de pie, y muchos vuelven a asomarse a las ventanillas. Un viejo que va sentado en los primeros asientos se apoya en una gruesa garrota. Se endereza poco a poco, mirando la carretera.

Hay un grupo de diez o doce muchachos. Algunos se han acercado al autobús. Se ven pasar las caras y asomarse dentro del coche. Tienen la piel pálida, reflejando la luz del crepúsculo, los pelos chorreando.

Dos automóviles viejos, pintados de negro, están parados, uno detrás del otro, en el lado derecho de la carretera. También hay un hombre que sujeta el ronzal de un burro, rodeado de muchachos.

Asunción baja el cristal de la ventanilla.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Un muchacho de los últimos del grupo vuelve la cabeza. Luego se vuelven otros tres o cuatro.

—¿Qué pasa? —repite Asunción.

El chico sonríe a los que están con él. Tendrá, si acaso, dieciséis años. Lleva camisa azul de falangista, descolorida, remanada hasta mitad del brazo. Pone un gesto desvergonzado.

—Lo que tú quieras —dice. Pero se queda cortado al mirar a Asunción.

El cobrador del coche de línea ha echado pie a tierra. Se empina detrás del grupo.

—Os juro que no lo he hecho adrede —se oye decir al hombre del burro.

Desde la ventanilla del autobús se ven moverse las espaldas de los que rodean al campesino.

—¿Pero qué es lo que pasa? —pregunta una mujer que permanece en pie medio asomada—. ¿Qué es, Tino? —grita haciendo bocina con la mano.

Se vuelve y da un paso hacia atrás el cobrador del autobús. Levanta la cabeza y los ojos para mirar a la ventanilla.

—¿Qué quiere que sea? Han puesto carteles pintaos en el suelo y no dejan que los pisen los hombres que vienen del campo. A los coches no les dicen nada, pero no quieren que los pisen las caballerías.

—Si va a borrarlos el agua... —dice la mujer haciendo un gesto de inutilidad.

—Calle, tía tonta; están puestos con pintura de aceite —salta uno de los muchachos que están en la primera fila—. Y no vamos a dejar que los pise ningún cabrón.

—Si no digo ná —dice la campesina.

Un hombre flaco, medio viejo, bien vestido, que calza botas de montar y lleva una fusta en la mano, sale de uno de los coches.

—Déjame un momento. Hasesme sitio.

Apenas llueve ahora; si acaso unas gotas. Se hace un silencio, mientras el tipo de las botas altas sigue hacia donde está el hombre del burro. Sólo se oye el tropel de los pies de los muchachos que le hacen sitio.

—Déjame a mí —repite.

El campesino del burro es un hombre carirredondo que viste una camisa muy rota, casi en andrajos. Tiene los ojos asustados y grandes.

—Le juro que un servidor no lo ha hecho adrede.

—Escucha. Té das la vuelta. Voy a verte recular el borrico y pasar metido por la cuneta.

—Sí, señor.

Detrás del bosque de cabezas, se le ve recular, poco a poco, empujando la caballería y luego seguir con el ronzal en la mano, y hacerse pequeño, achicarse dentro de la cuneta.

Se oye reír a los muchachos.

—¡Así quiero veros, maricones! —grita uno. Se pasa la mano por el pelo para secarse el agua. Otro, rubio, que lleva la boina en la mano, se vuelve al chófer del autobús.

—Tú sigue. Sigue de una vez.

Y señala el camino.

Los hombres corrían por la calle estrecha. Una calle también de casas bajas y blancas. Se oían tiros. Estaba ardiendo el molino. Subía una nube de humo.

—Adiós —dijo Antonio. Tenía los ojos y los brazos vueltos hacia donde estaba su mujer. Asunción gritó:

—¡No te preocupes! ¡Vete de una vez!

Desde la puerta vio Antonio a otros paisanos que huían. El miedo tiraba de él hacia fuera y le agarrotaba las piernas. Miró a la parte en que el pueblo se perdía en el campo, detrás del humo de los incendios. Mucho más lejos empezaban las lomas de la sierra.

—Corre —dijo la mujer.

La calle estaba empedrada con adoquines redondos. Siguió un trozo, pero al llegar a la casa de la esquina, saltó la tapia del corral, por acortar camino. Huía agachándose aquí y allá, respirando hondo, arañándose las manos y las rodillas en la tierra. Las cumbres se encendían con el último sol. Las veía de vez en vez entre las tapias y las ruinas.

Antonio llegó al primer cerro. Por la pendiente arriba veían unos pocos hombres. Iban hacia la sierra. Corrían. Querían que se hiciese de noche. Eran parejas o grupos pequeños. Antonio caminaba solo y se volvía un instante para mirar al pueblo.

Asunción les perdió de vista. En el otro extremo del pueblo, por el barrio de la carretera de Granada, había un gran incendio. Un borriquito abandonado, al pasitrote, iba corriendo la calle. Asunción, desde la puerta, le vio alejarse, perdiéndose en la primera revuelta. Siguió la muchacha un rato sin saber qué hacer y, luego, tiró escaleras abajo hacia la bodega. Sentía frío. Avanzaba a tientas en la oscuridad.

Antonio corrió todo lo que podían resistir sus piernas y sus pulmones. Se detuvo. Estaba extenuado. Por el valle iba subiendo también la noche. Antonio se sentó un instante a descansar. Se desató los zapatos y se descalzó. Le dolían

los pies, las cañas de los huesos y las molas de las piernas. Permaneció así un rato. Dos hombres que pasaban cerca le gritaron:

—¡Ehl, señor secretario, ¿quiere que le cojan y le apiolen?
—Ahora voy.

Tenía que llegar a la otra vertiente por el camino alto. Se levantó y echó a andar, deprimida, entre los jarales llenos de olor. Llegaba la noche igual que otra cualquiera. La luna había comenzado a salir. Oía Antonio el crujido de los pasos de los hombres que iban delante. Corrió para alcanzarles.

En el lado de acá de la sierra el aire estaba parado. Antonio notó que llegaba a la otra vertiente por el primer viento. Sintió el aire en la cara. Miró detrás de los montes y vio abajo, tendidas en el llano, las luces amarillas de los otros pueblos. No había llegado hasta allí la guerra, todavía. Parecían hogueras lejanas.

—Escriben en el suelo... —dice la mujer del moño sin dirigirse a nadie. Lo repite un par de veces, como si hablara sola.

Dentro del coche sólo hay, encendido, un pequeño piloto de luz. La gente dormita con las cabezas torcidas y los ojos a medio cerrar. Los faros del coche se reflejan por todo el campo. Se tiñen de blanco las copas de los olivos. En un altozano hay una muralla de chumberas.

—Vamos a llegar a Granada ya muy entrada la noche —dice Asunción.

—Yo estoy desmayá. A mi hombre le compro una asadura porque está delicado, pero yo ando desmayá.

Se limpia con el revés de la mano cada vez que habla.

—Lo peor del hambre lo llevan los chicos —añade la mujer.

—Ahora tengo en mi casa a los de mi Juandedios. Se les salta la yel viendo cómo se come mi marío la asadura. Todos los días le digo que se la coma a escondidas, porque se les salta la yel mirándole.

Asunción escudriña a través del campo oscuro. Se ven los postes del telégrafo y los terraplenes de la carretera. En los

cristales del coche se reflejan las caras de las mujeres, los rostros turbios y sin expresión de la gente medio dormida.

—Me da ahogo pensar en el pueblo —dice Asunción—. Porque una se piensa que no va a ser siempre así, que si no... —¿Quieren un poco de vino? —dice el viejo de la garrota que va en el primer asiento. Se vuelve, se levanta torpemente. Tiene una botella mediada en la mano.

—Páselo —dice la mujer del moño.

—Beban todos a morro, no se preocupen. El alcohol mata los microbios.

Beben dos o tres mujeres. Se pasan la botella de una a otra.

—Ande, si quiere le echo un poco en mi vaso, me he traído un vasillo de aluminio —dice la mujer del moño.

—Bueno, gracias —dice Asunción.

El hombre que traía el paraguas y su mujer han sacado una cesta de mimbre. Desenvuelven la merienda, sin hablar con nadie.

—Es bueno el vino. No está bautizado, no —dice el viejo en voz alta cuando le devuelven la botella casi vacía.

Asunción sonríe. Estira los pies debajo del asiento. Por la ventanilla se ve el cielo, las nubes rotas, dejando sitio a algunas estrellas. El coche va más deprimida, con los faros que barren el campo. Golpean los chorros de luz en los troncos, de uno en uno. Salta la luz. Junto a la carretera hay una arboleda grande, que no termina nunca.

—¿Son olivos?

—No, algarrobos. Los he visto cuando vengo de día a ver a mi hijo, al que me queda —dice la mujer del moño.

—También hay almendros —dice otra que va más detrás, mirando por la ventanilla.

—Eso es más abajo.

—Parece que llueve otra vez —dice Asunción.

que se ponen nerviosos. Le mordieron al Muecas y a la hija casi le saltan un ojo. Pero aguantan.» «Bueno, dile que venga.» «No vendrá. El Mediodoble cree que se fue a las Américas.²⁷ Si lo vuelve a ver, lo hunde. No viene nunca desde que dijo que había emigrado.» «¿Y cómo se llevó entonces mis ratones?» «No, si la pareja se la di yo. Pues claro. ¿Y si no, cómo iba a saber que eran los fetén?» «Vaya.» «Además, entonces había muchos. Morían como ratas todos los días. Es cuando los perros del polivinazo²⁸ estuvieron tan lucidos.» «Te daría propina don Óscar.» «Pues claro.» «Oye», digo. «Diga», dice. «Iremos mañana a su chabola.» «Qué contento se pondrá.»

Hay ciudades tan descabadas, tan faltas de sustancia histórica, tan traídas y llevadas por gobernantes arbitrarios,²⁹ tan caprichosamente edificadas en desiertos,³⁰ tan parcamente pobladas por una continuidad aprehensible de familias,³¹ tan lejanas de un mar o de un río, tan ostentosas en el reparto de su menguada pobreza, tan favorecidas por un cielo espléndido que hace olvidar casi todos sus defectos, tan ingenuamente contentas de sí mismas al modo de las mozas quinceñas, tan globalmente adquiridas para el prestigio de una

27. En el argot de los delincuentes, *doble* significa 'director de prisión'. Las palabras de Amador sugieren que éste llama «Mediodoble» al subdirector del centro de investigación (obsérvese que el apodo reaparecerá más adelante en minúscula, p. 93). 28. prevaricación lingüística por *polivinilo*. 29. Todo este largo párrafo se refiere a Madrid. Felipe II fijó la Corte allí en 1561; su hijo Felipe III la trasladó a Valladolid en enero de 1601 y volvió a restituirla a Madrid a comienzos de 1606. 30. La primera mención histórica de Madrid se atestigua en el siglo X. Su nombre deriva del árabe *Magerit*, castillo moro enclavado donde ahora está el Palacio Real y que fue conquistado por Ramiro II en 939. La villa fue tomada definitivamente por Alfonso VI en 1083. 31. José Ortega y Gasset (1883-1955), en *España invertida* (1921), aseguraba que «tropezamos con una propensión errónea, sumamente extendida, que lleva a representarse la formación de un pueblo como el crecimiento por dilatación de un núcleo inicial ... No; incorporación histórica no es dilatación de un núcleo inicial». Sobre Ortega véanse también las notas 168, 221 y 251, entre otras.

dinastía,³² tan dotadas de tesoros —por otra parte— que pueden ser olvidados los no realizados a su tiempo, tan proyectadas sin pasión pero con concupiscencia hacia el futuro, tan desasidas de una auténtica nobleza, tan pobladas de un pueblo achulapado, tan heroicas en ocasiones sin que se sepa a ciencia cierta por qué sino de un modo elemental y físico como el del campesino joven que de un salto cruza el río,³³ tan embriagadas de sí mismas aunque en verdad el licor de que están ahítas no tenga nada de embriagador, tan insospechadamente en otro tiempo prepotentes sobre capitales extranjerías dotadas de dos catedrales y de varias colegiatas mayores y de varios palacios encantados³⁴ —un palacio encantado al menos para cada siglo—, tan incapaces para hablar su idioma con la recta entonación llana que le dan los pueblos situados hacia el norte a doscientos kilómetros de ella, tan sorprendidas por la llegada de un oro que puede convertirse en piedra pero que tal vez se convierta en carrozas y troncos de caballos con gualdrapas doradas sobre fondo negro,³⁵ tan carentes de una auténtica judería, tan llenas de hombres serios cuando son importantes y simpáticos cuando no son importantes, tan vueltas de espalda a toda naturaleza —por lo menos hasta que en otro sitio se inventaron el tren eléctrico y la telesilla—, tan agitadas por tribunales eclesiásticos con relaja-

32. La dinastía de los Habsburgo españoles, o Austrias (1517-1700). 33. Así, ante los franceses en 1808 o ante las tropas franquistas durante toda la Guerra Civil. Late aquí el recuerdo de unos versos de Federico García Lorca (1898-1936) en el «Prólogo» a su *Libro de poemas* (1921): «Corazón con arroyos / y pinos, corazón sin culebras / ni lirios. / Robusto, con la gracia / de un joven campesino / que atraviesa de un salto / el río». 34. Se refiere a Roma, ciudad saqueada en 1527 por las tropas de Carlos V. Junto a la basílica de San Pedro, Roma cuenta con la catedral de San Juan de Letrán, sede episcopal. La alusión a los palacios romanos se realiza mediante un sintagma evocador de los castillos y palacios *incantati* del *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto. 35. Con cierta frecuencia el oro de América no se destinó a inversiones, sino a gastos suntuarios. Ese caudal sirvió a Felipe II, entre otras cosas, para construir el monasterio de San Lorenzo de El Escorial, en la proximidad de Madrid. Diversas disposiciones legales de los siglos XVI y XVII trataron de restringir ciertos dispendios, por ejemplo, en materia de carruajes y adornos para caballos.

ción al brazo secular,³⁶ tan poco visitadas por individuos auténticos de la raza nórdica, tan abundantes de torpes teólogos y faltas de excelentes místicos,³⁷ tan llenas de tonadillas y de autores de comedias de costumbres, de comedias de enredo, de comedias de capa y espada, de comedias de linda tapada, de comedias de punto de honor, de comedias de salón francesa, de comedias de bajo coturno, de comedias de salón francés, de comedias del café no de comedia dell'arte,³⁸ tan abundantes³⁹ de autobuses de dos pisos que echan humo cuanto más negro mejor sobre aceras donde va la gente con gabardina los días de sol frío, que no tienen catedral.⁴⁰

36. Es decir, 'con entrega a la jurisdicción civil', que ejecutaba las penas impuestas por el tribunal eclesiástico de la Inquisición. 37. Compárase con la siguiente observación de Ortega en *España invertida*: «La substancia del plañero que encierra nuestro teatro es del mismo linaje dionisiaco que el arrobamiento de los frailes y monjas del tiempo, grandes bebedores de exaltación. Nada contemplativo, repito. Para contemplar son precisas finalidades y distancias». 38. Al igual que Azorín en *La voluntad* y Ortega en *Goya*, Martín-Sánchez satiriza el teatro español. En esta descripción trata de mostrar la pervivencia de formas y usos pretéritos: la tonadilla de los años cuarenta, asociada aquí a las cantadas y los intermedios de las representaciones teatrales de los siglos XVII y XVIII; las comedias de costumbres, habituales en la escena española desde Lope de Vega; las de capa y espada, género propio del siglo XVII que subsistió hasta el XIX; las comedias de café, donde parece referirse a las 'comedias escritas en un café' (al modo del camarero «que ha escrito ya siete comedias») y a *La comedia nueva*, o el café de Leandro Fernández de Moratín, reivindicada en 1926 por la compañía *El cántaro roto* como ejemplo de teatro de calidad; comedias de linda tapada es una alusión a la zarzuela así titulada (libreto de José Tellería) y, retrocediendo en el tiempo, a las tapadas o embozadas que sólo dejaban descubierta parte del rostro, una realidad tanto social como literaria en el XVII; comedias de bajo coturno vale 'comedias de bajo estilo', parodia de la locución metafórica «de alto coturno» (recuérdese, asimismo, que el coturno era privativo de la tragedia); con comedias de salón francés se refiere a un género de obras dramáticas de gusto burgués que se ambientaban en un salón o análogo escenario familiar y constituyeron la base del teatro comercial durante las primeras décadas del siglo XX; comedias del café no de comedia dell'arte, además de valer metaforicamente por 'teatro de café, sin arte', parece aludir al café cantante y a la comedia dell'arte, modalidad teatral italiana que floreció en Europa durante los siglos XVI a XVIII (sin ser desconocida en España, aquí dejó menos huella). 39. 'abuharadas, llenas de vapor o de humo'. 40. El narrador no da valor de catedral a la antigua iglesia del Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, cate-

Es preciso, ante estas ciudades, suspender el juicio hasta un día, hasta que repentinamente —o quizá poco a poco aunque esto apenas es creíble— tome forma una cosa que adivinamos que está presente y que no vemos, hasta que esa sustancia que se arrastra ahora por el suelo⁴¹ se solidifique, hasta que los que ahora ríen tristemente aprendan a mirar cara a cara a un destino mediocre y dejen vacías las grandes construcciones redondas o elípticas de cemento armado para recogerse en la intimidad estrecha de sus casas.⁴²

Hasta que llegue ese día, con el juicio suspendido, nos limitaremos a penetrar en las oscuras tabernas donde asoma sobre las botellas una cabeza de toro disecado con los ojos de vidrio, a pasear hasta muy entrada la madrugada por la calle del Nuncio o de la Bola donde se tropieza con las raíces cortadas de lo que pudo haber sido una ciudad completamente diferente,⁴³ a contemplar en una plaza grande el rodar incesante de los soldados los domingos mientras los pájaros se suicidan uno a uno en el gran vientre vacío del caballo, a seguir los pasos precipitados como si fuera a alguna parte de una mujer pequeña y nerviosa por la noche, a abrazar a los borrachos que dimiten de la realidad, a contemplar la airosa apostura de un guardia cuando pasa una mujer que es más alta que él, a preguntarle a un taxista de ojos amarillos de gato de qué modo es posible hacer una estafa en una tienda de paños, a frecuentar una sala de fiestas hasta que el portero gigante de uniforme verde nos conozca y nos deje pasar sin entrada haciéndonos una mueca cariñosa, a gastar la tarde entera en

de San Isidro desde 1885; la catedral de la Almudena estaba aún sin concluir en 1962. 41. Estas palabras pueden contener una referencia a la institución de la democracia, destruida por el franquismo. 42. Las plazas de toros y los campos de fútbol (véase la nota 296). 43. En 1608 Juan Gómez de Mora inició diversas reformas para superar la estructura medieval de Madrid; siguiendo este propósito, se constituyó el núcleo de la nueva ciudad a partir de la Plaza Mayor, cerca de la cual están las actuales calles del Nuncio y de la Bola. La «plaza grande» citada a continuación corresponde a dicha Plaza Mayor, mientras que «el gran vientre vacío» es el del caballo de la estatua ecuestre de Felipe III.

una cafetería sin que la camarera nos sonría una sola vez, a hacer como que bebemos y beber poco, a hacer como que habíamos y no decir nada, a hacer como que vamos al cine yéndonos al cuarto de la pensión con su colcha roja, a visitar el museo de pinturas con una chica inglesa y comprobar que no sabemos dónde está ninguno de los cuadros que ella conoce excepto las Meninas, a inventar un nuevo estilo literario y a propagarlo durante varias noches en un café hasta quedar completamente confundidos, a iniciar amistades que no nos acompañarán hasta la tumba y amores que no nos durarán hasta la noche, a visitar un baile de estudiantes donde las señoritas entran gratis,⁴⁴ a calcular cuántas piedras de mechero vende un enano en una esquina, a descubrir cuántos billetes para el metro vende una mujer con un niño de pecho una mañana de invierno, a adivinar cuál es la ley económica que permite que las cerilleras vendan los pitillos uno a uno y con el producto alimenten suficientemente a sus amantes, a pensar cuál sería la idea loca que echó todos los ciegos a la calle⁴⁵ hasta en esos días que la nieve cae endurecida y de noche sólo han salido los que iban al estremo, a intentar imaginar cómo —Dios mío— cómo vivía todo este pueblo en los que ellos mismos dicen —ellos sabrán por qué— que fueron los años del hambre.⁴⁶

De este modo podremos llegar a comprender que un hombre es la imagen de una ciudad y una ciudad las vísceras puestas al revés de un hombre, que un hombre encuentra en su ciudad no sólo su determinación como persona y su razón de ser, sino también los impedimentos múltiples y los obstá-

44. El local de fiestas podría ser Pasapoga, el museo es el Prado, y el café, el Gijón, que será el escenario de uno de los episodios de la novela. 45. Alusión a los ciegos que vendían cupones de lotería para el sorteo diario. 46. Los de la Guerra Civil y los que siguieron al final de la confrontación. Un historiador de la economía como Ramón Tamames (*La República. La era de Franco*) considera que el período 1939-1951 se caracterizó por la autarquía, la inflación, el estancamiento, la escasez de bienes de equipo, las restricciones eléctricas y el hambre.

culos invencibles que le impiden llegar a ser, que un hombre y una ciudad tienen relaciones que no se explican por las personas a las que el hombre ama, ni por las personas a las que el hombre hace sufrir, ni por las personas a las que el hombre explota ajetreteadas a su alrededor introduciéndole pedazos de alimento en la boca, extendiéndole pedazos de tela sobre el cuerpo, depositándole artefactos de cuero en torno de sus pies, deslizándole caricias profesionales por la piel, mezclando ante su vista refinadas bebidas tras la barra luciente de un mostrador. Podremos comprender también que la ciudad piensa con su cerebro de mil cabezas repartidas en mil cuerpos aunque unidas por una misma voluntad de poder merced al cual los vendedores de petardos de grifa, los hampones de las puertas traseras de los conventos, los aprovechadores del puterío generoso, los empresarios de tióvivos sin motor eléctrico, los novilleros que se contratan solemnemente para las capas de los pueblos del desierto circundante, los guardachoches, los recogeplotas de los clubs y los infinitos limpiabotas quedan incluidos en una esfera radiante,⁴⁷ no lecorbusierista, sino radiante por sí misma, sin necesidad de esfuerzos de orden arquitectónico, radiante por el fulgor del sol y por el resplandor del orden tan graciosa y armónicamente mantenido que el número de delincuentes comunes descende continuamente en su procento⁴⁸ anual según las más fidedignas estadísticas, que el hombre nunca está perdido porque para eso está la ciudad (para que el hombre no esté nunca perdido), que el hombre puede sufrir o morir pero no perderse en esta ciudad, cada uno de cuyos rincones es un recogeperdidos perfeccionado, donde el hombre no puede perderse aunque lo quiera porque mil, diez mil, cien mil pares de ojos lo clasifican y disponen, lo reconocen y abrazan, lo identifican y salvan, le permiten encontrarse cuando más perdido se creía

47. El *La ville radiante*, el arquitecto Édouard Jeanneret, «Le Corbusier» (1887-1965), expone un modelo urbano formado por grandes bloques entre amplias zonas verdes. 48. 'porcentaje', probablemente por deformación del italiano *porcento*.

Miguel Delibes

Cinco horas
con Mario

Ediciones Destino
Colección
Destinolibro
Volumen 144

MGV
12961



ROGAD A DIOS EN CARIDAD
POR EL ALMA DE

D. Mario Díez Collado

que descansó en el Señor, confortado
con los Auxilios Espirituales,
el 24 de marzo de 1968,
a los 49 años de edad

— R. I. P. —

Su desconsolada esposa, doña María del Carmen Sotillo; hijos, Mario, María del Carmen, Alvaro, Borja y María Aránzazu; padre político, Ilmo. Sr. D. Ramón Sotillo; hermana, María del Rosario; hermanas políticas, doña Julia Sotillo y doña Encarnación Gómez Gómez; tíos, primos y resto de la familia doliente, participan tan sensible pérdida y suplican una oración por el eterno descanso del finado.

Misa de alma: Mañana, a las 8, en la Parroquia de San Diego.

Conducción del cadáver: A las 10.

Las misas Gregorianas se avisarán oportunamente.

Casa mortuoria: Alfareros, 16, pral. dcha. Gráficas Pío Tello.

Después de cerrar la puerta, tras la última visita, Carmen recuesta levemente la nuca en la pared hasta notar el contacto frío de su superficie y parpadea varias veces como deslumbrada. Siéntete la mano derecha dolorida y los labios tumefactos de tanto besar. Y como no encuentra mejor cosa que decir, repite lo mismo que lleva diciendo desde la mañana: "Aún me parece mentira, Valen, fíjate; me es imposible hacerme a la idea". Valen la toma delicadamente de la mano y la arrastra, precediéndola, sin que la otra oponga resistencia, pasillo adelante, hasta su habitación:

—Debes dormir un poco, Menchu. Me encanta verte tan entera y así, pero no te engañes, bobina, esto es completamente artificial. Pasa siempre. Los nervios no te dejan parar. Verás mañana.

Carmen se sienta en el borde de la gran cama y se descalza dócilmente, empujando el zapato del pie derecho con la punta del pie izquierdo y a la inversa. Valentina la ayuda a tenderse y, luego, dobla un triángulo de colcha de manera

que la cubra medio cuerpo, de la cintura a los pies. Dice Carmen antes de cerrar los ojos, súbitamente recelosa:

—Dormir, no, Valen, no quiero dormir; tengo que estar con él. Es la última noche. Tú lo sabes.

Valentina se muestra complaciente. Tanto su voz —el contenido y el volumen de su voz— como sus movimientos, recatan una eficacia inflexible:

—No duermas si no quieres, pero relájate. Debes relajarte. Debes intentarlo por lo menos —mira el reloj—. Vicente no puede tardar.

Carmen se estira bajo la blanca colcha, cierra los ojos y, por si fuera insuficiente, se los protege con el antebrazo derecho desnudo, muy blanco, en contraste con la negra manga del jersey que la cubre hasta el codo. Dice:

—Me parece que hace un siglo desde que te llamé esta mañana. ¡Dios mío, qué de cosas han pasado! Y todavía me parece mentira, fíjate; me es imposible hacerme a la idea.

Aun con los ojos cerrados y preservados por el antebrazo, Carmen sigue viendo desfilar rostros inexpressivos como palos cuando no deliberadamente contristados: "Lo dicho"; "Mucha resignación"; "Cuidate, Carmen, los pequeños te necesitan"; "¿A qué hora es mañana la conducción?" Y ella: "Gracias, Fulano", o "Gracias, Men-gana" y ante las visitas eminentes: "¡Cuánto le

hubiera alegrado al pobre Mario verle por aquí!" La gente nunca era la misma pero la densidad no decrecía. Era como el caudal de un río. Al principio, todo resultó burdamente convencional. Carras largas y silencios insidiosos. Fue Armando quien quebró la tirantez con su chiste: el de las monjitas. El había creído que ella no le oía, pero Carmen le oyó, e independientemente de ella, Moyano, desde su palidez lechosa, con el rostro enmarcado por una negra y sedosa barba rabinica, le censuró con una acre mirada muda. Pero ya nada volvió a ser tan tenso como antes. Las barbas de Moyano y su palidez de muerto hacían bien en el velatorio. En cambio el mechón albino de Valen, detonaba. "Cuando me lo dijeron no podía creerlo. Si le vi ayer". Carmen se inclinaba y la besaba en las dos mejillas. En realidad, no se besaban, cruzaban estudiadamente las cabezas, primero del lado izquierdo, luego del derecho, y besaban al aire, tal vez a algún cabello desmandado, de forma que una y otra sintieran los chasquidos de los besos pero no su efusión. "Pero si yo misma. Anoche cenó como si tal cosa y leyó hasta las tantas. Y esta mañana, ya ves. ¡Cómo me iba a imaginar una cosa así!" Las barbas de Moyano cuadraban perfectamente con el ambiente. Y su tez cerúlea, demacrada, de hombre estudioso. Era lo único que Carmen podía agradecerle. "¿Te importa que pase a verlo?" "Al contrario, mujer". "Lo dicho, Carmen". Y las dos

mujeres cruzaban las cabezas, primero del lado izquierdo, luego, del lado derecho, y besaban, al aire, al vacío, tal vez a algún cabello suelto, de manera que ambas sintieran el effluvio de los besos pero no su calor. "Nunca vi un muerto semejante, te lo prometo. No ha perdido siquiera el color". Y Carmen experimentaba una oronda vanidad de muerto, como si lo hubiese fabricado con las propias manos. Como Mario, ninguno; era su muerto; ella misma lo había manufacturado. Pero Valen se resistía: "Prefiero recordarle vivo, ya ves". "Te advierto que no impone lo más mínimo". "Aunque así sea". Y lo mismo Menchu, pero ella era su hija y no tenía otro remedio. Al regresar del Colegio, ayudada por la Doro, la había obligado a entrar y la había forzado a abrir los párpados que ella se obstinaba en cerrar. "Mujer, déjala, si es aún una niña". "Es su hija y va ahora mismo porque se lo mando yo". Una histérica. Menchu se había comportado como una histérica.

—Cría cuervos.

—Déjalo, Menchu; relájate, anda; haz lo posible por relajarte. No pienses en nada ahora.

La mayor parte eran bultos oscuros con unos ojos abultados, miméticos. Les unía una difusa responsabilidad, un sentimentalismo acomodaticio y un goloso afán por apresarla —a ella; a Carmen— con los dedos o con los labios. Llegaban perplejos con ganas de despachar pronto: "Cuan-

do me lo dijeron no podía creerlo, si le vi ayer".

"Pobre Mario ¡tan joven!". El mechón albino de Valentina detonaba como un trallazo. También detonaban los libros, tras el féretro, con sus lomos brillantes, rojos, verdes y amarillos. Cuan- do los muchachos de Carón se fueron, ella les estuvo volviendo uno a uno, pacientemente, todos los de cubiertas chillonas que sobresalían del crespón negro. Al concluir, se sintió extraña- mente complacida y con los dedos llenos de polvo.

"Lo dicho"; "Salud para encomendarle a Dios". Después de todo hizo bien en mandar a Bertrán a la cocina. Un bedel no debe estar nunca donde estén los catedráticos. Y luego, la escena. Antonio había pasado un mal trago por su culpa. ¿Por qué asistirían los sordos a estas cosas? Antonio tan sólo dijo: "Se mueren los buenos y quedamos los malos", y, en realidad, no lo dijo; lo musitó, pero Bertrán dijo: "¿Cómo dice?", y Antonio lo repitió otra vez, quedamente, mirando antes, suspicazmente, a los lados, y Bertrán levantó los hombros y la voz y dijo: "si no le entiendo" y ponía por testigos a la concurrencia y Antonio miraba al cadáver y, luego, al acompañamiento, pero lo dijo otra vez y otra, alzando progresivamente la voz, mientras en los grupos se iba haciendo el silencio, de tal forma que cuando chilló, "¡que quedamos los malos y se mueren los buenos!" y Bertrán respondió:

hicieras cargo del pequenín? Sí, ya sé que son latosos, qué me vas a decir a mí, imagínate, un trago, pero es una cosa por la que hay que pasar, que los hombres a nada, unos mártires, que me gustaría a mí verte dando a luz, una y no más, Santo Tomás, en cuanto lo probases, a ver, como tu cuñada, que tampoco sabía lo que es eso, ella dice que inventarlo y soltar la lengua y no lo sabe tiene que inventarlo y soltar la lengua y malmeterte conque si yo abuso de tu paciencia, mira quién fue a hablar, y que si no sé el marido que tengo, como si yo te llevara a la tumba o poco menos. Encarna tiene más conchas que un galápago, Mario, para qué te voy a decir otra cosa, aunque con vosotros, ya se sabe, cuanto más buena se es, peor, que los hombres sois todos unos egoístas y el día que os echéis las bendiciones, un seguro de fidelidad, ya podéis dormir tranquilos. Me gustaría veros con una mujer sin principios, un poco ligera de cascos, ya te digo desde aquí que andaríais con más ojo, lógico, por la cuenta que os tiene, a ver.

II

En teniendo con qué alimentarnos y con qué cubrirnos, estamos con eso contentos. Los que quieren enriquecerse caen en tentaciones, en lazos y en muchas codicias locas y perniciosas que hunden a los hombres en la perdición y en la ruina, porque la raíz de todos los males es la avaricia, y por eso mismo me será muy difícil perdonarte, cariño, por mil años que viva, el que me quitases el capricho de un coche. Comprendo que a poco de casarnos eso era un lujo, pero hoy un Seiscientos lo tiene todo el mundo, Mario, hasta las porteras si me apuras, que a la vista está. Nunca lo entenderás, pero a una mujer, no sé cómo decirte, le humilla que todas sus amigas vayan en coche y ella a patita, que, te digo mi verdad, pero cada vez que Esther o Valentina o el mismo Crescente, el ultramarino, me hablaban de su excursión del domingo me enfermaba, palabra. Aunque me esté mal el decirlo, tú has tenido la suerte de dar con una mujer de su casa, una mujer que de dos saca cuatro y te has dejado querer, Mario, que así qué cómodo, que te crees que con un broche de dos reales o un detallito por mi santo ya

estás cumplido, y ni hablar, borrico, que me he hartado de decirte que no vivías en el mundo pero tú, que si quieres. Y eso, ¿sabes lo que es, Mario? Egoísmo puro, para que te enteres, que ya sé que un catedrático de Instituto no es un millonario, ojalá, pero hay otras cosas, creo yo, que hoy en día nadie se conforma con un empleo. Ya, vas a decirme que tú tenías tus libros y "El Correo", pero si yo te digo que tus libros y tu periodiqucho no nos han dado más que disgustos, a ver si miento, no me vengas ahora, hijo, líos con la censura, líos con la gente y, en sustancia, dos pesetas. Y no es que me pille de sorpresa, Mario, porque lo que yo digo, ¿quién iba a leer esas cosas tristes de gentes muertas de hambre que se revuelcan en el barro como puercos? Vamos a ver, tú piensa con la cabeza, ¿quién iba a leer ese rollo de "El Castillo de Arena" donde no hablas más que de filosofías? Tú mucho con que si la tesis y el impacto y todas esas historias, pero ¿quieres decirme con qué se come eso? A la gente le importan un comino las tesis y los impactos, créeme, que a ti, querido, te echaron a perder los de la tertulia, el Arótegui y el Moyano, ese de las barbas, que son unos inadaptados. Y no sería porque papá no te lo advirtiera, bueno es, que leyó tu libro con lupa, Mario, a conciencia, ya lo oyes, y dijo que no, que si escribías para divertirme, bien, pero que si pretendías la gloria o el dinero lo buscases por otro camino, ¿te acuerdas?, bueno, pues tú erre que erre. Y me explico que a otro cualquiera no le hicieras caso, pero lo que es a papá, un hombre bien objetivo que es, no me digas, que

colabora en las páginas gráficas de ABC yo creo que desde que se fundó, hace muchísimo, y en otra cosa puede que no, pero en eso de escribir, sabe la tecla que toca, ¡vaya si sabe! Y yo misma, Mario, ¿no te dije yo misma mil veces que buscases un buen argumento, sin ir más lejos el de Maximino Conde el que se casó con la viuda aquella y luego se enamoró de la hijastra? Pues esos argumentos son los que interesan a la gente, Mario, desengáñate, que ya sé que era un poco así, un poquitín verde, vamos, pero cabría hacerle reaccionar al protagonista en decente cuando ella, la hija, se le entrega, y de este modo la novela quedaría inclusive aleccionadora. Bueno, pues tú a tu cuento, por un oído me entra y por otro me sale, a los dos años publicaste aquello de "El Patrimonio", que era irresistible, te lo digo de corazón, que es que no hay por dónde cogerlo, porque ¿tú crees, Mario, que le puede interesar a alguien un libro que pasa en un país que no existe y cuyo protagonista es un sorche al que le duelen los pies? Valentina se tronchaba comentándolo en el té de los jueves; todas, lógico, que sólo Esther te echó una mano, por la costumbre, a ver, por darse pote, que a la legua se veía que tampoco lo había entendido. Y es que esos soldados eran rarísimos, Mario, compréndelo. ¿Cómo pueden los soldados de dos ejércitos enemigos saltar de las trincheras y abrazarse y decirse que no volverían a dejarse empujar por AQUELLA FUERZA? Tú ponías siempre en los libros palabras con mayúsculas o con bastardillas, no sé porqué, que Armando dice que porque hace bien, vete a saber,

pero el caso es que no se entendía una jota del libro porque si los generales ven a sus soldados abrazarse con los otros, los hubieran fusilado en el acto y con toda razón además, fíjate. De entrada, eso ya era raro, querido, pero era todavía más raro que el sorche dijera, de repente, sin venir a cuento: "Dónde está ESA FUERZA? ELLA no tiene cabeza, ni forma, ni sabe nadie dónde se esconde" y, sin más explicación, todos los soldados se asustan, vuelven a sus trincheras y empiezan a dispararse tiros otra vez. Sinceramente, cariño, ¿tú crees que esto tiene pies ni cabeza? La sandia de Esther, en su afán de echarte un capote, que eran símbolos, ya ves tú, como si ella supiera con qué se come eso. Más razón tenía Higinio Oyarzun cuando dijo una noche en el Círculo, que bien que le oí, que me dejó helada, que el libro era la obra de un pacifista y de un traidor, que don Nicolás no tardó en venirte con el cuento, que lo sé todo, dichoso don Nicolás que ni sé cómo le dejan dirigir un periódico, un hombre que estuvo preso, casi un año, cuando la guerra. Por mucho que te rías, Mario, don Nicolás es un hombre de la cáscara amarga, no sé si de Lerroux o de Alcalá Zamora pero significado y, desde luego, muy rojo, de los peores, de los que no acaban de dar la cara. Y buena está la gente bien con él, natural, siempre tirando puntaditas y molestando, que debería estar más corrido que una mona, ya ves tú, que aunque no se debe odiar, yo le tengo una manía a ese hombre que no le puedo ver, el daño que te ha hecho. Entre

él, el Aróstegui, el Moyano y toda la camarilla, te han puesto la cabeza del revés, cariño, que tú al principio no eras así, no me vengas ahora. Y, luego, aquella humareda, ¡Santo Dios! ¿Puede saberse qué es lo que hacíais allí, fumando tanto rato? Arreglar el mundo, fijo, que os quitabais la palabra de la boca, madre qué voces, y total para nada, cuatro tonterías, que si el dinero era astuto, que si el dinero era egoísta, ya ves tú, que lo único que no decíais del dinero era la pura verdad, Mario, que es necesario, y mejor nos hubierais ido si en vez de hablar tanto del dinero os hubierais puesto a ganarlo, como yo digo. Porque tú sabes escribir, querido, te lo digo y te lo repito, lo único los argumentos, que yo no sé qué maña, te dabas, que ni escogidos con candil, eso cuando se te entendía, que cuando te ponías a hablar de estructuras y cosas de esas me quedaba in albis, te lo prometo. ¡Con lo que a mí me hubiera gustado que escribieras libros de amor! Ahí tienes un tema que llega, Mario, que el amor es un tema eterno, pues porque sí, porque es muy humano, porque está al alcance de todas las mentalidades. ¡Si me hubieras hecho caso! La historia de Maximino Conde, imagínate, un hombre maduro, casado en segundas con la madre y enamorado de la hija era un argumento de película, bueno, pues ni ese gusto, que el caso es llevar siempre la contraria. No quiero llorar, Mario, pero si echo la vista atrás y reparo en las pocas veces que me has hecho caso en la vida, no puedo remediarlo. ¡Es que tanto esfuerzo te hubiera costado ganar para un Seiscientos, di, pedazo de hol-

gazán? Porque yo no digo hace años, pero lo que es ahora, si parece que los regalan, Mario, lo que se dice todo el mundo, que el mismo Paco el otro día, ya ves, "¿sabes conducir?", y yo, "muy poco, casi nada", a ver qué iba a decirle, "no tenemos coche", y él venga de darse coscorrones. "¡No, no, no!", que no se lo creía, fíjate. Los niños se hubieran vuelto locos con un Seiscientos, Mario, y en lo tocante a mí, imagina, de cambiarme la vida. Pero no, un coche es un lujo, figúrate a estas alturas, cualquiera que te oiga, lo mismo que la cubtería. Veintitrés años, Mario, tras los cubiertos de plata, que se dice pronto, veintitrés años esperando corresponder con los amigos, que cada vez que les invitaba, a ver, una cena fría, todo a base de canapés, tú dirás, una no puede hacer milagros. ¡Qué vergüenza, santo Dios! A mí que siempre me horrorizó hacer el gorrón, que yo recuerdo mamá, que en paz descansa, todo lo contrario, "antes pecar por largueza", claro que en casa era distinto, otro plan, sobre todo antes de lo de Julia con Galli Constantino. Pero a ti siempre te trajo sin cuidado que mi familia fuese así o así, Mario, seamos francos, que yo estaba enseñada a otra clase de vida, que a veces pienso en la cara que pondría la pobre mamá si levantara la cabeza y mejor muerta, como te lo digo. Habría que oírlo: ¡Una criada con cinco criaturas! "La vida evoluciona, son otros tiempos", ya, me río yo, son otros tiempos para nosotros, desgraciadas, por aquello de los buenos principios que vosotros mientras, a hablar y fumar, ya se sabe, o

a escribir un rollo de esos que no hay quien lo digiera, como si escribir fuese trabajar, Mario, porque no me digas a mí... Bien mirado, la tonta fui yo, que de novios ya pude ver de qué pie cojeabas. "Un duro a la semana; mientras no lo gane no tendré más", ya ves, qué bonito, que tu padre, no es que yo lo diga, cariño, que toda la ciudad andaba en lenguas, tenía fama de roñoso, y Dios me libre de pensar que lo fueras tú, pero si tú por tu formación o por lo que sea, no sentías necesidades, eso no quiere decir que no las sintiésemos los demás, que yo, hablando en plata, estaba acostumbrada a otra cosa, que no es que yo lo diga, que cualquiera que me conozca un poco te lo puede decir. Créeme, Mario, todavía me duelen las plantas de los pies de patear calles, y si llovía, a los soportales, y si helaba, al calorillo de los respiraderos de los cafés. Sinceramente, ¿tú crees que ése era plan para una chica de clase media más bien alta? No nos engañemos, Mario, las cosas salen de dentro y tú, desde que te conocí, tuviste gustos proletarios, porque no me digas que al demonio se le ocurre ir al Instituto en bicicleta. Dime la verdad, ¿te correspondía eso a tí? Desengáñate, Mario, cariño, la bici no es para los de tu clase, que cada vez que te veía se me abrían las carnes, créeme, y no te digo nada cuando puse la sillita en la barra para el niño, te hubiese matado, que me hiciste llorar y todo. ¡Qué sofocón, cielo santo! Valen llegó un día con mucho retintín: "He visto a Mario con el niño", que yo no sabía donde meterme, te lo prometo, "ahora le ha dado por ahí, ya ves,

MANUEL LUEIRO REY

MANSO

EDITORIAL OBERON. Buenos Aires

Había transcurrido una semana desde la noticia comunicada por el hijo de Servando y nadie sabía en la aldea, de forma concreta, qué era lo que en realidad estaba pasando en España.

Lo que posteriormente fue llegando en relación con la guerra, era todo muy confuso y no aclaraba la situación.

Basilio, en la feria de Ribartanes, logró informarse de algo. Le dijeron "que los militares estaban divididos", "que una parte de ellos seguía defendiendo al gobierno de la República, porque continuaban siendo fieles al juramento de la bandera", "que otra parte de los militares, olvidando el juramento que habían hecho, eran los sublevados y habían dominado la situación en Sevilla y Marruecos", "que los rebeldes traían los moros de África para hacer la guerra en España, y como no podían atravesar por mar, los transportaban en aviones", "que en casi todos los barcos de la Marina, la tripulación se había apoderado de los buques, eliminando a la oficialidad", "que los muertos se contaban por cientos y que varios pueblos habían sido destruidos", "que los falangistas se habían lanzado a la calle como fieras, armados hasta los dientes, matando de noche y de día a los hombres republicanos, dejándolos tumbados por las cunetas de las carreteras"...

Todo era confuso, incomprensible.

Basilio pudo oír la radio a pesar de que estaba

prohibido con amenazas de muerte, y vio, sorprendido, que se daban vivas a la República por un lado y el otro, y que cada grupo hablaba con entusiasmo de sus victorias en defensa de la Patria.

De vuelta de la feria al día siguiente, cuando apenas empezaba a amanecer, dos kilómetros antes del sendero hacia el monte en dirección a la aldea, el grupo que caminaba con los fardos al hombro, encontró cuatro hombres muertos en la cuneta de la carretera. Eran muchachos jóvenes, de veintitantos años a lo sumo. Todos ellos acribellados a balazos. Uno aparecía caído de frente sobre la alambrada de espino de un huerto, dando la espalda a la carretera, con las piernas dobladas, de rodillas, y los brazos colgando, como si fuese un espantapájaros. En la nuca, y en la parte baja del cuerpo, se le veían los orificios de las balas. Los otros, tumbados de bruces sobre la hierba de la cuneta.

No tuvieron ni tiempo para reaccionar. El ruido de una motocicleta con sidecar les hizo apartarse del lado de los muertos hacia el centro de la carretera. Bajó una pareja de la Guardia Civil ordenándoles que continuasen caminando. Uno de los guardias tendió unas mantas sobre los cadáveres. Ellos siguieron monte arriba, hacia la aldea, sin decirse nada. Y más tarde lograron saber que se trataba de cuatro muchachos de Becerreá, que habían sido sacados de casa por los falangistas la madrugada de aquel día porque estaban acusados de participar en las elecciones de febrero defendiendo la candidatura republicana.

Después de aquello, la incertidumbre iba en aumento. Fueron llegando poco a poco algunos comentarios. Pero nada era posible aclarar, saber de cierto lo que estaba sucediendo por los pueblos de España.

Servando al no volver a tener noticias de su hijo, se decidió a ir a Lugo. Quería verlo, hablar con él, saber cómo estaba y lo que pudiera haberle sucedido. Pero cuando llegó a Lugo, le informaron en el cuartel que su hijo Luis había sido trasladado a La Coruña, y desde allí partiría rápidamente con dirección a Asturias.

Cuando Servando regresó a la aldea, traía la cabeza aturdida y el corazón oprimido. No fue capaz de explicar lo que había visto. Sí, había visto militares y falangistas por las calles, armados hasta los dientes, enfurecidos, entrando y saliendo en los edificios oficiales, partiendo en automóviles hacia los pueblos, y camiones rodando de un lado para otro, y las gentes caminando con una terrible expresión de espanto, sin formar grupos, sin dirigirse la palabra, huyendo, escapando... Era un movimiento extraño, como si de todas las esquinas de las calles pudiese aparecer en cualquier momento el arma asesina que lo dejase a uno despanzurrado sobre los adoquines, un movimiento que daba a la ciudad un aspecto trágico, muy distinto a como la había visto en otras ocasiones. Se veía que sí, que algo tremendo, algo raro estaba sucediendo. Pero sin embargo los comercios estaban abiertos, porque eran obligados los dueños a hacerlo, sin gente que hiciesen compras, y los cafés y los bares casi vacíos de parroquianos, ocupados por algunos de ellos, por falangistas y militares, bebiendo insaciables, y los espectáculos que también seguían funcionando. A veces, desde unos altavoces instalados en el exterior de varios edificios oficiales, se decían cosas muy extrañas que él no logró entender. Era un galimatías de palabras, azuzando a la gente. Y entre ellas "la defensa de la Patria" era la frase que más se repetía. Palabras que se repetían continuamente como una can-

tinela embarullada... Cuando cesaban las voces, se oían marchas militares, unas detrás de otras, marchas militares...

Servando estuvo a punto de ser detenido. Fue cuando salía del cuartel. Un grupo de falangistas le dio el alto, apuntándole con los cañones de los fusiles. Sintió un escalofrío por todo el cuerpo, viniéndole a la memoria los muertos que había visto Basilio tumbados en la cuneta. Un escalofrío que lo dejó paralizado, pues había oído decir en el hospedaje que allí, en Lugo, se mataba a la gente por menos de un pitillo. Quedó quieto y levantó los brazos. Uno de los falangistas se acercó a él por la espalda, apoyó el cañón de la pistola en la parte alta de la columna vertebral y le cacheó, pal্পándole los costados, los bolsillos de la chaqueta y el de la parte de atrás del pantalón. Luego le pidió la documentación. Servando no tenía más documentación que la cédula y se la entregó. El falangista le dijo que aquello no servía para nada, que era papel para limpiar el culo. Que hacía falta el salvoconducto expedido por el alcalde o por la Guardia Civil. Servando le dijo que en la aldea en donde vivía no había alcalde ni Guardia Civil. El falangista insistió, mientras apretaba el cañón de la pistola contra el vientre, diciendo que debía haberlo solicitado en la alcaldía, porque toda aldea tiene su alcalde, o en el cuartel de la Guardia Civil más próximo. Servando le explicó buena-mente que él no lo sabía, y que viniera a Lugo para ver a su hijo, que era soldado, pero que ya no estaba en el cuartel porque había salido para Asturias. El falangista vio que era persona de orden, "y se salva porque lo iba a pasar mal, muy mal", le devolvió la cédula, repitiéndole que era papel para limpiar el culo, le aconsejó que regresase inmediatamente a su aldea, solicitando el sal-

voconducto en el mismo cuartel, y le dejó en libertad.

En la aldea, aún después de la llegada de Servando, se continuó sin saber nada en concreto de lo que estaba pasando en España.

Pero poco duró esta situación.

Vencida una semana más, el vecindario empezó a sufrir las consecuencias de la guerra.

Una tarde llegó hasta el pueblo la pareja de la Guardia Civil.

Por el sendero del bosque, buscando la sombra, se les vio aparecer. La presencia de la Guardia Civil paralizó la vida del campo. Los hombres que trabajaban abandonaron las tierras de labor y se fueron en dirección a sus casas.

Nadie podría suponerse cuál era el motivo que los llevaba hasta allí. Sospechaban que la visita tendría que ver con la guerra civil, pues desde el robo en casa de Jesús, nada había sucedido en la aldea para que su presencia fuera necesaria. "¿Contra quién vendrán?", se preguntaban calladamente. "¿Contra quién?"

Para los chiquillos de la aldea, la pareja de la fuerza fue un acontecimiento extraño y sorprendente, algo nuevo, desconocido para sus vidas incipientes. Jamás habían visto más uniforme que los uniformes de los músicos, por las fiestas del patrón, una vez al año, que se celebraban en los últimos días de setiembre, cuando la vendimia tocaba a su fin y en el ambiente se palpaba el olor fresco y fuerte del mosto fermentado.

Los chiquillos, en grupo, siguieron a la pareja de la Guardia Civil. Iban detrás de ellos, separados unos cuantos metros, apurando el paso, y hacían sus comentarios en voz baja. Alguno más decidido echaba una carrerilla y los veía de frente, pero luego se iba rezagando hasta unirse con los demás.

Miraban todos con mucha atención los mínimos detalles: los botones de la guerrera, los correajes, el charol de los tricormios, los cañones de los fusiles... Y en el brillo claro de sus ojos se le reflejaba esa envidia natural como si estuviesen delante de un juguete, ajenos totalmente a lo que todo aquello podía significar.

Cuando la pareja se quedó parada delante de la casa de Servando, los chiquillos ya estaban a la misma altura, tímidos, desconfiados. Uno de los guardias llamó por uno de los niños. El aludido se resistía, agachando la cabeza con vergüenza. Los demás del grupo lo empujaban para que se acercase. Después de varios empujones, como el guardia insistía, el rapaz obedeció a la llamada.

El guardia le puso la mano encima de la cabeza, entre el pelo revuelto, comentando con el compañero que tenía el mismo color que el pelo de los bueyes. Luego dijo:

—¿Tienes miedo?

El rapaz no dijo nada. Lo miraba con gesto desconfiado.

—No te haremos daño. ¿Cuántos años tienes?

—Doce —respondió el rapaz tímidamente.

—¿Eres de aquí, de esta aldea?

—Sí.

—¿Vas a la escuela?

—Sí.

—¿Trabajas mucho?

El rapaz, con la cabeza agachada, se echó a reír. De vez en cuando miraba al guardia de soslayo.

—Tienes cara de aplicado. Seguro que aprovechas el tiempo. Irás a la escuela y trabajarás ¿verdad? —y seguía removiéndole el cabello.

—Voy con las vacas al prado.

—Bueno, eso no es mucho trabajo... Seguro

que te gusta más ir con las vacas que estar en la escuela.

El rapaz se quedó serio, más avergonzado aún, sin atreverse a responder.

—Seguro que sí —repetía el guardia—. Seguro que te gusta más ir con las vacas... Pues ¡hala!... a seguir cuidando de las vacas que hacen falta.

El rapaz salió corriendo, como un pájaro que dejan suelto, y se mezcló con los demás.

El guardia, después de secarse el sudor de la frente y de desmontar el fusil del hombro, golpeó las manos por encima del muro del huerto de Servando. Tuvo que repetir la llamada dos veces más.

Servando, que también abandonó la cantera cuando los vio por el sendero del bosque, lleno de malos presentimientos, asomó por una de las puertas.

—Me haría usted el favor... —dijo el guardia indicándole que se acercase.

Al mismo tiempo que se acercaba al muro, Servando notaba que el miedo se le hacía un nudo en el centro del pecho dificultando la respiración.

—Don José Zaldúa, el maestro nacional, ¿dónde vive?

Servando alargó el brazo señalando la dirección del camino que descendía.

—En la casa que se ve al fondo del camino, la de los balcones de hierro.

—¿La última que se ve? —dijo uno de los guardias.

—Sí, la de los balcones de hierro.

—Gracias.

Y se fueron andando camino abajo.

Los rapaces siguieron detrás de ellos, cada vez más distanciados.

Pronto se extendió por toda la aldea el rumor de la detención de don José.

—Buscan a don José.
 —Lo llevan detenido...
 —Sí, la Guardia Civil...
 —No podía ser cosa buena...
 —¿Pero por qué?...
 —¿Por qué?...
 —¿Por qué?...
 —¿Por qué?...

Conocían a don José. "Don José siempre fue un hombre pacífico." "Don José nunca se metió en política." "¿Por qué habían de detenerlo?" "¡Mal-dita guerra!"

Nadie ignoraba que la vida de don José estuvo limitada a la enseñanza. Lo sabían todos. Allí estaba, desde muchos años, encariñado a la aldea, luchando día tras día para conseguir llevar un poco de luz a todos los niños que pasaron por su escuela, algo que los preparase como hombres para los caminos retorcidos del mundo. Hacía veinte años que había llegado al pueblo. Ya no quiso moverse de allí. Él decía que no podía, porque unas raíces humanas lo ataban a aquella tierra.

Servando se fue hacia la zoquería. Llegó al taller con la voz ahogada en la garganta.

—Es a don José, Basilio, a quien vienen a detener.

Basilio recibió la noticia sin responderle nada. Cuando los vio pasar por delante de la zoquería, ya había pensado que uno de los dos tenían que ser, o los dos; pero había que esperar con serenidad, sin perder la calma.

Servando, seguía nervioso, preocupado, sorprendiéndole que Basilio encajase la noticia con tanta frialdad. "¿Cómo es posible que no diga nada? ¿Cómo puede callar?... No lo entendía. Le parecía absurdo. Ni don José merecía esa indiferen-

cia, ni el temperamento de Basilio estaba hecho para esa pasividad.

—Te digo que es a don José a quien vienen a detener. ¿No me has oído?...

Basilio dejó la pieza que trabajaba sobre la banquilla y encendió un cigarro. Luego dijo:

—Ya te oí, Servando. Pero debes tener calma. En estos momentos hace falta mucha calma. No se gana nada con ponerse nervioso. Siguió fumando.

Servando pensaba en ese momento que tal vez tuviese que ser así, pero su sangre no se lo permitía.

—¿Lo llevan ahora? —dijo Basilio.

—No sé. Están en su casa desde que llegaron. Me preguntaron a mí dónde vivía.

—Pudiera ser para alguna declaración.

Basilio hablaba para convencerse a sí mismo. Pero no era fácil conseguirlo. En el fondo casi tenía la seguridad de que la detención era un hecho.

—¿Declaración de qué?

—¡Qué se yo, Servando!... No creo que tenga importancia. Don José es buena persona, no hizo nada. ¿Por qué van a detenerlo?...

A Basilio le salían las palabras sin seguridad. No respondían a lo que estaba pensando. Mordía el labio inferior y tenía los ojos fijos en la claridad de la puerta. Permaneció así unos segundos. Luego sacudió la ceniza del cigarro y dijo:

—¡Bah!... Nada, Servando, nada... No puede ser nada de importancia —palabras que se dijo para sí mismo, contestando a las preguntas que interiormente se estaba haciendo.

—¿No los conoces, Basilio?

—Sí. Son del Puesto de San Clodio... ¿Pero qué puedo hacer?... Si traen una orden tienen que

cumplirla. Y la cumplen, ¿sabes?... ¡No hay vuelta que darle!... No hay más remedio que esperar.

Servando expulsa el aire con la misma fuerza que si hubiese recorrido el monte a trote. A veces se asoma a la puerta como si temiese que alguien les estuviese escuchando. "Hará falta calma", se dice. Pero no la encuentra. "Y si Basilio los conoce, debe de hablarles. Es don José el que está en peligro... Traerán una orden. Pero las órdenes se cumplen o no se cumplen. Depende de quién sea el penitente... ¡Quién sabe! A veces se consiguen las cosas más extrañas... ¿Por qué no lo hace Basilio?..."

Servando, sin despegar los labios, piensa en todo con calma. Calcula detenidamente las posibilidades. "Podía huir, esconderse en algún lado. Si no apareciese, los guardias con decir que no estaba en la aldea, tenían todo arreglado. Si don José no aparece, ellos no pueden inventarlo. La cosa no es difícil. Todo es querer ayudar... ¿Por qué no les habla Basilio?..."

Sigue expulsando el aire de los pulmones como si fuera impulsado por un fuelle.

Basilio le dice:

—¡Quién sabe, Servando, si no me tocará a mí también!

La respiración de Servando quedó cortada de repente, como si le hubiesen taponado la boca con estopa. Después pregunta sorprendido:

—¿A ti, Servando?

—Sí. A mí también puede tocarme.

Y a continuación le explica el por qué también puede ser detenido:

—Hace cuatro días salvamos a un hombre. Querían matarlo. Era un pariente de don José, el médico de Lugo. Consiguió escapar y vino hasta aquí,

huyendo como un perro. ¡Venía más muerto que vivo! Llevaba más de una semana por los montes, sin comer, durmiendo entre los matorrales a cielo descubierto. Tenía que caminar de noche y permanecer escondido de día, como un conejo que no se atreve a ver la luz del sol. Y con sesenta y cinco años a costillas, que no dan para mucho. Pero la vida tira de uno y obliga a lo que sea. Entre don José y yo le preparamos la huida desde aquí. Eché mano de "Manso" y del carrillo y nos fuimos una noche monte arriba. Teníamos que llegar antes del amanecer al punto señalado. Metí al pariente de don José entre cuatro sacos de zuecos y allí, encogido como un erizo, atravesó todo el monte sin dar un respiro. Bastante antes del amanecer ya estábamos más allá del cruce de Sierra Longa. "Manso" estaba húmedo como si cayera al río. Al llegar a la carretera tuvimos que esperar un momento. Le pregunté que tal iba entre los sacos. Me contestó que allí no había cuidado. No podía exponerse y salir a respirar libremente. Viéndome a mí solo siempre había disculpas; pero si lo veían a él, estábamos los dos cazados. Encendí un cigarro y aproveché la lumbre para ver la hora: eran las tres y media de la madrugada. Bajé del carro y fui caminando un rato largo. No era conveniente que me vieran parado. Y como el lugar de la cita ya estaba cerca procuré ir poco a poco, dando tiempo a los otros. Cuando iban aproximadamente transcurridos cinco minutos más, vi a lo lejos el resplandor de los faros de un automóvil. Entonces subí de nuevo al carro. Y pronto la luz de los faros me dio de lleno en la cara. "Manso" cabeceó. El automóvil frenó a mi altura. Bajaron dos muchachos jóvenes, vestidos de requeté, con la boina roja y la camisa kaki, empuñando los mosquetones. Me dieron el alto. Uno de

ellos se acercó. Levantó el cañón del mosquetón hacia el cielo y me dijo:

—¿Conoces la Osa Mayor?

—Sí —le respondí.

Era la contrasena. El pariente de don José al oír lo que decía el muchacho, se revolvió entre los sacos y saltó del carro. Le dijeron que subiera al automóvil sin perder tiempo alguno. Antes me abrazó y me dijo:

—Que tengas suerte, Basilio.

—Gracias, señor. A usted que no le falte —le respondí.

Y siguieron veloces en dirección a Orense... Tenían que llegar cuanto antes a Salvatierra de Miño. Allí los esperaba un cura, que era amigo de don José, para pasarlo a Portugal, atravesando el río en una barca. El cura, dos veces a la semana, decía misa en Monzón. Lo llevaría con él como si fuese el sacristán. Después tendría que arreglar su vida como fuera. Cuando perdí de vista la luz de los faros, me subí al carro y seguí carretera adelante, en dirección contraria a la de ellos, hasta Ribartanes. Y aproveché la feria...

Cuando Basilio dice las últimas palabras, un rapaz entra en la zóquería y le explica que los guardias que están con don José quieren verlo a él, que haga el favor de acercarse hasta allí.

Basilio y Servando se quedan mirando fijamente el uno para el otro. Los dos tienen el mismo pensamiento clavado en las sienas.

Servando, inquieto, comienza a dar vueltas de la puerta hasta la banquilla, expulsando el aire con fuerza.

—Calma —le dice Basilio, y se baja las mangas de la camisa sin apresurarse, mete en los bolsillos del pantalón el tabaco y el mechero, coloca

la chaqueta sobre los hombros y sale. Desde la puerta le dice a Servando:

—No te muevas de ahí. Pronto vendrá Esteban. De lo que hablamos no le digas ni una palabra. —Confía.

Servando queda viendo desde el umbral cómo Basilio se dirige hacia la casa de don José. Lleva el rapaz al lado. A veces le habla algo que el rapaz atiende y contesta, pues ve que levanta la cabeza y estira un brazo señalando algo a lo lejos. Luego piensa que los tiempos no son buenos. Que puede suceder cualquier cosa. "Ellos pueden negar. Nadie puede asegurar que estuvieron con ese hombre. Aunque los viese alguien, no tendría tan mala sangre... ¡Qué se yo!... Y una orden de detención desde Lugo, también tiene lo suyo."

Servando chascó la lengua y dijo: "¡Maldita guerra!" Y al momento le vinieron a la memoria como liebres que saltan de forma imprevista, varias de las desgracias que tuvo que sufrir don José... Cuando se le disparó la escopeta y le dejó la pierna como si un bloque de piedra de la cantera se la hubiese pillado... Y el tétanos, que lo tuvo a la muerte, casi metido en la caja... Y la muerte de la mujer, aquella mujer alta y fuerte y joven que parecía que iba vendiendo salud, y que de la noche a la mañana, como quien roba la paz de un hogar hundiéndose el tejado, se la llevó la muerte de un golpe seco... "¡El médico!... ¡El médico!... ¡El médico!..." gritaba la gente de la aldea. Y cuando llegó el médico ya estaba en el otro mundo... Y aquellos siete años inocentes de su hija, alelados por la meningitis...

Servando está aturdido por los recuerdos. Se sienta en un taburete y apoya la cara en la palma de la mano izquierda con el codo firme sobre la pierna. Mira hacia la puerta sin que sus ojos per-

ciban nada. Luego exclama en voz alta como si estuviese hablando con alguien: "¡Recoño!... ¡Y ahora esto!... ¿Pero si don José casi es un santo, por qué carajo suceden estas cosas?..."

Cuando Basilio regresa a la zoquería, Servando tiene la cabeza apoyada en las manos, mirando al suelo, sin conseguir comprender lo que está sucediendo.

—¡Se llevan a don José! —dice Basilio—. Ahora mismo. Para la cárcel de Lugo. De allí recibieron la orden de detención.

—¿Y a ti?...

—A mí no me dijeron nada. Quieren que los lleve en el carrillo para ver si alcanzan el coche de línea de Becerreá.

—¿Qué dicen los vecinos?

—No hablé con nadie.

Salen de la zoquería. Basilio empuja la puerta y pasa la llave.

—Yo voy hacia la cuadra. Espera a Esteban y dile que venga hasta allí. Quiero que me acompañe.

Cuando Basilio penetra en la cuadra, la cabeza le da vueltas. Piensa en lo absurdo y paradójico que a veces resultan las cosas que hacen los hombres. Está viendo como el mismo caballo y el mismo carro, sirven para dar la libertad a un hombre y para llevar a otro camino de la cárcel. El mismo caballo y el mismo carro conducido por la misma persona que mantiene los mismos sentimientos, sin que el estado de ánimo hubiese variado en algo. "¿Por qué sucede así? —se pregunta—. ¿Por qué ha de estar la vida hecha de realidades repugnantes?... ¿Por qué han de ser monedas de buena ley el fariseísmo, la adulación, el egoísmo, la mentira?..." Basilio sabe que si a las falsedades que recorren el mundo como mer-

cancía estimable para muchos, no se le pone freno, la vida terminará convirtiéndose en una canallada monstruosa. Y la vida puede ser hermosa, alegre, feliz. Piensa que si los hombres se desprenden del egoísmo que les come el alma como la polilla come la madera, la vida podía entrar en una fase de recuperación. Y los hombres podrían vivir dignamente, sin que ninguno tuviese facilidad para atropellar a los demás. Recuerda en ese momento las palabras que le dijo Servando: "Ideas de América que no sirven para la aldea... ¿Por qué no han de servir las ideas para la aldea?... ¿Es que los que vivimos aquí somos bestias?... No, no, no..." Basilio sabe que cada hombre de la aldea tiene un corazón y un estómago que hay que respetar. Y tienen unos sentimientos, y unos deseos humanos, y unas ansias justas, que hay que tener en cuenta para evitar que la traición y la ignominia se puedan convertir en un aprovechamiento rentable, en la conveniencia injusta de unos pocos para seguir explotando a los demás. Basilio sabe que hace falta justicia, y el hombre tiene que exigirla a gritos por todos los caminos del mundo.

Basilio ve que tiene las botas llenas de polvo un polvo espeso, terroso, que cubre todo el cuero como una capa impermeable. Y piensa que es el polvo de los caminos de la aldea, de los pobres y miserables caminos de la aldea, el mismo que penetra en los pulmones de las gentes que trabajan el campo de sol a sol, para que los frutos de la tierra vayan a parar a las casas de los ricos. El mismo polvo que se convierte en barrizal cuando el invierno azota sin piedad. El mismo polvo que se convierte en lama y humedece los zuecos de los campesinos y el pie descualzo de los rapaces de la aldea... "¿Quién dice que las ideas no sirven para

las aldeas?... Es aquí a donde hay que traer las ideas... Hasta aquí... Para que los hombres aprendan a gritar..."

Arrastra el carro hacia la salida de la cuadra. "Manso" al sentirlo relincha despaciosamente desde una esquina.

Una vez preparados los arreos, golpea suavemente el cuello de "Manso" y le ciñe la cabeza. Luego lo mete entre las lanzas, fijando la cincha. Sube al pescante, coge las riendas y emprende la marcha.

Frente a la casa de don José están los vecinos en grupos, callados, esperando la salida. Algunas de las mujeres están llorando.

El primero en acomodarse en el carrillo es don José, ayudado por Esteban. Don José lleva los ojos hundidos y tristes. Es la misma tristeza de siempre, la que quedó de manera fija después de la muerte de su mujer, la que se fue acentuando cuando su hija quedó como un trozo de carne inservible para la vida.

Los vecinos presencian la escena unidos por el mismo pensamiento. Ven partir a don José y saben que no pueden hacer nada por él. Sienten el peso de la incertidumbre. "¿Qué será de él?... ¿Volveremos a verlo?... ¿Lo matarán?..."

Sube la pareja de la Guardia Civil y toma asiento al lado de don José. Desmontan los fusiles del hombro y los colocan entre las rodillas.

Basilio salta al pescante y emprenden la marcha. Las mujeres continúan llorando. Todos le dicen adiós, moviendo las manos.

Poco a poco se va perdiendo el carrillo por el camino abajo, en dirección al bosque, dejando detrás una nubecilla ligera de polvo que nace entre las patas de "Manso" y se eleva flotando entre la luz del sol.

Don José, durante todo el trayecto, no dijo más palabras que estas:

—¿Sabes lo que he soñado esta noche, Basilio?

—Diga, don José.

—Soñé que algún día los hombres se harán buenos y la vida entonces será hermosa...

Después, ya no hubo más ruido que el rodar continuado del carro y el trote rítmico de "Manso".

tabaco. Y tampoco la admite el mejor vino de la casa con ese trago de media mañana de una botella cobijada en la sombra de una oquedad del frente de cantera donde corre un hilillo de agua. ¿Y para qué hablar de la siesta? ¿Cuál cree usted que será mejor? Si ahora al hombre le quita usted la ambición, el instinto de emulación y competencia y el apetito por todos los falsos bienes que le enseñan sus padres y la sociedad, dígame dónde es capaz de vivir mejor. Pero hay más: hay sin duda un goce en el rebajamiento, un placer en la desventura y una delectación en la miseria que -para el prisionero que arrastra sus botas por los caminos del cautiverio, para el penado que escupe en las manos antes de coger la pala, el jugador que maldice su penúltima pieza y el escolar que, solo en el aula, contempla embriagado y aterrado ese montón de páginas en blanco que ha de llenar con el odioso proverbio en el que ya no creará jamás- tanto más perdurables y estimulantes cuanto no conocen el hartazgo ni la satisfacción ni el premio. El yacimiento se halla en la margen izquierda del arroyo Tarrentino, un par de kilómetros aguas arriba de su confluencia con el Torce, encerrado entre paquetes verdosos, pardos y verticales de cuarcita ordoviciense y arenisca devónica, escondido entre las fragosidades de un estrecho y zigzagueante valle cubierto en su mermada anchura de un manto de césped, unas hileras de melancólicos chopos y un sonoro y violento curso de agua apenas visible bajo un continuo seto de salgueros, abedules y maílllos, espinos y piruétanos y arces, limitado en sus dos caras por aquellas abruptas y sombrías laderas, cubiertas de urces y carquesa, roble raquíptico y helecho gigante. Las aguas del arroyo son limpias y rápidas y en los ribazos abundan los miosotis, el cólchico y la filipéndula; pero cuando algún caballero de Región (o algún desalmado) se decide a sepultar sus ahorros en las antracitas y piritas de la montaña de San Pedro, las aguas del arroyo se tiñen en seguida de un color de grafito, las juncias, los jacintos silvestres, la filipéndula brotan entonces a través de una fina capa de légamo negro, agujereado por las lombrices. No hay camino de herradura hasta el yacimiento; el producto hay que transportarlo hasta la orilla opuesta del Torce, en sacos y a hombros. No hay ningún puente por allí; el río es preciso cruzarlo en un pequeño y negro esquife (en cuyo fondo plano hay siempre cuatro dedos de agua aceitosa) propiedad de una vieja barquera que lo impulsa tirando con las manos de un trozo de cable de mina -destrenzado y seco como un sarmiento; sus alambres sueltos no son lo bastante afilados para herir aquellas manos terribles- amarrado en sus extremos a dos golfines hechos con maderos podridos. No parece que cobre nada por el servicio pero tampoco se niega a recibir limosnas, aunque bien es verdad que apenas hay alguien que se las dé. No se sabe muy bien de qué vive, en una diminuta choza de la margen derecha, cuyas paredes están formadas por unas empalizadas de medio quemadas traviesas del ferrocarril, cubierta con una barda de paja y broza. No tiene cerca ni puerta, pero tampoco tiene otra cosa que hacer -aparte de tirar de la barca- que recoger por las riberas gusanos y raíces con los que alimenta una pequeña sartén donde permanentemente hierven unos aceites terribles. Aquel que llegue al lugar -los pantalones arremangados por los tobillos- sólo tiene que dar un breve silbido y al punto, encorvada y descalza, cubierta con una saya negra, saldrá de su guarida con paso corto -sin mirar al neófito-, mientras se aguanta la risa y suelta por la ribera unos enjutos que rompe nerviosamente. Siempre se esconde la cara para ocultar una risa maligna. "Suba el caballero. Je, je. Suba, suba. Je, je, ahí está bien, ya lo creo, muy bien. Je, je." Se tiene en la proa con el aplomo de un ballenero, con las piernas abiertas y una mano fue se sucede a la otra- siempre agarrada al cable del que tira. Y tira con tal vigor -lanzando de vez en cuando una mirada inquisitiva y mostrando al reír unos pocos colmillos lupercales- que siempre se las arregla para embarrancar el esquife, en la orilla de légamo negro, con un golpe tan brusco y violento que el viajero desprevenido por fuerza cae de espaldas, yendo a dar con el culo en el fondo encharcado de la embarcación. Es el momento en que -la muy bruja- echa a correr, saltando y hundiendo sus pies horrendos en el *schlamm*, para ganar la orilla seca y tirarse por un prado para retorcerse de risa, sujetándose los riñones y enjugando las lágrimas con el borde de la saya. Me imagino que ante semejante burla el Viajero novato (quién sabe si era la primera vez que a través de las ropas de etiqueta sentía la humedad del

trasero) tenía por fuerza que apercibirse de que había cruzado el umbral de una vida nueva, que un destino grotesco, zumbón, hiriente e incierto había venido, en unas pocas horas, a sustituir la frialdad de la madurez educada por las apasionadas emociones de la edad colegial. En cuanto a la barquera..., todo parecía indicar que se trataba de una leyenda, alegoría de la pudrición y el desatino, imagen viva de esa perversa y gratuita alegría que cunde en el reino de los malditos. Y cuando el viajero que al alejarse por la senda de la mina trata de recomponer su dignidad -al atusarse el cabello y el trasero y bajar sus pantalones y sacudirse los espinos- vuelve la vista atrás -más corrido que un chucho apedreado- aún tiene ocasión de gozar de todo el sonrojo de que es capaz de procurarle su sangre: sentada junto al agua aún se retorció de risa mientras le señalaba con gestos procaces, agitando las sayas y echando los pies por alto. En la mina no la odiaban, pero la temían. A veces no la temían y entonces la odiaban y todos en tropel, los sábados por la tarde, bajaban hasta la ribera del arroyo para apedrear su chamizo -al otro lado de la corriente- y llenarla de salvajes insultos; ella corría alrededor de las tablas, como un animal enjaulado azuzado por un grupo de colegiales licenciosos, jurando y gesticulando; se revolcaba en la hierba y -entre risas, hipidos y blasfemias- se rasgaba las sayas, se despojaba de sus lanas para aparentar los actos más obscenos, los más sucios regocijos y los más crueles orgasmos. Uno de ellos, en particular, la hacía sufrir más que los demás; era un joven extraño, atrayente y vicioso que llegó allí aureolado de un pasado cuajado de tribulaciones y amoríos. Atlético, altanero y despectivo, gustaba de introducirse desnudo en la corriente, fregarse con el lodo y enjuagarse todo el cuerpo con el agua, con una delectación del artista que conoce los más sugerentes e insignificantes atractivos de un pliegue y un músculo, mientras la pobre vieja -refugiada tras sus tablas, mordiendo una moñiga negra- sufría indecibles tormentos. Yo no sé muy bien de cuándo data la primera denuncia; se me ha dicho que antes del beneficio de la sílice existía también allí una capa de grasos donde, el siglo pasado, habían intentado su regeneración unos cuantos menstrales de Región. Es posible que no existieran tales grasos, sino unos sedimentos espurios y un cambio de coloración en los paquetes estefanienses, pero como en aquellos tiempos las cosas no se valoraban tan sólo por sus propiedades intrínsecas -y el carbón podía valer tanto por las calorías que extraía del minero cuanto por las que entregaba al fogonero- un puñado de hombres dispuestos todavía a sentirse en el reino de los vivos, asentó allí a trabajar con ahínco cualquiera que fuese el fruto de su labor; porque de lo que se trataba mayormente -y era su mejor ganancia- era de trastear al capataz y burlar al padre, defraudar al dueño y engañar a la administración de tal forma que el trabajo -llevado a cabo sin disciplina ni orden, sin responsabilidad ni capataz, sin estímulo ni rigor empezó a rendir unos beneficios tan desproporcionados e imprevisibles (se abrieron nuevos cortes, se descubrió la sílice y se amplió la denuncia) que fue necesario imponer una limitación, a través del orden, a tal estado de cosas. Por primera vez llegó allí un capataz que se construyó una chabola independiente y bastante alejada- del barracón. No se ocupó de otra cosa; era un hombre entrado en edad, serio y consciente pero muy triste; casi sesentón vivía al parecer abrumado por una tragedia familiar que le había ocurrido cuando era un adolescente y dejaba transcurrir las horas, los días y los inviernos, encerrado en su chamizo, sentado en un taburete con la cabeza apoyada en una mano mientras con la otra tamborileaba en el tablero de una mesa de pino, cuando no se metía dentro del petate a llorar a lágrima viva. Y sin embargo, a pesar de ejercer un mando tan moderado y suave su presencia empezó a levantar celos entre el personal. De aquella boca del joven apuesto salieron las primeras palabras de venganza, de cobardía, de indignidad, de liberación, y con tanta reiteración (no se pasaba una noche, durante el juego, que no hablase de aquella "humillante condición") que pronto le reconocieron como un cabecilla. Pero tal capitán sólo servía para dos cosas: para, los sábados por la tarde, bajar a engatusar, zaherir y apedrear a la vieja barquera, y para, los domingos a la mañana, subir a despertar al capataz, arrancarle a tirones del camastro y obligarle a picar en el corte (él, que nunca había cogido un pico y que se hería los pies con él) mientras todo el peonaje a su alrededor se reía de su falta de destreza. Un día

llegó por allí -y sin pedir explicaciones ni permiso a nadie ocupó una litera y un puesto en el frente- un peón un tanto singular; más parecía un empleado de banca que un jugador; vestido con un traje de confección y un sombrero de ciudad que nunca se había visto por aquellas latitudes- trajo consigo una maleta de madera, lo que produjo cierto estupor y llevó a más de uno a preguntarse si no sería un recluta engañado por una broma de veteranos. Pero no se trataba ni de un agente provocador, aquello saltaba a la vista. Era el hombre más débil del barracón y también el más limpio porque, a diferencia de los demás, no sólo se rasuraba la barba todas las mañanas, sino que guardaba en su maleta una jabonera de latón y una toalla de buena felpa con la que cada tarde -al volver del corte, mientras los demás caían en los camastros hasta la hora de la partida- salía hacia el arroyo para, tras unos matorrales, enjugarse el torso y lavarse los pies. Acostumbraba a volver cuando ya estaba la partida iniciada; jamás -en la primera parte de su estancia allí- tomó parte en ella; muy al contrario se refugiaba en su rincón, al fondo opuesto de la barraca, para escribir unas anotaciones con trazo muy fino y preciso en una pequeña libreta con tapas de hule que apoyaba en el muslo, alumbrado por una lámpara de carburo que trajo consigo. Luego se supo que una vez por semana bajaba hasta el Torce para proporcionarse un baño completo del cuerpo, en una poza que escapaba a la vista de la barquera.»

-¿Qué son esas voces? ¿No ha oído usted? -interrumpió ella, entreabriendo los ojos.

-«No, no es nada. No es absolutamente nada. Es decir, lo es todo. Hay que acostumbrarse a ello, nada más. Una vez conseguido ¿qué importancia tiene? ¿Hay que acostumbrarse a tales cosas? Era un hombre del montón, sin duda, pero educado y correcto; no era un arruinado ni un agente provocador ni un desertor. ¿De qué se trataba, entonces? Tampoco le prestaban demasiada atención hasta que un día su actitud y su puesto dentro de la comunidad cambiaron de raíz; era un sábado en el que demostró tanta educación y tanta firmeza que a partir de entonces, sin necesidad de mandar ni ser obedecido, fue mirado y respetado como el primero de todos ellos. Acaso las bromas y procacidades de aquel joven insolente habían llegado a un límite intolerable; debajo de cada risotada, debajo de cada voz había una protesta, un gesto abortado e insatisfecho de vergüenza, una sensación de pecado. Era un joven -le dije- con un cuerpo atlético pero poco atractivo, marcado con las señales -de la crueldad femenina que exhibía con un orgullo que a veces producía lástima y otras, irritación. Y no hizo otra cosa sino meterse en el agua, tomarle de la mano -no le llegaba a los hombros- y (sin que el joven opusiera la menor resistencia, toda su docilidad emanaba de su asombro o de su cobardía) arrastrarle hasta la empalizada tras la que se refugiaba la barquera y obligarle a hincarse de hinojos y desnudo ante ella hasta recibir su perdón. Perdón que ella otorgó complacida y estirada, con un amplio gesto de la mano que voló sobre la cabeza del postrado para dirigirse -como en un adiós- a todo el grupo de hombres que al otro lado del río contempló la escena reteniendo la respiración. A partir de aquel día cesaron las burlas para con la barquera, nadie se atrevió a volver a humillar al capataz, que, refugiado en su chabola, ajeno a toda iniciativa, jamás se llegó a percatar del favor que se le había hecho. Sus visitas a la barquera menudearon; no era raro verle sentado en un prado de la orilla, siempre cerca de la jabonera envuelta en la toalla, en animada conversación con la vieja que, arrodillada a sus pies, la cara animada por una expresión de incipiente alegría y moderados y amainados gestos, replicaba al viajero que pretendía distraerla para recabar sus servicios con un gesto de calma en virtud del cual tenía que esperar durante varias horas y renunciar, a veces, al cruce porque se echaba la noche encima. Debieron hablar mucho aquel invierno, aunque no puedo imaginarme de qué; supongo que sería de amor y de política. Él dijo después -y no en tono de confidencia- que aquella primavera la vieja le había explicado lo que era la vanidad. Un día se llegó a saber -era sin duda una de las últimas tardes de un septiembre dulce y dorado- que, sentado sobre una piedra en el centro del río y completamente desnudo, durante un par de horas largas y placenteras en las que la vieja se aplicó a ello con el mayor mimo y esmero, había sido enjabonado y fregado por ella. Alguien

llegó al barracón y lo contó, jadeante, y al punto estuvo de cancelar la partida de naipes grueso. Ya entrada la noche llegó él, tranquilo pero no jactancioso, con la jabonera en la diestra, envuelta en la toalla empapada, y bien peinado. Se quitó las ropas de campo y, tras extraer de la maleta de madera una muda limpia y un terno planchado (una corbata de lunares, también) se vistió de ciudad, esto es, no como un perfecto caballero, sino como todo hombre discreto y correcto, con una cierta refinada y elaborada tendencia a la vulgaridad. Quizá fue aquella vulgar negligencia, aquella ausencia de afectación, de cuidado del detalle lo que les llevó al convencimiento de que -sin un traje adecuado, sin una moneda en el bolsillo y sin demasiada soltura para presentarse en aquel lugar cuyas estrictas reglas conocían de sobra- estaba dispuesto a intentar, aquella noche, el asalto a la fortuna en unas condiciones que -por estar tan lejos de las consabidas- por fuerza debían considerar ultrajantes e insufribles. Así que le vieron salir con desdén. Por eso mismo ninguno del barracón se atrevió a llamarle la atención sobre ciertos pormenores que hasta aquel día se habían considerado si no imprescindibles al menos muy importantes. Y así -de paso- eludían la necesidad de hacerle cualquier advertencia. De forma que cuando cerró la puerta por el barracón se extendió una sensación de alivio que nadie confesó. Una noche, ya muy entrada la hora, cuatro o cinco días después (cuando apenas alguien se acordaba ya de él) se abrió la puerta y una luz intensa y desacostumbrada iluminó el umbral (todos los cuerpos se rebulleron en las literas como los gusanos, al levantar una piedra). Pálido, demacrado y ceñudo, allí estaba de nuevo con una lámpara de sodio sostenida en alto en la mano derecha y un hatillo en la izquierda. Apenas saludó, cruzó la doble fila de literas mientras al compás de sus pasos sus compañeros se incorporaban del lecho (con ese súbito, estupefacto y hierático automatismo de los muñecos de barraca que surgen de sus tumbas y sus urnas al paso del visitante), se quitó la chaqueta y la corbata y en la última litera arrojó el atado que sonó a quincalla. Vacío de sus bolsillos un buen puñado de billetes arrugados y muchas monedas, entre las que había algún reloj, lo dejó todo encima de la litera, tomó la toalla y la jabonera y abandonó de nuevo el barracón sin que nadie fuera capaz de hacer una pregunta ni pronunciar una palabra. Aquella fue una noche de suspiros y lamentaciones, de sueños agitados y pesadillas, nadie durmió en paz. A la tarde siguiente, peinado y perfumado, tocado con una camisa de rayas, carente de toda timidez, se arrimó al grupo de jugadores que pronto le hicieron un sitio.

»-¿Te damos carta?

»-¿Qué es lo que hay que hacer?

»-Hay que hacer nueve. Si tienes buena carta, te plantas. Si te pasas, pierdes. Éstas no valen nada y éstas su número. Si tienes menos de tres tienes obligación de pedir naipes. Luego, tú verás. ¿Te damos carta?

»-Venga el naipes.

»-Ésa vale dos. Otra más. »-¿Qué tal te fue por allá? »-No me puedo quejar. ¿Y esta otra?

»--¿Te dejaron entrar al salón?

»-¿Qué salón?

»-La sala de juego, se entiende.

»-¿Y esta otra?

»-Un ocho, y dos, diez. Al pozo, perdiste la puesta.

»-Hay que cogerlas así, mira qué nueve tan rico. A ver tú.

»-Ladrón, ¿qué formas son ésas?

»-Venga el naipes, estoy impaciente.

»-Al principio siempre es así. Ya te irás calmando; entre caballeros siempre se debe perder.

»-Otro nueve. ¿No sacas tú muchos nueves?

Este será, durante varios días, el único sonido que llegue desde el valle hasta nosotros: un silbido metálico y lejano que atraviesa las copas de los chopos estremeciéndolos de dolor y de frío. Un silbido que Ramiro y yo conocemos desde niños, cuando acompañábamos a nuestros padres hasta el soto brotado de amarillos y agua muerta para cargar en el carro las ramas desgajadas.

Por eso le tememos. Porque le conocemos y sabemos que, en él, está el primer gemido de la nieve. Y porque sabemos también que, aunque el temor del hombre llena de leña y hoja los corrales, la cólera del invierno es implacable.

Al atardecer, Ramiro y yo teníamos ya dispuestos y engrasados los cebos y las trampas: los lazos de alambre para las liebres y el cepo de acero duro y dientes afilados que nos dio hace dos años Matalobos, el viejo alimañero de Tejeda, para trincar la carrera de algún corzo cuya carne, cortada en tiras y curada al humo, pueda servirnos para ahuyentar los últimos zarpazos del invierno.

Ahora, los rebaños de los pueblos no suben ya hasta el monte. Se quedan en las eras y en los barrales⁸⁴ bajos buscando entre las mielgas⁸⁵ el último rebrote del otoño. Así que no hay peligro de que el cepo atrape alguna oveja y descubra a los pastores nuestras huellas.

—Los corzos estarán todavía arriba, por los puertos —dice Ramiro comprobando con satisfacción el silbido del muelle y el violento castañeteo de los dientes al encontrarse—. Pero nunca se sabe.

El muelle estaba rígido por la humedad, casi oxidado. Tuve que rasparle pacientemente con un cuchillo para quitarle el moho rojo del desuso y, luego, untarle con sebo recalentado.

Los lazos para las liebres los esparcimos por la collada, entre las urces y el tomillo. El cepo lo escondimos en el pional, bajo las hojas muertas, para poder escuchar desde la cueva su

⁸⁴ *barrales*: Barrizales.

⁸⁵ *mielgas*: Planta herbácea anual que abunda en los sembrados.

chasquido violento y acerado el día en que un inesperado visitante se quede prisionado entre sus dientes.

—El lobo ya está en Peña Negra. Se pasó la noche entera aullando.

Ramiro ha traído una botella de aguardiente y los dos nos sentamos a la entrada de la cueva para ver, un día más, cómo anochece.

—No tardará en nevar.

Bebo un trago de la botella. El aguardiente tiene un sabor violento, a acero. Como el silbido del cepo o el horizonte de lobos sin luna que anuncia ya la llegada del invierno.

—¿Sabes? —Ramiro ha encendido un cigarro y se recuesta contra la arista fría de la peña—. Siendo yo un chaval, antes de entrar a la mina, estuve un par de meses con Ovidio, el de la sierra, cortando madera en el valle de Valdeón, allá —y señala en la distancia con la mano—, para la parte de Riaño. Allí cazan los lobos todavía como los hombres primitivos: acorralándoles. Tocaban un cuerno cuando le ven y todos, hombres, mujeres y niños, acuden a participar en la batida. Yo lo vi una vez. Nadie puede llevar armas, sólo palos y latas. La estrategia consiste en acechar al lobo y empujarle poco a poco hasta un barranco en cuyo extremo está lo que llaman el chorcó: una fosa profunda y oculta con ramas. Cuando el lobo, al fin, ha entrado en el barranco, los hombres comienzan a correr detrás de él dando gritos y agitando los palos y las mujeres y los niños salen de detrás de los árboles haciendo un gran estruendo con las latas. El lobo huye, asustado, hacia adelante y cae en la trampa. Le cogen vivo y, durante varios días, le llevan por los pueblos para que la gente le insulte y le escupa antes de matarle.

Ramiro habla como si nadie le escuchara. Ramiro fuma y habla con la mirada perdida en las montañas, en la línea del cielo por la que el sol se hunde, acorralado por las sombras, en el chorcó sin fondo de la noche helada.

Por la mañana, una delgada lámina de escarcha nos esparaba en la collada. Una lámina blanca que el débil sol en-

sangrentado de setiembre, casi tan frío como la propia escarcha, pugnaba por deshacer.

En el profundo tedio en que Ramiro y yo quedamos sumergidos cuando se va el verano y, con él, nuestras nocturnas correrías por el valle, tumbados siempre en el camastro, sin nada que decimos, sin nada ya que hacer sino contar las horas por el lejano silbido de los trenes o venir de tarde en tarde hasta la boca de la cueva para observar con los prismáticos los movimientos de los guardias, siempre supone una especial emoción salir con el alba a comprobar las trampas. Sobre todo el primer día.

Hay que acercarse despacio entre las urces y el tomillo, buscar las huellas en la escarcha y repasar uno a uno los pequeños promontorios de tierra amontonada. En cualquiera de ellos puede surgir el ovillo gris de una liebre o la mirada aterrada de un tejón que lucha todavía por librarse de su trampa.

Pero no hay nada aún esta mañana. Sólo el silencio, enroscado como un animal ciego entre los matorrales, y un viento frío que golpea suavemente sus espaldas.

—Mala señal —dice Ramiro mirando con decepción la última trampa.

Es lo que siempre dice el primer día, haya lo que haya. Busca un momento por la escarcha unas huellas todavía inexistentes, comprueba una vez más el buen funcionamiento de los lazos y regresa a la cueva con gesto preocupado:

—Mal invierno se avecina, Ángel.

Pero mañana saldrá de nuevo con el alba para volver a repasar las trampas. Y, así, uno, y otro, y otro día, hasta que, al fin, una mañana me despierte de regreso con la victoria estallándole en los ojos y una liebre pendiendo ensangrentada de su mano.

Capítulo XII

Despierto y un brillo extraño, frente a mí, me sobresalta. Son los ojos de Ramiro, encendidos como brasas en la oscuridad.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

Ahora es él el que se sobresalta: como si mis palabras le hubieran rescatado de un sueño profundísimo.

—Nada.

Pero está acurucado muy cerca, casi encima de la lumbre. Y envuelto en el capote y varias mantas.

Me incorporo torpemente en el jergón.

—¿Qué te pasa, Ramiro? Estás blanco como la nieve.

—Tengo fiebre —responde al fin—. Debe de ser eso.

—¿Y frío?

—Sí. También.

—Espera —le digo, levantándome—. Echaré más leña al fuego.

—No, Ángel. Déjalo —me detiene él—. Hay que apagarlo ya. Está amaneciendo.

Por la boca de la cueva, en efecto, se cuelan ya los primeros hilos de luz del nuevo día. Un día que se anuncia frío y gris como el mes que, con él, nace: noviembre.

Ramiro se encoge bajo las mantas, apoya su cabeza en la pared y se queda mirando los rescoldos calcinados de la lumbre.

Ha estado todo el día tumbado en el jergón, cubierto con sus mantas y las mías, tiritando.